

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 8 - 14 mayo 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 336

"OPERACION HOMBRE-MINUTO"



**TODA LA
RETAGUARDIA
CONVERTIDA EN
EJERCITO**

La Defensa Pasiva de
Madrid necesitaría
ochenta mil
hombres

En una ciudad norteamericana se realizan pruebas de Defensa Pasiva relacionadas con un supuesto ataque atómico. La población civil, bomberos, Policía y fuerzas de Sanidad participan en la operación. (Vea la página 3.)

El Ministro Cavestany visita los ranchos norteamericanos

Una interesante información con fotografías exclusivas (pág. 12).
Carta del Director a don Antonio Pérez Tabernero (pág. 8). ● Te-
rre vieja, un pueblo feliz, por nuestro enviado especial J. M. Dele-
to (pág. 17). ● Entrevista con don Amancio Tomé (pág. 23). ● Ré-
flexiones sobre la familia, por fray León, obispo de Teruel (pág.
na 29). ● El caballo español (pág. 32). ● Entrevista con el auto-
de "Cartas a una novicia" (pág. 44). ● "Hombre, motivos y din-
ro", por Albert Lauterbach (pág. 48). ● Colonos españoles en Sar-
to Domingo (pág. 52). ● Gronchi, nuevo Presidente de la Repúbli-
ca en italiana, por E. Ruiz García (pág. 56)

HISTORIA DE AMOR Y DE GUERRA, novela por Antonio Amo
(pág. 38)



Alegría Natural

No es lo mismo la risa fingida que la alegría espontánea asomándose al rostro cuando la salud nos llena de satisfacción física y moral. El cutis claro, los ojos luminosos, la boca sonriente son el reflejo del buen estado interior que "Sal de Fruta" ENO proporciona al encauzar la fisiología, entonar el organismo y levantar el ánimo.



Cerca de un siglo de consumo creciente en todo el mundo avala la excelencia de "Sal de Fruta" ENO, deliciosa bebida efervescente y refrescante, que depura la sangre y estimula las funciones orgánicas, adaptando el cuerpo a los cambios de temperatura. Contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

CREA SALUD, QUE ES BELLEZA

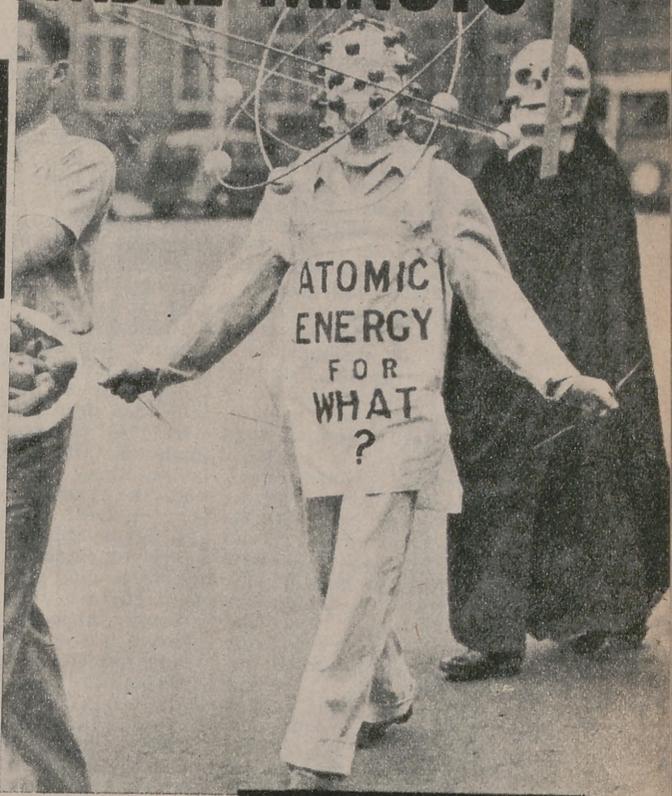
LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

"OPERACION HOMBRE-MINUTO"

**LA DEFENSA PASIVA
DE MADRID NECESITA
80.000 HOMBRES**

TODA LA RETAGUARDIA CONVERTIDA EN EJERCITO

**Ensayos de protección
contra ataques atómicos**



Estas máscaras que pasean por Londres formaban parte de una manifestación contra el empleo de armas atómicas

RECIENTEMENTE la Prensa recogió la noticia del desarrollo de cierta llamada «Operación Hombre-Minuto». La referencia procedía de Washington y daba al ejercicio carácter nacional. La maniobra tenía asimismo ambiciosos propósitos, ya que —seguía la información— se trataba de contrastar cómo la Guardia Nacional podría hacer frente, en caso de un ataque a los Estados Unidos, al peligro conjunto de los proyectiles atómicos; de los posibles sabotajes e incluso de un desembarco de paracaidistas. Se guardó en secreto, hasta última hora, el instante en que debía de principiar la operación, que al fin se inició en la noche del 20 al 21 del mes de abril y se prolongó hasta la madrugada del último día citado.

La noticia añade luego curiosos y satisfactorios detalles sobre la brevedad con que las fuerzas movilizadas se pusieron en acción, y concreta circunstancias de Cuerpos que recibieron casi el completo de sus efectivos en poquísimo tiempo por la rapidez general con que los llamados se incorporaron a sus unidades respectivas.

¿Pero de qué maniobra y de qué singulares tropas y misiones se habla aquí?, podrá preguntar, no sin razón más de un lector profano. He aquí justamente a la pregunta que quisiéramos contestar a continuación sencillamen-

te. Los Estados Unidos han creado su poder militar —hoy gigantesco— sobre el modelo inglés. Y ello es natural. De una parte han debido pesar, en semejante proceder, analogías políticas internas y externas. Así, los mandos americanos han dirigido al conocimiento del país amplias Memorias después de cada guerra, idénticamente a lo que han venido haciendo siempre los generales británicos que operaban en ultramar. Los Estados Unidos han seguido también la ruta inglesa al conceder al poder naval antes y al aéreo después una misión primordial en la guerra moderna. Y, en fin, del mismo modo que los ingleses han distariado hasta ahora tradicional—secuencia del régimen del voluntariado hasta ahora tradicional— en Regular Army o Ejército de primera línea y en Territorial Army o Ejército del interior o de segunda línea, así los yanquis han sostenido siempre junto a su Ejército expedicionario o de choque —Ejército Regular— otro territorial —la Guardia Nacional—. Tradicionalmente este último Ejército se ha venido integrando con divisiones de Infantería y de Caballería. Al llegar la última gran guerra eran éstas, respectivamente, 18 y cuatro. Pero luego las cosas han debido de cambiar mucho. Divisiones de Caballería ya no existen en los Estados Unidos, cuyo Ejército carece de ca-

ballos. En cambio, la Guardia Nacional ha constituido tres Ejércitos poderosos diferentes: afectos cada uno a la defensa terrestre, marítima y aérea. Es este último —la Guardia Nacional Aérea— quien, según estas noticias ha realizado el «Ejercicio Hombre - Minuto»; esto es, una movilización ocasional, de ensayo, puesta bajo el imperativo de la máxima rapidez.

LA RETAGUARDIA, FACIL BLANCO DE LA AVIACION Y DE LAS SUPERARMAS

Antaño, la guerra se libraba sobre campos reducidos. El frente de combate de Anibal en Cannas, no pasaba de un kilómetro y medio. Aun en los tiempos de Napoleón no excedía nunca de doce o catorce kilómetros. Ha sido en las últimas guerras mundiales cuando los frentes han tomado enormes dimensiones de cientos y aun ¡miles de kilómetros! Pero, sobre todo, la profundidad de la batalla moderna no tiene comparación posible con la antigua. Las armas arrojadas, que llegaron prácticamente hasta casi la Edad Moderna, alcanzaban unas pocas decenas de metros. Las armas de fuego dieron, es

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina:
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES
Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

verdad, mayor profundidad al combate luego; pero no tanto como para no limitar a 500 ó 600 metros el alcance de los cañones de Napoleón o a 15 ó 20 kilómetros los de las guerras modernas. Fué la Aviación y es hoy con ella las superarmas de grandes alcances, la que permite el lanzamiento de los proyectiles en plena retaguardia enemiga. Prácticamente, para el avión de gran bombardeo no existe sobre la superficie terrestre en la actualidad un solo punto que no pueda ser alcanzado y batido. Los grandes aparatos americanos de esta clase pueden destruir las grandes ciudades y centros fabriles soviéticos, a las tres, cuatro o cinco horas, cuando más, de haber salido de las bases de los Estados Unidos. Pero un caza-bombardeero yanqui necesita hoy apenas un cuarto de hora —¡quince minutos de vuelo tan solo!— para arrasar Sebastopol u Odesa partiendo de los aeródromos turcos.

Se comprende, sin más, que la seguridad de las ciudades y de los centros industriales es hoy mucho más incierta que lo fuera antaño. Hubo un tiempo, en efecto que para batir una ciudad era menester llegar con un Ejército venciendo todas las resistencias, hasta ella y sitiirla luego, y sólo así se podía iniciar entonces su ataque, lo que aun después de todo ello no resultaba muchas veces ni fácil ni rápido. Con frecuencia, la suerte de las guerras se ha venido decidiendo por la de una ciudad sitiada. París en la guerra francoprusiana; Sebastopol, en la de Crimea; Puerto Arturo, en la rusojaponesa etc. Nuestra propia historia está llena de ejemplos de esta clase; desde Numancia y Sagunto en la antigüedad, hasta Gerona y Zaragoza en la lucha por nuestra Independencia. Este tipo de guerra —el sitio— dió incluso materia para construir una técnica propia del arte militar. Generalmente daban los sitios ocasión a luchas enconadas y, sobre todo, largas. Volviendo a nuestra Historia, tal ocurrió en Sagunto, que serviría de reto de Aníbal contra Roma. Y con Numancia en la que durante muchos años 8.000 españoles tuvieron a raya a 70.000 romanos. Y en Gerona, en donde tan sólo 3.000 soldados de Alvarez de Castro se mantuvieron largo tiempo frente a los franceses de Saint Cyr antes y de Augereau después. O en Zaragoza, en donde Palafox se sostuvo firme ante Mincey y Mortier hasta que se rindiera una ciudad de 50.000 habitantes a la sazón, después de haber muerto en la prueba 20.000 personas y de estar hospitalizadas otras 13.000.

LA DEFENSA CONTRA LOS BOMBARDEOS

Pero, en fin, este tipo de batallas metódico, largo, supertécnico, repleto de preceptos fundamentalmente mero arte de la ingeniería castrense, de «aproxches» y de voladuras, de galerías y de minas, está en trance de ser abreviado singularmente por las armas modernas. La primera lección de los nuevos métodos nos la dió la primera guerra mundial. Ya no era indispensable pa-

ra atacar a una ciudad acercarse a ella, paulatinamente a fuerza de esfuerzos y de sacrificios. En la primera conflagración mundial, los alemanes sembraban la alarma en París disparando, de vez en cuando, sus proyectiles de un «cañonísimo» de casi 100 kilómetros de alcance. Sencillamente la pieza era un gran cañón de Marina barrenado a calibre medio. Pero, sobre todo, el gran paso en este sentido lo dió por entonces ya la Aviación. El Arma aérea hizo, en efecto, su aparición singular en aquella contienda. Los alemanes atacaron ya a la sazón el cielo de Inglaterra, lanzando sobre las Islas Británicas hasta un centenar de ataques realizados por aviones de poco rendimiento y, generalmente, aislados. En total, apenas 300 toneladas de explosivo.

En 1940 con ocasión de la llamada «Batalla de Inglaterra», en la segunda conflagración mundial, la Aviación alemana lanzó sobre la Gran Bretaña dos millares de aviones, que arrojaron 80.000 toneladas. ¡Casi trescientas veces más que en la primera gran guerra!

Sobre Alemania, los aviones aliados de la primera contienda realizaron 353 ataques, con 2.319 aparatos, causando 2.500 bajas. Pero en la última guerra mundial, sólo la R. A. F. arrojó sobre el Ruhr 120.000 toneladas de explosivo y 955.000 sobre toda Europa. La Aviación americana, a su vez destruyó en esta ocasión en Europa alrededor de 3.600.000 casas y causó 300.000 muertos y 780.000 heridos. Sólo en el bombardeo de Hamburgo los muertos pasaron de 60.000. Sobre el Japón, incluso, las cosas estaban en trance de ir aún mucho peor. Ciento sesenta mil toneladas de explosivo fueron lanzadas sobre el país nipón por la Aviación americana, pero estaba previsto arrojar en un breve plazo hasta 2.000.000 de toneladas.

Ante tan abrumadora lluvia de explosivos es natural que las potencias procuraran defenderse. No nos referimos aquí a la actividad de las armas, esto es, a la réplica de la artillería de la defensa y a la aviación de caza lista a la respuesta y menos a la represalia aérea, materializada en los bombardeos a distancia. Nos referimos solamente a las prescripciones de seguridad y de socorro inmediato a las localidades bombardeadas. Esto es a lo que dió ya entonces en llamarse Defensa

Pasiva. En la última guerra, en consecuencia, se multiplicaron los recursos y hasta se construyeron algunos gigantescos. En Londres, por ejemplo, para asegurar el servicio telegráfico, se construyó la llamada «ciudadela» enterrada, que precisó para ser terminada 40.000 toneladas de cemento y 2.200 de acero. A su vez en Berlín podía contemplarse desde bien mediada la guerra, aquella tremenda fortaleza elevada en el Tiergarten armada con grandes cañones antiaéreos y con un inmenso refugio para 10.000 personas, obra magna, cuyo coste no fué inferior a 200 millones de pesetas. Sobre este refugio cayó una bomba explosiva de media tonelada de peso, sin causar daño sensible.

Aunque terribles semejantes pruebas, la organización de la defensa era a la sazón, hasta cierto punto, eficaz. Presenciamos —y padecemos— por entonces en Berlín, por ejemplo, numerosos y terribles ataques de la aviación anglosajona mediada la última gran guerra. El que escribe guarda de estos ataques una personal experiencia. Al atardecer —los ataques aéreos en masa los realizaban a la sazón los aviones por la noche para eludir el fuego de la defensa— las sirenas señalaban invariablemente en la ciudad del Sprée el anuncio del ataque. La masa aérea enemiga sobrevolaba en este instante el mar del Norte, y los alemanes conocían el dato gracias a la red de sus observatorios a lo largo de las costas continentales de este mar. El servicio de alarma tenía preferencias decisivas, y al instante escuchaban todas las señales acústicas berlinesas. Había suficiente tiempo para prevenirse. Se iba con precipitada precaución a la zona elegida, y allí se esperaba la señal del ataque inmediato. Berlín estaba a oscuras. Con la luz de una linterna, encendida a ratos, o sin ella, nos dirigíamos entonces al refugio. Generalmente era una obra poco profunda, muchas veces situada en el sótano de algún edificio sólido. Poco después llegaban los primeros aviones atacantes. Sus bombas incendiarías señalaban en seguida dos paralelas separadas convenientemente. Se delimitaba así la zona elegida que deberían arrasar luego los aparatos de bombardeo. En efecto, estos llegaban inmediatamente en masa. Pocos momentos después un gran sector de

En esta película apreciamos la fuerza terriblemente destructora de la bomba atómica probada en Nevada el 17 de marzo de 1953. El experimento se hizo con una casa de dos plantas, de construcción corriente, situada a más de un kilómetro del lugar de la explosión.



Berlín ardía en ascuas. Pero aun era preciso esperar en el refugio algún tiempo más, hasta que las sirenas dieran la señal de que el ataque había pasado. Entonces se ofrecía a nuestros ojos un espectáculo dantesco. Cientos de hogueras gigantes se elevaban sobre la zona bombardeada. Las gentes muy de prisa sin profirir palabra ni detenerse, se dirigían a sus hogares. Algunos, no pocos, no los encontrarían intactos. El «S» y el «U» funcionaban sólo parcialmente. Era menester realizar larguísimo trayectos a pie. En la zona atacada, los cristales pulverizados, convertidos en arena chirriante, crujían a nuestros pies. Los servicios de incendios funcionaban en la medida de lo posible, mucho menor, naturalmente, que la medida de lo conveniente o preciso. La triste secuela de este ataque de cada día eran sus miles de víctimas; las múltiples ruinas y un largo convoy de evacuación al día siguiente a una zona que se suponía, no sé por qué, más segura.

Ante aquel riesgo era difícil reaccionar. Dejo, aparte de esta conclusión, la réplica aeronáutica de la aviación de caza vigilante y de la artillería antiaérea. Me refiero aquí simplemente al concepto real a la sazón de la Defensa Pasiva. Cientos de bombarderos pretendían localizar los incendios. Las casas, los grandes edificios, conservaban exteriormente sus fachadas intactas, aunque ennegrecidas. Pero en el interior semejantes edificaciones estaban vacías! No quedaban ventanas ni pisos, ni escaleras, ni nada. Y desde luego, faltaban los tejados. Sobre las ruinas de aquellos edificios recuerdo impresionado un lacónico texto en alemán, escrito groseramente sobre unas piedras con tiza: «Federico —decía el letrero—, debajo de estas piedras yace nuestro hijo.» Probable y desolado mensaje de una madre, quizá evacuada o herida, al marido ausente en la fecha trágica de la muerte de su único hijo.

El drama de semejantes bombardeos era, sin duda, terrible. Pero no insuperable.

Hirosima y Nagasaki, en la posttrimería de la guerra última, serían, en efecto, claras y categóricas advertencias de un futuro aún de mayor horror. Es menester recordar la fecha horripilante: 6 de agosto de 1945. Ese día estalló la primera bomba

atómica sobre la ciudad primeramente citada. Quedaron, a consecuencia de la explosión, arrasados diez kilómetros cuadrados de ciudad y muertos 80.000 habitantes. Dos días más tarde, la bomba de Nagasaki repetiría el drama. Esta vez los kilómetros cuadrados destruidos fueron cuatro y los muertos 40.000. Tal fue la hecatómbica iniciación de la guerra atómica. Sin duda el problema de la defensa pasiva de las grandes urbes se complicaba tanto desde entonces, que toda solución eficaz parecía imposible. La guerra mundial última terminaba, felizmente, por entonces.

MADRID NECESITARIA 80.000 HOMBRES PARA LOS SERVICIOS DE LA DEFENSA PASIVA

La defensa pasiva de la población frente a los ataques aéreos fué planeada desde el primer instante. En Londres, por ejemplo, durante la primera guerra mundial, se improvisó semejante defensa partiendo de unos principios que hoy resultan peregrinos. Todo se cifraba en transportar artillería de campaña precipitadamente hacia los lugares que se estimaban más convenientes para repeler el ataque con el fuego. Resultaba así curiosamente que las piezas arrastradas por camiones a toda velocidad, a través de las calles de la urbe, ¡causaron más bajas a la población londinense que la aviación atacante alemana!

Luego, naturalmente, todo esto se organizó y se previó convenientemente. Las redes telefónicas anunciaban el ataque debidamente, con el auxilio de enormes megáfonos, que daban la señal de la incursión a su debido tiempo. Los aparatos volaban a razón de 180 a 250 kilómetros por hora. La aviación propia estaba alertada convenientemente y en su momento exacto recibía la señal de alarma. La réplica llegaba siempre oportuna. La población civil, tenía tiempo de refugiarse. Antes de estallar la segunda guerra mundial este Ejército pasivo de la seguridad civil estaba integrado, en Alemania, por 11.600.000 personas, que componían la llamada Liga Antiaérea del Reich. De esta cifra 40.000 eran jefes de barrios o manzanas y 4.000.000 especialistas de diferentes ramos. Durante la segunda guerra mundial la ciudad de Glasgow movilizaba un catorce por ciento de su censo, para atender los menesteres in-

eludibles de la Defensa Pasiva. Ciento cuarenta mil individuos se preocupaban, en caso de ataque, de las atenciones preferentes de sus conciudadanos. Terminada la última gran guerra es ejemplo de la neutral Suecia nos ofrece el caso de un verdadero ejército, de 900.000 personas, consagrado a la Defensa Pasiva del país. Por su parte el ex Presidente Truman, al cumplirse el primer centenario de la organización defensiva aérea de los Estados Unidos—de un país situado a miles de kilómetros del Viejo Mundo—anunciaba que era precisa la cooperación de 17.500.000 yanquis para atender a dicha necesidad. Pensando sólo en las necesidades apremiantes de una ciudad de 200.000 habitantes—tipo Murcia, por ejemplo—en el caso de un bombardeo aéreo sería menester contar con unos efectivos de Defensa Pasiva que ascenderían al menos a 10.000 agentes; de ellos 3.500 para necesidades generales de la misma; 4.000, para mantener el orden público; 600, para apagar o localizar los fuegos; 350, para emplearlos en tareas de salvamento; otros tantos necesarios para obras de demolición y apeos para cuestiones diversas. En total 10.000.000 personas como decimos. Es decir que proporcionalmente a esta plantilla en una población como nuestro Madrid, los servicios de Defensa Pasiva deberían ocupar al menos a 80.000 hombres, esto es más de los que disponían los aliados o Napoleón en la jornada histórica de Austerlitz.

LOS PELIGROS DE LA EVACUACION PRECIPITADA

Pero el riesgo es tan grave, en la hipótesis de la guerra atómica y sobre todo del bombardeo con proyectiles termonucleares—esto es, de hidrógeno—, que todo este fantasma aterrador descrito queda a la postre, superado por el vaticinio de un porvenir inmensamente aun más trágico y terrible. A la bomba «H», se añade ahora la «H» y los efectos, aun contrastados, de los proyectiles teledirigidos, de gran alcance. Estamos, en la actualidad, en el orden militar y defensivo, ante una imagen singularmente terrible que un actuario de seguros llamaría, sin dudarla, «riesgo catastrófico». El mundo entero se ha debido preocupar de semejante sombría posibilidad. Incluso los Estados Unidos. Porque no im-



porta que Norteamérica sea, geopolíticamente y hasta estratégicamente, una isla. La realidad es que tampoco ha quedado exenta de semejante riesgo. Los grandes bombardeos; los submarinos portadores de nuevas armas y dotados de «Snorkel»; los cohetes de largo alcance, en fin, los hacen teórica—y prácticamente—vulnerables. Washington ha debido de prever, en consecuencia, su defensa civil. El día que esto ocurrió su vieja ideología aislacionista quedó prácticamente enterrada. El gran drama de la defensa americana es que allá se han convencido que la defensa de la Gran Confederación no está ni en las Rocosas, ni en los Alleghany, ni tampoco en sus fronteras con Canadá o con Méjico, en donde nadie va a atacar, sino que se encuentra en el Elba, en el Poó o en Formosa, en donde ya es posible que ataque el comunismo un día fatal.

Creada la Defensa Civil Federal americana—nuestra Defensa Pasiva—Val Peterson, a su cabeza, ha debido de preocuparse seriamente de un problema militar grave. La seguridad de la población metropolitana; la regularidad de la producción industrial; la exactitud de los transportes y la calma en fin, y la tranquilidad de la vida nacional. Magno programa, sin duda, no inferior al de la Defensa del Mar Amarillo o del Mediterráneo oriental, sin duda.

No se trataba, al surgir este peligro, en efecto, de atender ya en caso de un ataque con bombas explosivas, ni siquiera con las gigantescas «revienta-manzanas» de mil kilogramos de peso—apenas un «kilotón», como ahora decimos—, sino de un ataque con bombas atómicas, con poder destructor de varios miles de «kilotones»—miles de toneladas de «trilita», así, dicho en español y lo «trinitotolueno», que es la denominación científica—y quién sabe sino también de las bombas de hidrógeno cuya potencia aniquiladora equivale o puede equivaler a varios «megatones», esto es, a millones de toneladas de la «trilita» que nuestro ilustre general Aranz fabricara hace cuarenta o cincuenta años.

Ante este cuadro, sin duda pavoroso, la primera decisión de los encargados de la Defensa Pasiva americana fué simplista: evacuar las ciudades. Es peregrinillo, en efecto, que por intenso que sea un bombardeo si no hay en la ciudad atacada habitantes, no causará ciertamente baja alguna la agresión, aunque siempre causará daños materiales. Sólo que no es posible abandonar las grandes ciudades. En primer término no cabe abandonar sus industrias, porque el remedio, en este caso, sería aun peor que la enfermedad. Pero por añadidura cómo puede imaginarse, de pronto, evacuadas las grandes ciudades cuando en el caso de naciones industrializadas representan un porcentaje enorme de la población nacional; el 55 por 100, al menos en Francia; el 80 por 100 en Inglaterra y una cifra seguramente no muy diferente en los propios Estados Unidos?

Ante esta reflexión, el servicio

de Defensa Pasiva americano reaccionó y apuntó, al menos, lo que llamara «dispersión previa» es decir, a la evacuación de la ciudad a partir del momento de ataque que se anunciara. Esto parece mejor, sólo que es irrealizable. Ya no se trata de una previsión del ataque, como en la anterior guerra, de una hora o de más, cuando los aviones velaban a razón de 500 ó 600 kilómetros por hora. Ahora vuelan a velocidades supersónicas. Vuelan a través del océano. O del círculo polar. Los habitantes de cualquier urbe lanzadas a la aventura de la evacuación precipitada, a pie, en bicicleta, motos, autos y trenes, no pueden salir en tiempo suficiente y, sobre todo, ¿a dónde van? La evacuación de una gran ciudad de millones y millones de habitantes como Nueva York es imposible en un plazo breve, ni aun siquiera de unos pocos días. Y en el mismo caso se encuentran otras ciudades también muy importantes. En 1953 el servicio de la Defensa Civil Federal aseguraba que sólo con un plazo de un cuarto de hora le era permitido dar la señal de ataque aéreo y aún así y todo cabrían sorpresas. Alguna ciudad como Móble, en la costa del Caribe, no lejos de Nueva Orleáns, hizo algunos ensayos de evacuación a la sazón, por cierto, sin que dicha localidad estuviera en el área de las llamadas «zonas decisivas». ¿Y cuántos peligros, por otra parte, no provocará una evacuación precipitada? El pánico de los habitantes, por ejemplo, puede hacer estragos. Es menester, por añadidura, organizar el asentamiento de los evacuados. La capacidad de tráfico de las carreteras y de los ferrocarriles no es suficiente para tan magno e improvisado éxodo en poco tiempo.

América ha reflexionado seriamente ante la situación. Dejamos a su técnica preparándose para la defensa, con sus cañones novísimos antiaéreos «Skysweeper», sus «Nike», sus otros cohetes, entre ellos los «Terrier» y «Lob» que fabrican el Ejército y la Marina actualmente.



Modelo de traje protector contra radiaciones atómicas.

Una amplísima red de defensa con radar se despliega a lo largo del confin yanqui. Al Norte, en Canadá, con una doble línea. De otra parte en el litoral atlántico, de Terranova a Virginia, merced a una cadena de «islas-observatorios» artificiales, hasta 200 kilómetros de la costa continental, sobre los que se levantan «torres de Texas», semejantes a las que sirven en la explotación petrolífera en dicho Estado y cuyas obras deben de elevar su coste—para cada una—, al menos a 750.000 dólares.

EL «PLAN LINCOLN»

El llamado «Plan Lincoln», instituido por el Instituto Tecnológico de Massachussets conjuntamente con el Estado Mayor yanqui, ha previsto que el coste total de semejante armazón de radar puede alcanzar la cifra de veinte mil millones de dólares. Pero se confía que las 50, al menos, estaciones construidas entre Alaska y Groenlandia, permitirán destruir el 95 por 100 de los aparatos atacantes. El cinco por ciento restante será detectado acústicamente. Lo grave de la cuestión es que sólo un aparato—¡uno sólo—, escapado al bloqueo, puede lanzar su bomba sobre el objetivo. Una bomba del tipo de las de Hiroshima—«apenas» 20.000 kilotones—es capaz de los siguientes graves daños a la luz de cuanto ocurriera en el bombardeo de aquella ciudad nipona; las edificaciones de ladrillos, ligeras, quedarían destruidas en un radio de 2.000 metros; las ligeras de hormigón, en otro de 1.600; las más sólidas de piedra y de hierro, en uno de 1.200; los tejados habrán volado en otro de 3.500; los edificios muy sólidos, quedarán aniquilados en uno de 200; los refugios de seis metros serán aplastados; los gasógenos estallarán en un radio de 2.400 y los postes telegráficos, telefónicos y de tendedero eléctrico, serán derribados hasta 1.500 metros de distancia. Se comprende bien que todo este complejo de catástrofes provocaría otra muy superior. Así como los bombardeos de explosivos y granadas incendiarias constituían un conjunto diabólico en las guerras pasada, esta acción conjunta de la onda explosiva, del calor, de la radiactividad y del incendio provocado por el calor, el gas, el derrumbamiento de los tendidos eléctricos, etc., provocaría una catástrofe integral, especialmente extensa.

¿Huir de las ciudades? ¿Pero cómo? Sería menester disponer de un inmenso parque de vehículos, de infinitas y amplísimas vías y, sobre todo, sería preciso tener tiempo. Ni América, con un automóvil cada cuatro personas; grandes autopistas y su enorme distancia de Rusia, podría evacuar, en semejante riesgo, a sus ciudades. Quizá sólo San Diego o Atlanta pudieran hacerlo parcialmente, Nuevo York, Boston, Chicago, Filadelfia, el mismo Washington, no lo podrían lograr.

En definitiva se preconiza ahora descentralizar los barrios industriales. Los alemanes en la última gran guerra, acudieron al

expediente de construir fábricas en terrenos de bosque «semienterradas». Esto es, en terreno profundizado, de modo que el nivel ordinario del suelo cubriera la fábrica hasta la altura de su techo. Solución feliz, ciertamente, pero sólo muy parcial. La Administración yanqui alienta la *diseñación de las industrias*. Pero ello no es fácil. Multitud de problemas urbanos, sociales, de transportes y económicos obstaculizan esta solución, que, en otro caso, podría ser excelente. En Seattle, por ejemplo, la Boeing Airplane Company, una de las grandes industrias aeronáuticas americanas y del mundo entero, pensó hace algún tiempo en diseminar sus nuevas factorías. La verdad es que no se hizo luego nada. Las industrias nuevas reciben una indicación administrativa para estos diseminamientos que no pueden imponerse. Pero pocas veces tienen éxito. La defensa civil, concretamente, del Estado de Nueva York, ha concedido premios a las industrias que mejor organizan su propia defensa contra el riesgo aéreo.

Del total de estos premios —35— 20 han correspondido a la «Niagara Falls». En San Francisco, a su vez, se han publicado mapas con indicación de las zonas más vulnerables en caso de un ataque. Muchos centros fabriles han dispuesto convenientemente su defensa, como, por ejemplo, Carbón Cooperación y Unión Corvide. La famosa General Motors ha previsto minuciosamente las contingencias de un ataque aeronáutico. Cada una de sus fábricas dispone de un cuerpo de bomberos propio y personal para la Defensa Pasiva, refugios, etc. Los documentos de las oficinas, reproducidos en «microfilms», están depositados en diversos y lejanos lugares. Por su parte, la Administración general americana ha publicado instrucciones, que se reproducen incluso en las habitaciones de los hoteles, indicando la conducta que debe de seguirse en caso de ataques aéreos.

La Comisión de Energía Atómica, a su vez, ha publicado un informe concluyente en relación con los peligros de un bombardeo atómico o termonuclear. El efecto de la onda explosiva se hace sentir hasta 2500 metros o 3000 metros en el caso del lanzamiento de una bomba «A». Infinidad de partículas y residuos serán lanzados, en esta hipótesis, causando graves daños dentro de aquel sector. El calor provocado por la bomba puede producir quemaduras a muy largas distancias.

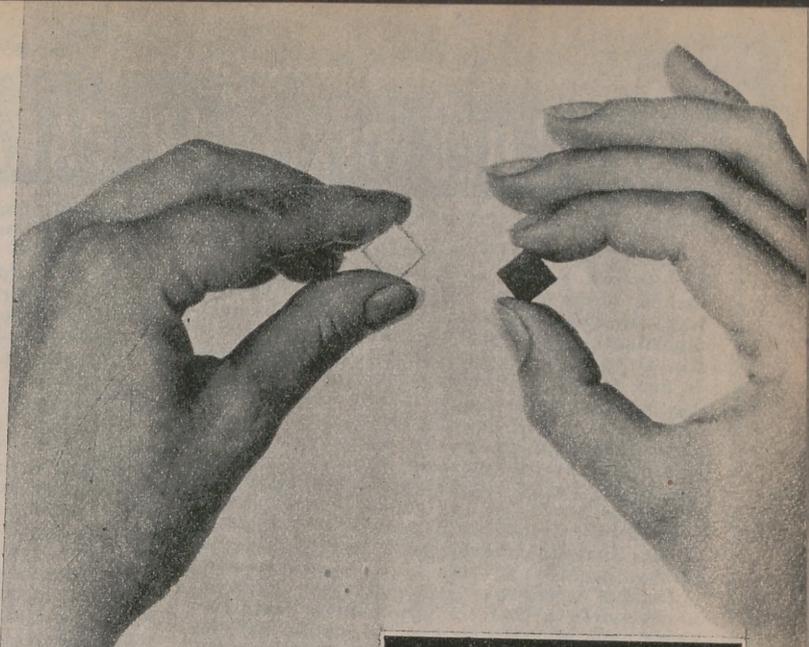
Contra tales efectos indicados, cabe la protección de los refugios clásicos, incluso, en caso, hasta de las ropas pueden proteger, pero no ocurrirá lo mismo contra el efecto de la radiación inmediata causada por los neutrones y rayo gamma ni con el de la radiación residual, muy extensa. Tanto que en la experiencia de Bikini ahora hace poco más de un año, una explosión de este tipo llevó los efectos de dicha radiactividad hasta una distancia de 250 kilómetros. La proyección de semejantes efectos toma la forma de una enorme elipse, sumamente alargada casi de forma de cigarro puro, que en algún otro caso ha tenido hasta 350 kilómetros de

longitud y 70 de anchura. En tal caso la extensión del área afectada por la explosión de la bomba es de 2.500 a 3.000 kilómetros cuadrados; esto es, casi la mitad del área de la provincia de Madrid.

En América la organización defensiva, dentro de nuestro estudio, abarca nada menos que sesenta zonas de «objetivos decisivos», que comprende cada uno, al menos, una gran urbe. En total, noventa grandes ciudades, porque no se olvide que los Estados Unidos tienen alrededor de cien poblaciones de más de 100.000 habitantes; al menos cinco de más de un millón, y otras tantas de más de dos millones, sin contar el gran Nueva York, que tiene once.

El problema de la defensa civil, en caso de un ataque aéreo, resulta hoy sumamente árduo. Hace alrededor del año que en Inglaterra se planteó también esta acuciante cuestión. Se hicieron a la sazón, severas críticas al Gobierno por suponer olvidado el asunto. Como reacción ante dicha campaña de indignación popular, el Gobierno de Londres hizo un ensayo defensivo con la «Home Guard», esto es, con una organización metropolitana, local y circunscrita al efecto. El mariscal Montgomery, por su parte, sostuvo en aquella ocasión la evidencia de los ataques aéreos en caso de un conflicto futuro. «Ninguna nación de la N. A. T. O. dispone de una organización seria para la defensa civil» afirmó aquél entonces. Coventry, la gran víctima de la batalla aérea contra Inglaterra, en 1940, entre indignada y pacifista —su consejo municipal es laborista— decidió, por entonces, enviar en comisión a sus ediles a Stalingrado —que se sentía víctima similar— para lanzar, desde suelo ruso, una llamada de reflexión al globo en torno del riesgo grave de las armas atómicas. Aquello fué política, sin duda. Y de la peor clase. Pero la verdad es también, que nadie sabe lo que podrá hacerse de eficaz y oportuno en el caso de un ataque aéreo atómico ante la posibilidad de una nueva guerra.

¡Ojalá que la experiencia americana haya sido fructífera y ef-



Aquí se nos muestra el cristal creado en unos laboratorios de Estados Unidos para registrar la presencia de radiactividad. Cambia de color para dar la alarma.

caz! Pero mucho tememos que ninguna defensa, salvo, eso sí, la terrible de la represalia maciza, contenga a Rusia de cometer un día semejante brutal y catastrófica agresión.

LA «OPERACION HOMBRE-MINUTO»

La «Operación Hombre-Minuto» se ha realizado, como se dijo antes, con amplitud de propósitos. Pero entre ellos, éste de la Defensa Pasiva era, sin duda, el prevaleciente. Ante la posibilidad de una agresión súbita y brutal con armas atómicas, los Estados Unidos han multiplicado los mandos superiores, los cuarteles generales, los estados mayores e incluso los supremos puestos de la jerarquía civil y administrativa. De este modo, si una personalidad de rango elevado cae víctima del ataque, otra, previamente elegida y designada, la reemplazará en su cometido, en otra ciudad a cientos o miles de kilómetros de distancia de la siniestrada. Incluso está prevista la sucesión del primer magistrado de la gran República.

Lo único factible es prevenirse, en efecto, contra la agresión; regular el funcionamiento de los servicios en caso de que llegue y, en fin, no limitarse a cruzarse de brazos y sentirse inocente. Se cuenta que cierta maestra de San Francisco, al explicar a sus alumnos las instrucciones y medidas dictadas para caso de un ataque, comentaba, amargada y desolada, que si tal contingencia llegara lo único positivo que cabía hacer era rezar a Dios. ¡Rezad a Dios, sin duda! Eso arte todo y siempre. Pero también es menester «dar con el mazo». La organización y la previsión de semejante terrible coyuntura servirá al menos, para limitar el número de víctimas y para mitigar, dentro de las previsiones humanas, la catástrofe. ¡Lo que ciertamente no es poco!

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ANTONIO PÉREZ TABERNERO

El toro de lidia es un hidalgo, porque hidalgos rurales son los ganaderos de reses bravas. El torero puede nacer de repente, aunque hay familias enfeudadas en la tauromaquia, dinastías taurinas, abolenos que apenas se hallan en el deporte; pero el toro es el producto de una casta seleccionada, como hidalgo de algo superior al «pedigree» de la cría caballar. Los toros, mucho más que los toreros, no son sólo naturaleza, sino que llevan dentro esa semilla introducida por la educación, viniendo a ser más que fuerza bruta, raza al desnudo, una inteligencia cultivada, ya que ambos se deducen del espíritu reflexivo. La verdadera esencia del toro es una disciplina universitaria, una regla de ascetismo profesional, pues tanto el animal como el hombre se obtienen y se comportan según cánones estrictos. Todo el barullo de la taurofobia liberal, que es casi más bien la envidia del ciudadano ante el torero, se origina del confusio-nismo partidista de los enemigos de Fernando VII. Como este Rey entornó la puerta de las Universidades cuando contemporáneamente estatua a la Escuela para los matadores de toros, ya que acaso las Universidades, como toda la Enseñanza, desde entonces necesitaban una reforma, mientras que al imponer la pedagogía para las corridas era un precursor en el camino de las innovaciones. Así han parecido dissociadas antagónicamente la cultura y esta Fiesta española popular y señorial, llegándose a la cursilada de que el diario «El Sol» se fundase en torno a la negativa de publicar reseñas de toros, siendo este periódico el exponente de un falso estado de ánimo que presumía de melindre superferolítico, en aquella época en que fué posible la plataforma del llamado reformismo alrededor de la secularización de los cementerios. Sin embargo, un melómano como Peña y Goñi fué revistero taurino, al igual que don Mariano de Cavia (por paradoja, un culto latiniparolo progenitor de «El Sol») y del autor de «La casa de la Troya» (cómo enseña la creja la querencia universitaria) o de don Ramón Pérez de Ayala, anglómano y enrolado luego en la directiva de los intelectuales al servicio de la República. El otro triunviro que es don José Ortega y Gasset (gran preboste de «El Sol»), ¡cuántas ganas se pasó por relatar en folletos con retórica y poética, entre andaluza y cubana, lo que veía desde la barrera! Domingo Ortega, forzando en tanto su apellido, le vino como anillo al dedo, ya que la homonimia los confundiría en adelante y sería más difícil descubrir cuál de los dos era el matador o el metafísico.

Perdóneme, mi señor don Antonio Pérez Tabernero, que en el tumulto de las definiciones que anteceden, le tenga olvidado desde el comienzo de esta carta, a usted, que es la misma urbanidad envuelta en donaire y campechanía; pero he pretendido aprovecharme de que estuve en Salamanca y lanzar una rociada de frases sintéticas «a priori». Quizá me he contagiado demasiado de la polémica acerca de los toros y de las corridas que debaten en la revista del filósofo del existencialismo Juan Pablo Sartre «Les temps modernes», un señor francés nombrado Robert Misrahi, y su contradictor, otro señor francés conocido por Jean Cau. El primero utiliza una jerga filosófica, sosteniendo que la Fiesta española se levanta sobre la impostura, en tanto que «monsieur» Cau, que debe saber como ustedes saben, le toma el pelo a su paisano. Este «monsieur» Misrahi se ocupa del toro, como pueden opinar los turistas que acuden a nuestras plazas, aunque no acuden con resabios intelectuales; mientras que el otro señor se asemeja a esta minoría ganadera que se aparta cada vez más de las plazas de toros. Entender de tauromaquia es una cosa muy com-

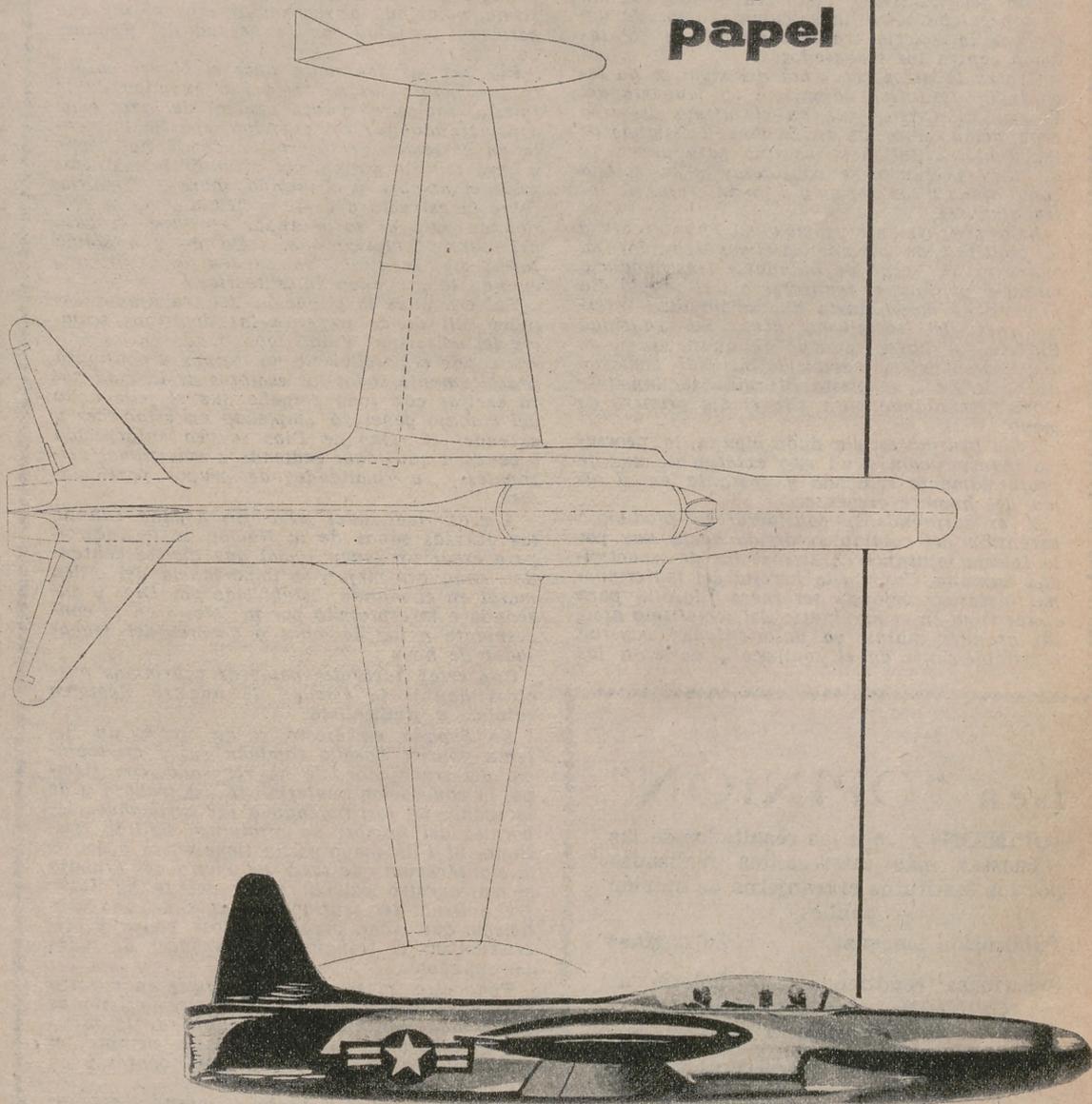
plicada que requiere tiempo, aprendizaje, adiestramiento y maestría, cual es complejo el estudio del latín y de la matemática superior. Asistir a las corridas sin este conocimiento previo es como asistir a los partidos de fútbol, donde la masa se apasiona por una fortuita quiniela; aunque esta asistencia multitudinaria requiera solamente pertenecer a un país con moneda fuerte.

Los toros en grande quedarán para el extranjero que nos visite durante las vacaciones veraniegas. Los toros en chico son la reliquia y la delicia de las pequeñas placitas, de los tentaderos que existen en las ganaderías, un placer y un arte para pocos. El campo charro, en cuya prosapia usted se distingue en medio de sus hermanos presentes y difuntos, don Alipio, don Graciliano y don Argimiro (una triada de nombres inconfundibles), ha vivido en simbiosis con la Universidad salmantina, con esta ciudad universal que es Roma la chica. Cuando se edificaba la Catedral vieja, existían unas dehesas con unos toros milenarios, antes que unos ganaderos del siglo pasado importasen reses de Andalucía para mejorarlas y afinarlas, refinarlas en las cátedras salmantenses. Don Diego Torres de Villarroel, catedrático de Salamanca, anduvo entre los toreros del siglo XVIII, cuando estaba codificándose la ciencia taurina de matar; pero es mucho más humano y más profundo estar y vivir entre ganaderos a la manera de don Miguel de Unamuno, contertulio y amigo de los frailes dominicos de San Esteban y de los criadores de reses bravas que se juntaban en el café Novelty.

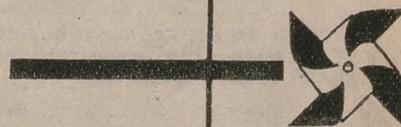
El toro es un hidalgo, un hidalguéolo, cuando la pobreza no era incompatible con la honra: cuando España sin carne, deficitaria del orondo ganado vacuno, de las vacas de leche, comía de tarde en tarde el filete y la olla, en tanto que el bacalao era el alimento nacional. Está cambiando nuestra Patria, porque está ampliándose nuestra ganadería, ya que es el soporte biológico del país, que se habrá transformado cuando esté repleto de vacas holandesas y suizas, al modo de matronas ubérrimas y de carnosa prole. En este porvenir que se adivina, ¿cuál será la misión de las neviosas vaquillas que salen en las tientas de Andalucía, de Albacete, de Toledo, de Salamanca? En la tiente, mi señor don Antonio Pérez Tabernero, no hay trampa ni cartón y hasta los mismos burladeros no debían denominarse burladeros, porque todo se presenta al natural, aunque muy trabajado y sin afeite. No existe apoderado, el torero no cobra, el público no paga, la vaquilla aun no ha sido madre y el picador abandona su pesado hieratismo cuando acosa a la res con ese grito bronco, gutural, que es una contraseña y al mismo tiempo un sonido melódico. Mi perplejidad ante el futuro de la vaquilla ha desaparecido, mi señor don Antonio Pérez Tabernero, porque el toro que se cría para morir no puede sucumbir como la civilización azteca o el Imperio de los hititas. El toro es inmortal en España, porque es inmortal como el hidalgo, los cuales son el fruto más maduro de nuestra agricultura y de nuestra ganadería, hermanados en la hora de las resoluciones históricas. La España del caudillaje de Franco principió junto a ustedes, en la dehesa convertida en campamento. Nuestra España al iniciarse la Cruzada no disponía de la industria pesada, de las fábricas de gran utillaje, sino del campo y de la ganadería nacional.

Salvados los toros por obra y gracia de usted, de ustedes; si me preguntan por los toreros en cuanto a su porvenir, sólo puedo responder con otra definición como al comienzo: el torero no es un hidalgo, pero cuando nace un torero se acuña con su fama una palabra que valdrá por lo menos cien años.

**su principio
fué
papel**



**nuestra civilización no
sería posible sin papel**



SENTIDO CRISTIANO DEL TRABAJO

ENTRE el siniestro equipaje de calumnias con que desde hace siglos los enemigos de la Iglesia católica intentan arrancar de ella las masas, tuvo cierta resonancia hace bien poco tiempo la polémica que estos mismos enemigos entablaron con la Iglesia, so pretexto de defender la causa de los trabajadores en los países europeos de sistema democrático. Y, en efecto, tuvieron, en un principio, bastante éxito, si se considera que las organizaciones sindicales y ciertos partidos políticos de tales países habían caído más o menos totalmente bajo la órbita del marxismo. Todo era posible cuando se especulaba sobre la «calumnia atroz de decir que la Iglesia era una aliada del capitalismo contra los trabajadores».

Contra la atroz calumnia del siglo se ha levantado, definitiva, la misma voz augusta del Vicario de Cristo. Que en el último discurso pronunciado ante las asociaciones cristianas de trabajadores italianos insurgió para poner fin al falso prejuicio de considerar a la Iglesia como ajena a las ansias y a los intereses de los trabajadores.

Esta reciente intervención del Papa frente a la multitud de obreros católicos reunidos en Roma es un hecho de indudable trascendencia moral y política, al realizarse en el propio día primero de mayo, hasta hoy solemnidad internacional del socialismo ateo. Su Santidad Pío XII se ha complacido en anunciar en su discurso su determinación de instituir, como de hecho lo hace, la fiesta litúrgica de San José Obrero, señalando para ella el día primero de mayo.

Toda liturgia es, sin duda alguna, la necesaria transposición a un rito externo de una fe profundamente radicada y operante en el alma del hombre creyente.

Y es sorprendente considerar la prodigiosa extensión del camino recorrido hasta hoy por la Iglesia militante en este sector de la actividad humana. Cuando la herejía del materialismo histórica dejó de ser mera filosofía para convertirse en el manifiesto del socialismo ateo, las grandes masas, ya desorientadas, cayeron inevitablemente en el equivoco y abrieron las

puertas de sus países, previamente «liberados» de toda autoridad, en las manos de un anarquismo provisional, cuyo epílogo tenía que ser el Estado totalitario de organización marxista. Pretendieron algunos que la Iglesia había quedado inerte frente a tales gigantescos mecanismos de la Historia. Y, sin embargo, era la Iglesia quien, con León XIII, volvería a indicar el único camino de la luz frente a los hijos de las tinieblas. A lo largo de este siglo han sido precisamente las varias encíclicas sociales de los Pontífices las que han obrado el prodigio de quebrar la sumisión obrera al marxismo, volviendo a reconciliar esas masas que parecían perdidas con la verdad del Evangelio.

Pío XII, al denunciar ante el obrero católico las maniobras del moderno enemigo de la Iglesia, indica el punto central del problema, considerando que tal enemigo, «particularmente en el sector de los trabajadores, ha hecho y hace todo lo posible por difundir falsas ideas sobre el hombre y el mundo, sobre la Historia, sobre la estructura de la sociedad y de la economía». «No es raro—añade el Papa—el caso del obrero católico que, falto de una sólida formación religiosa, se encuentra desarmado cuando le proponen tales teorías.»

Tal era y es la situación del trabajador católico allí donde imperan las doctrinas sociales del marxismo. Y tal sigue siendo en los países donde el catolicismo no influye y configura prácticamente todos los sectores de la vida para «evitar con todo empeño que el feliz éxito del trabajo generoso empleado en establecer y extender el reino de Dios se vea entorpecido o venga a naufragar cediendo a ambiciones personales o a rivalidades de grupos particulares».

A esas rivalidades puso fin España cuando las fuerzas sanas de la Nación se levantaron para crear un orden social que hiciese entender, cada vez mejor, la importancia del orden moral en el mundo, establecido por Dios y enseñado e interpretado por la Iglesia en lo concerniente a los derechos y deberes del trabajador de hoy».

Con estas textuales palabras podríamos nosotros definir la esencia de nuestro Régimen católico y sindicalista.

En España, en efecto, se ha creado un sistema político basado también en la aristocracia del trabajador. Se ha rebasado, con tiempo, la concepción materialista del trabajo y de la economía, restituyendo a las actividades laborales del hombre su originario sentido cristiano. El 1 de mayo ya no tiene entre nosotros la significación que tuvo. La Fiesta del Trabajo es en nuestro calendario la del 18 de Julio, fecha llena del sentido militante de un catolicismo que luchó para dignificar, elevar y res-cristianizar el trabajo y el quehacer de todos los españoles.

Todo esto ha sido posible porque en nuestro pueblo se han reavivado las raíces cristianas de la vida asociativa, del trabajo, de la familia. San José ha encarnado, desde siempre, el ideal religioso y humano de los hogares y de las familias españoles.

Sólo en un pueblo, hecho a entender profundamente la religiosidad de la familia y del hogar, podía construirse, a la vanguardia de todo el mundo cristiano, un orden político-social cuya primera y constante caracterización ha sido y será la dignificación activa del trabajo. Frente a tales realizaciones nada pueden hoy en España esas «frases huecas y palabras engañosas» a las que alude en su discurso Su Santidad el Papa.

Lea "OPINION"

«OPINION» recoge los resultados de las encuestas más interesantes realizadas por los institutos extranjeros de opinión pública.

Publicación mensual 36 páginas

Suscribase remitiendo este boletín a:
«OPINION», Monte Esquinza, 2,
Madrid.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.
domiciliado en
calle Núm.
se suscribe a OPINION, cuyo importe de
TREINTA pesetas (un semestre) abonará
al recibir el primer ejemplar.

... de ... de 1955.
(Firma.)

EL ESPAÑOL



El triunfo de
PROFIDEN es
en razón de
su prestigio.

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.
INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

G.S.14.475

DECLARACION DE PRINCIPIOS

Las leyes son necesarias, pero su eficacia depende, en gran parte, de la fuerza con que los principios doctrinales y morales, en que aquéllas se inspiran, actúen sobre la conciencia individual y pública, sobre todo en la de los hombres e instituciones que, por su función social, influyen más decisivamente en la vida del país. Que esto afecta particularmente a la Prensa como «institución social» y a cuantos integran la comunidad periodística es evidente. Lógicamente la Declaración de Principios—verdadero decálogo de ética profesional—que los periodistas españoles acaban de proclamar en el Consejo de Prensa, celebrado recientemente en Salamanca, es un hecho que debe registrarse y destacarse, tanto por su importancia como por su ejemplaridad. Son los mismos periodistas los que espontáneamente y con absoluta unanimidad acordaron en el I Consejo Nacional de Prensa, elaborar y hacer pública una Declaración que recogiera, de modo orgánico y explícitamente, los principios a que vienen ajustándose los profesionales de la información en nuestra Patria, principios cuyo cumplimiento ellos mismos se comprometen a mantener en su labor diaria y a exigir a cuantos en lo sucesivo formen parte de la profesión. Estamos, pues, ante una clara demostración del sentido de responsabilidad y de la madurez que ha alcanzado nuestra Prensa.

Un ligero examen del contenido de la referida Declaración, cuyo texto fué redactado y aprobado previamente por la Federación de Asociaciones de la Prensa, nos permite asegurar que ella constituye, al mismo tiempo, una prueba fehaciente de la consistencia y legitimidad de la «doctrina española de la Información» y de cómo estos cánones doctrinales han esclarecido y perjurado los verdaderos fines de la Prensa, sus deberes, sus derechos y el rango que ocupa dentro de nuestro sistema institucional.

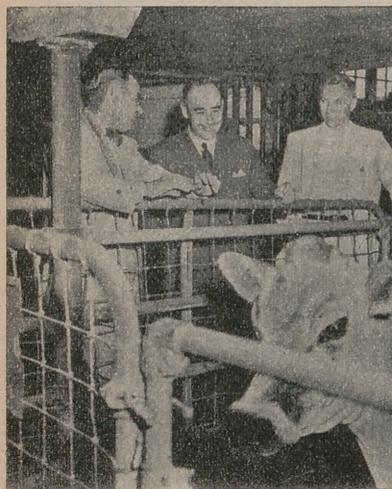
La función informativa y orientadora de la Prensa, con sujeción a las normas de veracidad, justicia y prudencia; la obligatoriedad de servir lealmente al bien común, con la aceptación plena, para los profesionales españoles, de las enseñanzas de la Iglesia católica y de la significación y contenido del Movimiento Nacional en toda su proyección histórica, religiosa y social representan, juntamente con la honradez, el fiel servicio a los intereses legítimos de la propia empresa y un depurado afán de perfección en la preparación profesional, los cauces y los supuestos dentro de los cuales puede desarrollarse la auténtica libertad, la justa y recta libertad. La libertad para el bien y la verdad. Del rigor y el equilibrio que presiden todo el texto de la Declaración es exponente cualquiera de sus apartados. Dice así, por ejemplo, el párrafo noveno: «En el enjuiciamiento crítico de los hechos o de los problemas el periodista procurará siempre que le sea posible orientar la atención del público y de las esferas responsables hacia las soluciones más viables dentro de cada momento. Es preciso que la Prensa estimule, sobre la estimación de los derechos, el espíritu de cooperación en el cumplimiento de los deberes y que mantenga un alto sentido de probidad.»

Permitásenos una última reflexión: por primera vez en la historia del periodismo español, los propios periodistas, representados en su totalidad por la Federación de Asociaciones de la Prensa, someten su propia actuación a «Tribunales de Honor» y hacen solemne y corporativamente profesión de fe católica. He aquí un hecho singular dentro de la Prensa mundial, de cuya trascendencia nos limitamos hoy a dar gozosamente testimonio.

EL ESPAÑOL

EL MINISTRO CAVESTANY

VISITA LOS RANCHOS DE NORTEAMERICA



Agricultor en el campo y en la ciudad, estadista e ingeniero, dió en Nueva York una interesante conferencia de Prensa

UN agricultor, un buen agricultor, no conoce el descanso, si a su explotación dedica el afán que debe. No es el campo un lugar de reposo para el que lo cultiva. Ni el descanso físico ni el otro descanso de la mente, el descanso ayuno de preocupación, porque sus ojos han de mirar de continuo a cielo y suelo.

Así ha ocurrido que Cavestany, nuestro Ministro de Agricultura, agricultor, además, de vocación e ingeniero agrónomo de profesión, tres títulos prácticos que le han servido de triple llave para suscitar la curiosidad y confianza en los norteamericanos, no ha encontrado, no ha sentido el cansancio en el cronometrado programa—rígido a la norteamericana—ni en las distancias—inmensas—también, por norteamericanas—de su triunfal viaje.

El viaje—hay que decirlo ya—es triunfal. Triunfal desde la llegada misma, por esa doble característica de nuestro Ministro: ser agricultor y ser hombre diligente y rebelde al cansancio.

A las diez menos cuarto de la noche, del jueves, día 14 de abril,



En la fotografía de arriba vemos al secretario de Agricultura de los Estados Unidos, Mr. Ezra Taft Benson, imponiendo al Ministro español señor Cavestany la insignia de miembro del Club 4-H (un trébol de cuatro hojas). Cavestany, que visita instalaciones agropecuarias en Norteamérica, celebró una conferencia de Prensa en Nueva York, acompañado de nuestro embajador, señor Areilza.

despegó del aeropuerto de Barajas el avión «Santa María», de la Iberia, rumbo a Nueva York. A las nueve de la mañana del siguiente día tomaba tierra en las pistas de Idlewild, una hora después de la prevista a causa de la niebla, cosa sin importancia porque de lo contrario no hubiera podido hacerlo a menos de mil kilómetros de Nueva York. Esto último tampoco sería extraordinario en el país donde las unidades de medida y peso debieran ser mayores.

No deja de tener matices significativos y aleccionadores el súbito choque de un agricultor europeo—de Valladolid, para con-

cretar—con el espectáculo inmenso, escueto y reseco de una ciudad vertical. Como en un sueño, los ojos acostumbrados a las gráciles y caprichosas siluetas de la naturaleza tropiezan de pronto, hasta rebotar la mirada, en los inertes contornos de los rascacielos, sin más paisajes que las breves oquedades de las ventanas.

—Señor Ministro—le dijo un corresponsal español ante el rascacielo de Park Avenue—¿qué le parece?

Cavestany, hombre castellano, de tierras en que el nivel del suelo apenas se atreve a perturbar la lejana línea del horizonte, miró de arriba a abajo. En sentido ver-

tical. A él, por mediterráneo, de seguro que le agrada más lo horizontal. Apenas tendría imágenes, recuerdos de su experiencia, para medir con simple movimiento de ojo o de cabeza tales dimensiones. No podía precisar.

—Grandioso.

Un término vago, pero revelador. Y luego, un atisbo crítico.

—Aquí hasta la fealdad tiene una grandeza impresionante.

Y de pronto salió el hombre de las tierras vallisoletanas.

—Naturalmente, yo prefiero que el paisaje tenga trigo y, a ser posible, árboles.

No era esto una intemperancia nacida de un exacerbado localismo. No. El señor Cavestany, además de agricultor, es Ministro. Y conoce ciudades, dentro y fuera de España. Tal expresión es reflejo de una actitud definitiva en la vida: ser agricultor. Agricultor en el campo y en la ciudad. En uno, dando con el mazo o el motor; y en la otra, buscando lo que pueda hacer para que el agro prevalezca.

¿Acaso no tiene importancia y valor para un Ministro de Agricultura la frágil caña de una planta de trigo?

PROBLEMAS AGRICOLAS AL DESCUBIERTO

Veinticuatro periodistas, todos ellos redactores agrícolas y económicos de los grandes periódicos y agencias, e incluso de provincias, rodearon al señor Cavestany en el hotel Ambassador de Nueva York, donde habría de hospedarse. Cerca de una hora duró la conferencia de Prensa, si una cosa así puede llamarse conferencia. En realidad se trata de un incisivo examen y sondeo que puede dejar malparado a quien no vaya bien provisto de ideas o no esté dotado de agilidad mental.

El Ministro español, sin apenas acusar el largo salto por encima del Atlántico, hizo frente, manejando fácilmente el inglés, a las incitaciones de los veteranos técnicos en cuestiones agrícolas. Un verdadero lance de esgrima. Se valía del agregado agrónomo a nuestra Embajada como intérprete cuando quería precisar un concepto.

Ganó así el primer «round»: entrando en Norteamérica por la Prensa, que es la puerta más difícilmente fácil de franquear. Porque la pluma de los reporteros y corresponsales conecta con una opinión que pondera en demasía cuanto se dice, que cree por honradez mental lo que se declara.

—Señor Ministro, ¿cuáles son los principales problemas de España?

La pregunta fué rápida.

—Técnicamente hay tres problemas básicos: aumento de regadíos, repoblación forestal y conservación del suelo.

—¿Y socialmente?—le preguntó otro.

—Crear patrimonios familiares, unidades de cultivo de propiedad privada capaces de dar un nivel decente a una familia campesina.

—¿Se tiende a incrementar la producción de fertilizantes?

—¡Claro! Queremos aumentar la producción unitaria de la tierra y si no lo hacemos en nuestro suelo, tan gastado, con fertilizantes ¿con qué lo vamos a hacer?

—¿Cuáles son los principales

productos agrícolas de España?

—disparó otro sin dar reposo.

—Tenemos de todo.

El periodista dió media vuelta a la pregunta:

—¿De cuáles está más necesitada?

—En parte, de trigo. También algodón y productos industriales.

—¿Qué se hace en España con la paja?

—Producir celulosa noble en una gran fábrica que tenemos en Miranda de Ebro.

—¿No hay más?

—Otras tres, en que obtenemos primeras materias industriales por el procedimiento de fermentación.

—¿Y azúcar? ¿Tienen ustedes azúcar?

—Sí. Para nosotros y para cualquier amigo que la necesite.

—¿Y qué hacen ustedes con el bagazo?

—Papel tipo Prensa en otra fábrica abierta en Motril.

—¿Hay en España escasez de productos lácteos?

—Sí y no. Con arreglo al nivel actual de consumo, hay bastante. Pero si sube ese nivel, que en muchas partes hace falta, entonces habrá que aumentar la producción.

—¿Entorpece mucho la falta de maquinaria agrícola?

—De momento, no. Cuando aumente la producción unitaria, sí. En España, en contra de lo que se cree, no es tanto el problema de latifundio como el de minifundio. ¿Quién quiere un tractor para cultivar una hectárea? Hemos de realizar la concentración de parcelas, única manera de poder llegar a la mecanización del campo. ¿Se puede hacer algo en diez o doce hectáreas partidas en 80, o más, parcelas, no lindantes entre sí?

—¿Y el crédito agrícola?

—Se ha triplicado en el curso de los tres últimos años.

—¿Se ayuda a los granjeros para la compra de maquinaria?

—Sí. Con el 60 por 100 del coste.

—¿Es oficial el crédito?

—Sí. Esto no puede ser una operación financiera que busque el beneficio del capital. Hay que hacerlo perdiendo, lujo que sólo pueden permitirse los Gobiernos. La compensación está en el aumento de riqueza nacional.

El señor Cavestany sonríe entre las sonoridades nasales de su inglés no lento. Mira a cada uno de sus asateadores, mueve las manos con parsimonia y contesta tranquilo, seguro, dueño de sí y de su circunstancia. El fenómeno tiene una triple causa: que el señor Cavestany es un Ministro, un ingeniero agrónomo y un agricultor.

Y la Prensa norteamericana lo sabía, razón por que no le enviaron reporteros de calle, sino especialistas en la materia. Apenas hubo, por tanto, preguntas de índole política. Sólo preguntas inquisidoras de la situación de nuestro campo, de sus problemas y posibilidades.

Al primer ministro italiano, Scelba, que no hace mucho visitó también Estados Unidos, le preguntaron mucho y todo, desde lo serio hasta lo pintoresco. Incluso salió a relucir Gina Lollobrigida.

A Cavestany, no. En torno a Cavestany hubo una verdadera conferencia técnica. Norteamérica considera muy en serio las cosas de España.

TREINTA Y DOS HORAS SIN DESCANSO

Ministro y periodista pudieron medir lo que implícito iba en la cartera de viaje: Mientras uno o aquilata la atención que a nuestros problemas agrícolas prestan en aquel vasto país de grandes empresas y potentísimos financieros, los otros, a fuerza de picotazos, dejan al aire la entraña misma de la realidad de nuestro campo, que hoy por hoy es la suprema realidad económica de España.

Apenas terminó el torneo periodístico, el Ministro y el embajador español marcharon a Wall Street, para asistir en su Club al agasajo de industriales y financieros neoyorquinos. De aquí, a otra recepción ofrecida por el alcalde de la ciudad, Robert Wagner. Y luego, por la tarde, otra en el Waldor Astoria.

Doce horas de comidas y agasajos, después de veinte de vuelo. Y cerca de dos horas de pie, saludando norteamericanos y norteamericanas en la sala Sert, de Waldor Astoria, durante el «cocktail» de la Sociedad de Amigos de España. En este salón suena el castellano teniendo como fondo



El alcalde de Nueva York, mister Wagner, estrecha la mano del Ministro español de Agricultura, que le presenta don José María Areilza

en las paredes los frescos pintados por el español Sert, el artista que tantos rascacielos neoyorquinos ha decorado con su mano maestra.

El sábado, descanso. ¿Quién descansa en Nueva York, si la estancia es breve? No quedan ciudades-estados, ¿pero es arbitrario decir que muchos Estados no tienen el movimiento económico de la ciudad de Nueva York? En Nueva York, por tanto, además de soluciones, hay exponentes de riqueza. Hay que verlo. Se posterga el descanso.

TRES PROBLEMAS: AGUA, SUELO Y BOSQUE

Llega a Washington, la capital federal. El cuarto Ministro español que llega a Washington en un año. Al mismo tiempo de su llegada se anuncia la de otro, la del Ministro de Marina.

Nunca un estadista y Gobierno de España habían promovido el interés y admiración por su obra como el Generalísimo Franco y su Gobierno.

En Washington, Cavestany es un Ministro más que por allí desfila. ¡Han sido tantos! Pero en Washington no lo miran como uno más. Representa la agricultura de un pueblo moralmente fuerte y tenaz que necesita, tras muchos avatares, un apoyo económico. Y saben que ayudar a España es ayudarse a sí mismos en su inquietante afán de poner diques a un enemigo común.

Porque Norteamérica, que a simple vista pudiera presentarse como el «slogam» de la industrialización, es un país, uno y diverso, en el que la agricultura, el campo y sus seres y productos, tienen una extensa y profunda raigambre. El campo es lo que más interesa, no como lugar de recreo, aire puro y «fin de semana», sino como fuente de riqueza. El campo es el barómetro de la economía del país.

Y Cavestany se presenta ante las puertas de Washington con la siguiente hoja, que no exhibe: hombre de campo, cuya finca Monte de San Lorenzo, en el término de Torrelobatón, ha ganado el título de «Empresa ejemplar», y décimo tercer hijo de una familia de catorce hermanos, tres de los cuales cayeron en lucha contra el comunismo. Es decir, un vástago de una vieja familia cas-

tellana, pero que tiene ideas nuevas en cuanto al trato del campo se refiere.

«España—dice—tiene en vías de solución los problemas agrícolas básicos».

Esos problemas—ya lo hemos dicho—son: agua, suelo y bosque. Y, junto a ello, más técnica y menos rutina en el campo; mejora de la ganadería, inversión de capitales, más capacitación y educación en el sentido agrícola de las poblaciones rurales, y fundación de un sentido cooperativo en los labradores.

DOS PAISES CON LA MISMA VARIEDAD DE CLIMA

Las declaraciones de Cavestany fueron recogidas con mucho interés por la Prensa americana, que lleva ya meses interesándose por el gigantesco plan de recuperación agrícola que está llevando a cabo el Gobierno del Generalísimo Franco.

Muchas crónicas han sido publicadas sobre este tema en periódicos americanos, y uno de los que más se interesa es el poderoso diario de Boston «Christian Science Monitor», órgano de la curiosa secta «cristiano cientistas», que no creen en la existencia de las enfermedades ni en la muerte.

El «Monitor», empero, es uno de los diarios mejor escritos de Norteamérica y no cae en el pecado del sensacionalismo, debido a su misma ideología. Su corresponsal en España fué, si no recuerdo mal, el primero que descubrió a los americanos la hoy mundialmente famosa «Operación Badajoz».

«De nada vale construir presas para riego si las avalanchas de las lluvias repentinas arrastran la capa vegetal de la tierra debido a la escasez de árboles.» Esto escribía el «Monitor» al llegar a Washington nuestro Ministro.

«Se calcula que, al ritmo actual, la repoblación forestal y los riegos salvarán cada año unas 100.000 hectáreas de tierra agrícola, que de otro modo se hubieran convertido en eriales.»

Y tras recordar unas palabras del propio Cavestany, añade el periódico:

«Hoy las perforadoras llegadas de los Estados Unidos son lanzadas a la batalla agrícola sin pe-

dida de tiempo. En las polvorientas tierras de la Mancha, en la cocida por el sol provincia de Badajoz, en las áridas Cáceres y Jaén en la desértica región aragonesa de los Monegros, están sometidas las perforadoras a una jornada intensiva de veinticuatro horas diarias en busca de agua.»

Cavestany sabe de campo, y sabe, por eso, que Estados Unidos tuvo las mismas preocupaciones: el castigo de las sequías y del polvo en las regiones centrales y occidentales.

—España tiene la misma variedad de clima que Norteamérica—dice, con esa expresiva sonrisa de nuestros hombres de campo.

Como el labrador es realista, Cavestany no sólo habla con los ministros de Agricultura e Interior, con los jefes de la F. O. A. y del Banco de Exportación e Importación. Cavestany vuela después sobre las inmensas tierras de Norteamérica para ver, para palpar las soluciones técnicas que a problemas comunes se han dado.

Otro de los temas tocados por el señor Cavestany en sus conferencias de Prensa se refiere a la lucha contra el minifundio, que asuela nuestras tierras y cómo el Gobierno español se esfuerza en hacer de los que antes eran sólo colonos pequeños propietarios.

Para llevar a cabo con éxito su programa de recuperación económica, España necesita material técnico y ayuda americana, especialmente excavadoras y perforadoras. El señor Cavestany planteó estos problemas no sólo en sus conversaciones con Mr. Benson, sino también con Stasen y los altos oficiales de la F. O. A.

DE MISIONERO A MINISTRO

Mister Benson, además de invitarle a comer en su ministerio, hizo al señor Cavestany miembro del Club «H 4», al que pertenecen todos aquellos americanos que más se han distinguido en el desarrollo de la agricultura.

Tienen, además, estos Clubs el objeto de promover y fomentar la afición y la ocupación en las cosas de campo entre la juventud. Cuenta para ello el ministerio correspondiente con 13.000 representantes que se dedican a enseñar a los granjeros métodos y mejoras. Los jóvenes, en consecuencia, se afanan en lograr cruces de animales de mayor rendimiento u obtener variedades vegetales más productivas y resistentes a los insectos. Hay después concursos locales entre los miembros del Club. Luego, entre los ganadores dentro del mismo Estado. Y, por último, entre los de la Confederación. El joven campesino ganador volverá a su lugar ahito de homenajes y será incluso recibido con banda de música.

Acaso entre todos los ministros del Gabinete Eisenhower no haya ninguno más austero que Mr. Ezra Taft Benson. El colega americano del señor Cavestany no sólo no bebe alcohol, sino que tampoco toma café, té o fuma un cigarrillo. Beber licores, café, té o incluso Coca-Cola, así como fumar, está prohibido por la Iglesia de «Jesus Christ of the Latter Day Saints», vulgarmente conocida



En la finca experimental del departamento de Agricultura, en Beltsville, Md., el señor Ministro conversa con los directivos

como «Iglesia Mormona», debido a su devoción al ángel mormón que resplandece en la cúpula del gran templo de la ciudad de Salt Lake City, así llamada por extenderse a la vera del lago Salado.

Mister Benson es un mormón. Tiene una gran categoría dentro de su Iglesia y es una de las personalidades más influyentes de Utah, el Estado teocrático por excelencia.

En su juventud, mister Benson fué misionero de su fe (los mormones son grandes proselitistas) y vivió durante algún tiempo en Inglaterra.

Llevados por su espíritu de austeridad, el ministro de Agricultura americano y su esposa apenas si asisten a fiestas sociales que no sean de carácter íntimo y en las cuales no se sirva vino.

Se cuenta aquí en Washington que, hace poco, un embajador de un país extranjero telefonó a mister Benson para invitarle a una cena.

Antes de aceptar, el ministro de Agricultura americano preguntó si podía llevar a uno de sus hijos, un niño que no había cumplido los diez años.

—Pero, señor ministro —contestó el embajador, un tanto sorprendido—, la cena es para personas mayores, y un niño se sentirá desplazado.

Mister Benson, entonces, renunció a la cena.

UNA FIESTA DE AGRADO

«Los españoles ofrecen al ministro de Agricultura una fiesta de su agrado», dijo, al día siguiente de la cena en la Embajada española, una de las columnistas sociales de Washington.

Fué una cena «en familia», donde reinó la mayor cordialidad. Mister y mistress Benson asistieron con dos de sus hijas, de doce y ocho años, y también se sentaron a la mesa la pequeña de los Motrico, Cristina, y la hija del agregado agrícola, señor Vergara.

El señor Cavestany entregó a las pequeñas de Benson dos trajes regionales españoles, uno de maja y otro de aragonesa. Las niñas comieron con ellos puestos y ambos ministros brindaron cordialmente con vasos de leche.

A continuación Cristina Areilza, que tiene siete años, bailó flamenco con muchísimo salero. Su gracia es tal que el propio Vicente Escudero aseguró que si en vez de ser hija de los Motrico lo fuera de una gente modesta, podría pronosticarse que llegaría a ser una bailarina de altura.

Vicente Escudero vino de nuevo a Washington (había estado aquí con su compañía hace un par de meses, obteniendo un éxito extraordinario) para bailar en una gran recepción ofrecida por los embajadores de España en honor del señor Cavestany.

Ese día la recién decorada Embajada de España fué el centro en donde se congregó la flor y nata de esta sociedad americana.

Políticos, embajadores, escritores y gentes de la alta sociedad estrecharon la mano del Ministro español y luego aplaudieron conmovidos al gran maestro del baile español.

Vicente Escudero ha realizado



Cavestany y sus acompañantes examinan las instalaciones de una cocina modelo en la finca experimental de Beltsville, Md.

una proeza acaso única en la historia de la danza.

Triunfar como bailarín a los sesenta y tantos años.

Con él está un viejo «cantaor» de altura: Pepe la Matrona y una veterana de la danza, Carmita García, que bailó con la Argentina, así como un plantel de jóvenes (y guapas) bailarinas, entre las que se destaca María Amaya hermana de Carmen, y Rcsario Escudero.

No fué ésta la única recepción que nuestros embajadores celebraron en honor de sus ilustres huéspedes, y puede decirse sin hipébole que las fiestas de la Embajada española constituyeron un acontecimiento social en la vida de Washington.

Una de las cronistas, nieta del Presidente Teodoro Roosevelt, escribió: «La hija del granjero ha sido la gran sensación de la noche.»

«La hija del granjero» es la señorita de Cavestany, «Nini» para sus amigos. Una chica morena con ojos azules y airosa figura, Nini declaró que este viaje era «la gran ilusión de mi vida».

Recuerdan los periódicos americanos que el señor Cavestany no es el primer Ministro espa-

ñol que visita los Estados Unidos.

Da prueba de la cordialidad que hoy reina entre Norteamérica y España el hecho de que cuatro Ministros españoles hayan sido huéspedes de los Estados Unidos en el curso de los últimos doce meses.

El Ministro de Comercio, señor Arburúa, estaba aquí el año pasado por estas mismas fechas. Vinieron después el Ministro del Aire, general Gallarza, y el Ministro del Ejército, general Muñoz Grandes.

ESPAÑA PAGA RAPIDAMENTE SUS DEUDAS

Muy de mañana salió Cavestany para visitar las granjas lecheras de Virginia, que emplean la más moderna maquinaria, y las granjas del departamento de Agricultura en Beltsville (Maryland), donde vió ganado selectísimo, especialmente vacuno.

Luego, reuniones y comidas con personalidades de la Administración. Almuerzo en el Senado con los Comités de Agricultura y Apropiaciones a invitación del senador Bridges. Pero, más tarde, el té con los mismos Comités de la Cámara de Representantes.

—Le felicito por su inglés.



Una estampa real de «cowboys» en un rancho del suroeste de los Estados Unidos. Esta zona ha sido visitada por el señor Cavestany

Decía esto a nuestro Ministro el jefe de la mayoría de la Cámara, John Mac Cormick, que luego exclamó:

—¡Cuánto siento mi limitado conocimiento del español!

—Tengo una elevada opinión de España —afirma el vicepresidente de la Comisión de Agricultura. He observado que los españoles están progresando mucho.

—Es necesaria más ayuda económica para levantar la economía de España —dice a Cavestany el administrador de Operaciones en el Exterior, Harold E. Stassen—. España no ha disfrutado del plan Marshall.

El Banco —asegura a nuestro Ministro el presidente del Banco de Importación y Exportación— tiene una opinión muy elevada de España respecto a la concesión de empréstitos. España paga sus deudas rápidamente.

El corresponsal de una agencia escribió: «La llegada de don Rafael Cavestany y de Anduaga lleva a su punto culminante una tranquila, pero intensa competencia entre los fabricantes de maquinaria agrícola, norteamericanos y alemanes, por el mercado español. Se tiene entendido que el señor Cavestany considera España como una miniatura de los Estados Unidos en el aspecto agrícola, debido a la semejanza de clima, suelo y otros factores.»

El señor Cavestany declaró en una conferencia de Prensa:

—Desde 1953 he dirigido operaciones de compra de maquinaria agrícola norteamericana por valor de 14 millones y medio de dólares.

Poco antes de partir para California nuestro Ministro de Agricultura, la F. O. A. anunciaba la autorización a España para la compra de algodón por valor de 29 millones de dólares. Y también hojalata, cobre y material para la industria siderúrgica por un valor superior a los tres millones. Unos días antes se había firmado en Madrid un acuerdo de suministro de excedentes agrícolas —algodón, aceite de semilla de algodón, maíz y tabaco— por un valor de 21 millones de dólares, la mitad de los cuales se dedicarían a gastos norteamericanos en territorio español y la otra mitad a un préstamo a cuarenta años.

Pero el impacto de la presencia de Cavestany en Washington fué otro: dar a conocer de un modo directo y personal, realista y eficaz, la agricultura española, creando al mismo tiempo una corriente de comprensión mutua y sincera que habrá de conducir a más estrecha cooperación.

AVIADORA, RANCHERA Y FABRICANTE DE COSMÉTICOS

En estos momentos el señor Cavestany se halla recorriendo los Estados del Oeste Medio en un avión puesto a su disposición por el secretario del Aire, mister Talbot. Le acompañan el presidente del Instituto de Investigaciones Agronómicas, señor Echeagaray y su esposa. Ambos son muy conocidos en Washington, donde el señor Echeagaray fué durante veintidós años agregado agrícola. También figura en el

acompañamiento el jefe del departamento comercial del Ministerio de Agricultura, señor Cantos Figuerola con su esposa.

Cantos Figuerola, que es hermano de la señora de Cavestany, no había estado en Nueva York «desde el tiempo en que el Waldorf Astoria estaba donde hoy está el Empire State Building». Asegura, no obstante, que la ciudad no ha cambiado mucho.

Durante el curso de esta larga excursión por América acompañaba también al Ministro el agregado agrícola en Washington, señor Vergara, y su esposa.

Tras recorrer más de un tercio de los Estados Unidos, el señor Cavestany regresará a España el día 16 de mayo, cruzándose, posiblemente en el aire, con el Ministro de Marina de España, almirante Moreno, cuya llegada ha sido anunciada por la Marina norteamericana, de quien será huésped de honor.

En California han sido huéspedes de un famoso matrimonio de aviadores Floyd Odlum y Jacqueline Cochran. Ella es famosa, porque en un tiempo batió el récord femenino de altura de vuelo, y es una de las primeras aviadoras que logró superar la velocidad del sonido.

Miss Cochran, que ha escrito recientemente sus Memorias, nació en un Estado del Sur como hija de un peón algodonero. Fué abandonada por sus padres y se ganó penosamente la vida desde niña. Además de ser aviadora es una mujer de negocios, que ha conquistado el mercado de los cosméticos con productos que llevan su nombre.

Por añadidura, ella y su marido se distinguen como agricultores, y su rancho es uno de los mejores de California. Está cerca de un pueblo que se llama Indio. En Indio ha visto el señor Cavestany tierras de labradío, creadas recientemente, donde antes sólo había desierto.

EL MAYOR RANCHO DEL MUNDO

Otro rancho famoso también visitado —mejor dicho, visto desde avión— es el «King ranch», de 373.000 hectáreas de extensión, donde pacen 85.000 cabezas de ganado vacuno. Es la mayor finca particular existente en los Estados Unidos y la mayor empresa particular del mundo dedicada a la cría de ganado vacuno para consumo.

Fundado por el capitán King, un explorador del Río Grande, hace más de un siglo, es, en la actualidad, una sociedad anónima propiedad de la familia, de cuya dirección está encargado, desde 1918, Robert Justus Kleberg, nieto de King. Este, después de introducir en Norteamé-

rica las hierbas «Rancho King», de tallo azul, y «Kleberg», ha experimentado alimentar con fósforo el ganado en los terrenos de pasto.

Los Kleberg tienen también ricos pozos petrolíferos, pero el rancho es, ante todo una finca dedicada a la producción de ganado de consumo.

El gran éxito de Kleberg ha sido la obtención de la raza vacuna llamada «Santa Gertrudis», nombre que recuerda una finca española que hoy forma parte del rancho King. Es una combinación de la Brahman india y de la Shorthorn inglesa. En 1920, un toro Brahman, llamado «Vinotero», y una vaca lechera, guiados por sus instintos produjeron un ternero color rojo cereza, al que se puso «Monkey». Este fué el fundador de la raza «Santa Gertrudis», consagrada definitivamente en el espacio de veinte años.

Es la raza más robusta, carnosa y útil que ha conocido el mundo ganadero.

Los primeros novillos de esta raza se pagaron por tanto, a buen precio. En la primera subasta —29 novillos de color rojo cereza—, a la que asistieron 2.000 ganaderos, hubo por término un precio de 3.400 dólares, cosa nunca vista.

El que más ofreció, Edgar Brown, de Orange (Tejas), llevó su entusiasmo casi al paroxismo. Le manchó de excremento un novillo por el que había pagado 10.000 dólares. Pero él quedó agradecido.

—Ese excremento —dijo— es oro. No es preciso que me limpie.

EN LA TIERRA DE LOS QUESOS

Pero antes de llegar a Tejas visitaron al alcalde de Los Angeles y la bella ciudad del Puen-te de Oro, San Francisco, la de los terremotos, la de las misiones la de fray Junipero Serra.

En California ha recorrido la zona naranjera, la Central de Experimentos Agrios de la Universidad, el Laboratorio de Salinas y la sección de empaquetado de la Food Machinery and Chemical Corporation. En todos ellos ha inspeccionado centros de explotaciones agronómicas y presenciado el funcionamiento de máquinas agrícolas, manifestando interés especial por una máquina que elimina del heno elementos extraños, como clavos, alambres, etc.

El gobernador de Tejas, mister Shires, que es millonario y usa sombrero ancho, ha recibido al Ministro español a quien verán en Estados eminentemente agrícolas, como Kansas y Wisconsin. Entre visitas a granjas, a fábricas, entre tractores y trigo, el señor Cavestany se encontrará en la tierra de los quesos y del senador Mc Carthy. Proyecto visitar también Cleveland y Ohio y, aceptando la cordial invitación del Canadá, llegará hasta Ottawa y Ontario, para conferenciar con sus colegas canadienses y visitar la famosa fábrica de tractores «Ferguson».

Maria Victoria ARMESTO, desde Washington, y JIMENEZ SUTIL, desde nuestra redacción de Madrid.

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes, 10 pesetas.



TORREVIEJA, UN PUEBLO FELIZ

**VAN A SER MECANIZADAS
TOTALMENTE LAS MEJORES
SALINAS DEL MUNDO**

**45 DIAS SEGUIDOS DE
FESTEJOS DE VERANO**



La fotografía de arriba nos ofrece una vista parcial aérea de Torrevieja. Las otras son una perspectiva de la dársena y un aspecto del trabajo en las salinas

rado de otra mujer de Torrevieja, hizo posible la continuidad de la singular universalidad del pueblo alicantino.

Barcelona, también, ha visto llegar hombres y mujeres de Torrevieja. Hombres y mujeres que han fundado casi un barrio entero de Barcelona; hombres y mujeres que han levantado un prestigio de trabajo en una de las más tradicionales industrias catalanas, en la industria textil.

Ramón Nonell, moreno, especialista, artífice puro del algodón y de la lana, es el nuevo capítulo en la historia.

—Carmen Martínez, no he visto unos ojos tan bellos en toda mi vida.

A la muchacha de Torrevieja no le parecieron, ni por un momento, cursis ni conocidas las palabras. Ella representaba, en la iglesia, la proyección natural, en el sentido mismo, de su pueblo trazado paralelamente junto al mar.

La historia continúa.
De Orihuela, de Murcia, de la amplia vega baja del Segura

TE quiero, Gloria Bru, y tú serás mi mujer.

Había hablado Orla Davidsen, alto, rubio, fuerte, exportador de bacalao, noruego, de Copenhague.

La declaración de amor pudo haber sido hecha junto al mar, en clara noche de verano, a la espalda el paseo, enfrente las olas mínimas, las manos entrelazadas.

Orla Davidsen acababa de declararse a una mujer de Torrevieja. Vino con su hermano a veranear al nítido pueblo levantino y encontró esposa. Años antes, el padre, pasadas sus épocas en las latitudes mismas, había recomendado el lugar a su progenie. Y los Davidsen—dos hermanos noruegos, rubios, altos y fuertes como dos paganas divinidades nórdicas—cumplieron el mandato.

El matrimonio tuvo lugar. Y la historia de amor comenzada tal vez en un día de junio—la mirada rápida, el flechazo descubierta—remató en una embajada magnífica: la presencia de una mujer torrevejense en el mundo de lo lejano, en el mundo de los países que se llaman exteriores. Torrevieja, primero, tiene en este sentido, proyección universal.

—María Gil, tccas el piano como los ángeles mismos. ¿Quieres que tu música sea sólo para mí?

María Gil, pianista de Torrevieja, marchó—he aquí el gran argumento para la inexistencia de fronteras—a Inglaterra. Y allí fundó familia. Un hombre joven, nacido en el país isleño, enamorado



Con la construcción del muelle pesquero se evitará el que en el invierno los hombres tengan que limpiar las artes de pesca con el agua a la cintura

vienen todos los años gentes a veranear.

A la terminación de la temporada, hay una despedida unánime:

—Volveré el domingo que viene.

El objeto se llama Maruja, o Laura, o Julia, o Eloisa o Rosalía, y Torrevieja remata, en la región, su presencia en el mundo.

Porque no hay, casi, mujer más diáfana, más clara, más armónica y más justa que la mujer de Torrevieja. Ella es la encarnación viviente de ese gran trío de tesoros que guarda su pueblo; ella es fina y dura como la sal; ella es flexible y esbelta como el pescado de la mar alta; ella es alegre y hermosa como el veraneo bajo una palmera de la playa de Ferris.

Sal, mar, verano: la trilogía que Torrevieja da para todos. Aunque luego todos encuentren algo más: amor cogido de la mano sobre el paseo de las rocas pardas que miran al mar azul. La frase es hecha, pero es verdad. Y en ello reside su valor completo.

VENTAJAS PARA LA INSTALACION DE NOVISIMAS INDUSTRIAS

El «Atlantic Cost» es un barco de más de quince mil toneladas que lleva bandera de Liberia. El «Atlantic Cost» ha doblado la punta más avanzada de la escolera del muelle de Torrevieja y ha puesto proa al Este. El «Atlantic Cost»—diez mil toneladas de sal en sus bodegas—tiene un rumbo: Japón.

Su radiotelegrafista — Jimmy Parys—, un griego clásico que suscribiría Fídias, ha lanzado su último mensaje: cuatro palabras: —«Volveré en el verano».

Jimmy Parys ha salido luego a popa y se ha acodado sobre la baranda para ver, por vez última antes del regreso, el pueblo salinero. Casi ha anochecido. Hay una buena luna —cuarto creciente— y en las aguas del puerto se quebran los reflejos de la iluminación del paseo de las palmeras. El radiotelegrafista, griego—un marino que se sabe todas las historias marineras del mundo—ha tenido, de repente, una curiosidad.

—¿Y si viera la bolsa de oro del capitán Lásker reluciendo bajo las aguas?

Jimmy Parys, el marinero que

este verano volverá a Torrevieja, se ha acordado de la leyenda salinera del puerto. «El capitán Lásker traía su barco—un buen bergantín de estampa airosa— allá por los tiempos antiguos, a cargar sal a Torrevieja. Una lancha se ha destacado del bergantín. En ella viene el capitán. Hay que desembarcar a pie, pisando el agua, porque no existe todavía muelle.»

En la mano derecha el capitán suspende una gran bolsa de oro: el importe del cargamento. De repente, sin sospecha, una ola grande, una ola insostenible, se lleva, mar adentro, al capitán. Dice la leyenda: «El que vea brillar en el fondo de las aguas la bolsa de oro del capitán Lásker podrá bajar por ella sin peligro y recuperarla.»

Jimmy Paris—de esto hace dos meses exactamente—no ha sabido precisar el brillo. Sólo, al fondo, los montones de sal, reflejados por la luz del satélite blanco, paracen—aunque sea tópico—verdaderos montones de plata.

La sal de Torrevieja, la sal mejor del mundo. Nadie lo duda. De eso Japón, principalmente—todos los años se lleva casi 200.000 toneladas—tiene buena experiencia.

A todas las partes de la tierra navega la sal de Torrevieja. Y de todas las partes del mundo vienen vapores enormes, de cromáticas banderas, en busca del elemento blanco y cristalizado. Por eso, para que los barcos no pierdan tiempo en la carga, para que la operación de embarque dure un día en vez de siete como ahora, la sal se va a mecanizar.

Ya están en marcha las obras para la carga automática y directa de la sal. El tren de vagonetas que la transporta desde las salinas vaciará sus recipientes, sin intermediario alguno, en las bodegas de los barcos salineros que concen los siete mares de los hemisferios.

Una alegría y un temor corre por el pueblo. Alegría, la de que Torrevieja recupere y adquiera una extensión de mercado salinero como jamás la tuvo; temor, el de que unas ochocientas familias puedan quedarse en paro repentino, sustituidas en su trabajo de la sal por las máquinas veloces que no tienen necesidades ni descendencia humana.

He aquí pues, una magnífica cantidad de mano de obra que está en la conyuntura de quedarse vacante. Con lo que, antes de que estas gentes pudieran trasladarse a otras localidades, una ocasión única se depara a los hombres de empresa que quieren instalar industrias nuevas, industrias pujantes y poderosas. Tres ventajas gigantescas, en la palma de la mano, como ofrecidas por la reina de las suertes: terreno baratísimo, casi regalado; mano de obra magnífica, sin necesidad de tenerla que traer de lejanos sitios, ni ir a buscar a parte alguna; emplazamiento inmejorable con un puerto—, en punta sobre la cartografía—, salida natural de toda la región del río. La ocasión, para los teóricos y para los prácticos está abierta; sólo queda, pues, que aprovecharla. Con lo que todos, de tal forma, habrán obtenido importante beneficio. Que es, en definitiva, lo mejor y lo seguro.

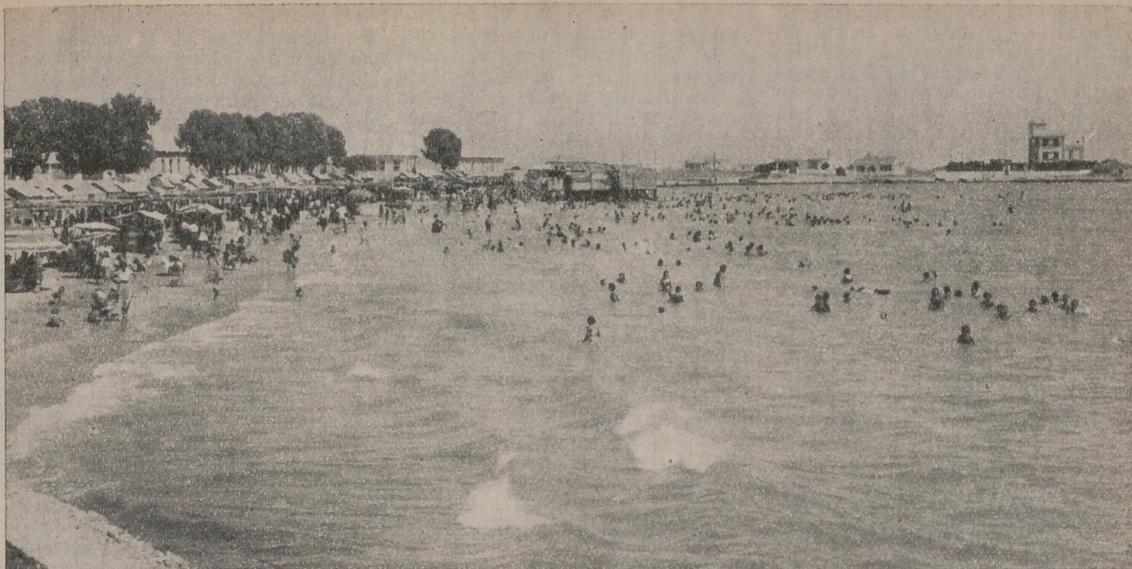
A DOS MIL TONELADAS DE SAL POR HOMBRE

Una salina es un extraño mundo maravilloso en el que un espectador sin trasfondo se cree inspeccionar nieve en medio de un desierto.

Gigantescos troncos de tetraedro de rectangular base, empujados en sus vertientes por capachos de esparto que solidifican y enroquecen la fabricada montaña, especifican el paisaje. Trenes minúsculos—como trenes de verbena constante—vienen vacíos, marchan ocupados. Entran los vagones en la sección de molturación. Allí—accionadas las planchas por



Uno de los accesos a la playa del Cura, en Torrevieja; un paseo bordeado de chalets la une con el pueblo



los brazos potentes de diez hombres—la operación del llenado se verifica.

La sección de molturación es, en todo el proceso, la última. Pero es una sección importantísima y peligrosa. La sal se introduce en las tolvas y cae, ya pulverizada. El suceso está al acecho; el riesgo vive junto a la espera. Una vez se dió una voz de alarma, un grito angustiado:

—¡Un hombre ha caído en una tolva!

Rápidamente fueron paradas las ruedas de la maquinaria. Se inspeccionó cuidadosamente cada una. Nada: allí no aparecía el menor rastro.

—¿Habrà sido triturado completamente?

—Pero ¿y el color rojo de la sangre?

Por fortuna, el hombre desaparecido estaba durmiendo en un montón de sal sin que nadie le hubiera despertado. Hoy, Joaquín Iborra Zafra, el encargado de la molturación—un salinero de categoría—se ríe recordando el episodio que pudo haber sido trágico y quedó en regocijo.

—En todos los años que llevamos de funcionamiento lo único que fué triturado, gracias a Dios, ha sido un par de relojes que se aflojaron de la muñeca. No se encontró de ellos ni una manecilla.

La playa del Cura a la hora del baño. Es una de las más bellas del Mediterráneo

El trabajo que realizan diez hombres va a ser sustituido por nueva maquinaria mecánica de doble potencia y décimo esfuerzo. Un hombre futuro podrá efectuar la acción de diez actuales. Velocidad y rendimiento serán aumentados. Nueve obreros quedarán disponibles para lo que se les llame. La sal, como dijimos, se mecaniza.

Hacia delante, hacia la laguna, la caseta de Antonio Pujol Campillo—encargado general—se presenta como una edificación fantasmagórica. La caseta es el camarote de un barco que se hundió en una tormenta frente a las costas de Torre Vieja. Y los hombres que extraen el producto han querido que la madera con restos de sal de los océanos diversos sea utilizada justamente, que no desaparezca de la hoguera o que no sirva de entarimado en cualquier casa de vecinos. Los hombres salineros se sienten a gusto dentro de ella. Y cuando palpan sus paredes o limpian su techo o cierran su puerta verde, parece que navegan. Una navegación parada sobre la tierra. El acontecimiento puede darse en pocas partes del mundo.

La sal de Torre Vieja se obtiene sacándola del fondo de la laguna. No hay montones de sal, como en Cádiz, por ejemplo, que se les va viendo aparecer cuando se evapora totalmente el agua. Aquí—pasada el agua del mar desde unos depósitos frescos o «modriza» a otras lagunas o «calentadores» y luego a los «alimentadores»—el proceso principal se verifica en los «cristalizadores». De mayo a noviembre dura el cuaje. Cuaja, cristaliza, la sal de la laguna. Y por las noches y por los días, 600 barcazas transportan los rombóedricos cristales desde la salina hasta la maquinaria purificadora que luego la dejará en los grandes montones geométricos.

Por ello es peligroso caerse en tal época en la laguna. Puede uno salir convertido en auténtica estatua de sal. Esto le ocurrió a Antonio Pujol.

Antonio Pujol—veinticinco años en las salinas—va montado en una barcaza para recoger y vigilar la recogida de la sal. Son las tres de la madrugada de un día del verano pasado. La temperatura del agua es de 29 grados centígrados. Una buena luna facilita la operación. La barcaza navega con lentitud pues cuatrocientos lanchones en aquella mar chica recogen sal. De repente, la barca dió un frenazo brusco: Antonio Pujol, desprevénido, cayó al fondo—escaso fondo—de la laguna. Incrustada la cabeza en el suelo salino no pudo oír el grito clásico:

—¡Hombre al agua!

Casi dos minutos permaneció, cabeza abajo, como una humana salazón extraña: Victoriano Anierte Vera y Francisco Andréu Peñalver fueron los primeros en sacarle. Por gracia, Antonio Pujol sólo sufrió el susto, los rasguños y la saladura correspondiente.

—Mira que si te tenemos que vender como una estatua de sal...

El comentario, así, pudo ser jocoso y con alegría.

Doscientos hombres—marineros en las barcazas especiales sacan cuatrocientos mil toneladas de sal en la temporada. A dos mil toneladas de sal por hombre. La marca en pocos sitios puede ser superada.



Otra vista parcial de Torre Vieja, ciudad bien urbanizada, que ofrece belleza y comodidad a los veraneantes

Todo este complejo salinero industrial de Torreveja está en trance y movimiento de total renovación mecánica. Una productividad imperiosa se sustenta en el ambiente. Con su cara y con su cruz. Pero en las dos fases, con la enorme certeza para todos de un aprovechamiento económico solucionador de todas las posibles contrariedades.

UN MUELLE PEQUEÑO QUE QUIERE CRECER

El «Joven Francisco» es un barco de 250 toneladas, de la matrícula de Torreveja; lo manda Francisco Juárez; el «Joven Juanito», es un barco de 12 toneladas de la misma matrícula, lo manda Vicente Juárez; el «Juárez Hermanos» es un barco de 62 toneladas cuyo capitán se llama Antonio Juárez; el «Corazón de María» es un barco de 45 toneladas que tiene por capitán a José María Juárez; «La Alegría» es otro barco de 45 toneladas que va mandado por Juan Juárez; el «Micro» es—último—un buen barco de 70 toneladas, cuyo capitán, último también, tiene por nombre Manuel Juárez. Seis hermanos de una misma familia—don Francisco Juárez es el padre de todos—embarcan todos los días—dueños y patronos de sus naves—rumbo a los bancos de pesca, en una conjunción trabajadora de la afición y del esfuerzo mariner. Torreveja tiene—como en otras muchas familias—su representación marinera más unida en esta familia Juárez. Torreveja, por los seis pares de ojos navegantes de los hermanos Juárez, mira paternalmente al mar. Y en el mar de Torreveja hay cadencias de conquistas realizadas y ritmos de desecar no satisfechos todavía.

Porque el segundo gran capítulo de aquella trilogía de Torreveja está en el mar. En lo que del mar viene en forma de pescado. Setecientos hombres, diariamente, salen a la pesca con cerco o con traíña. Puede decirse que, en Torreveja, un 50 por 100 de la población vive directa o indirectamente, de la pesca. Cerca de cuarenta embarcaciones, limpias, estilizadas y andadoras, construidas algunas en la misma localidad, son los móviles vehículos de esta gente pescadora e ilusionada.

En los grandes días de pesca

—Torreveja es el puerto del Mediterráneo donde mejor se cotiza el pescado azul—, setenta o cien camiones esperan la descarga de la sardina, del boqueron o de la caballa. Y en el muelle Mínguez—un muelle que tendrá historia futura—, el espectáculo puede compararse—reducido, claro es, en el número—a la animación comercial de cualquiera de los tradicionales puertos pesqueros norteños.

La pesca—a dieciséis millones de pesetas anuales alcanza su importe—es la más principal y más distribuida riqueza de Torreveja. Porque si la salina da de comer a muchas familias, la pesca produce a muchas familias también no solamente comida, sino beneficios y ahorro en mayor proporción que la blanca sal estática y viajera.

El muelle Mínguez es, pues, el muelle pesquero. Un muelle de clásico sabor mariner, con tipismo acusado y con su pequeño barrio «marsellés»—ahí están los bares de El Tiburón y Casa Mariano—para que nada le falte. Nada, menos un deseo: adentrarse en el mar para cumplir su cometido con justicia y con eficacia. Y no puede.

No puede porque el muelle Mínguez es corto. Le hacen falta cincuenta metros más, y entonces el muelle Mínguez será un muelle adulto, un muelle de verdad, donde podrán atracar los barcos pesqueros, sea cualquiera su calado; donde las quillas de los barcos no rozarían, como ahora con la tierra del fondo, y no se deteriorarían en manera alguna; donde la pesca podría ser descargada sin necesidad de barcas auxiliares que demoran en dos horas la partida y estropean—cada día que pasa, más—la mercancía. Con el muelle en estas actuales condiciones, Torreveja pierde diariamente varios miles de pesetas.

Para ello Torreveja pide—con una insistencia segura en la concesión—la prolongación de su muelle pesquero. Ya existe, informado favorablemente por el jefe del Grupo de Puertos de Valencia-Alicante, un anteproyecto de muelle pesquero, cuya realización—barata y rápida—solucionaría definitivamente este horizonte ensombrecido para el pueblo torre-

vejense. Y mientras esto no llega—la tardanza en el optimismo no cuenta—, el pueblo de Torreveja desea una draga; una draga que en quince días escasos limpie el puerto y permita la entrada de barcos salineros de gran calado y consiga el acercamiento de la flota pesquera para desembarcar su mercancía y evite la pérdida, contada en dinero, de decenas de cajas de pesca conseguida; pesca que es para todos como el pan bueno de cada día.

El actual puerto de Torreveja mirado por la superficie de las aguas, parece un puerto dibujado por un diseñador imaginativo y famoso. Crecen las palmeras, altas y alineadas, por el paseo, junto al mar; ponen los eucaliptos su presencia verdioscura junto al frescor veraniego de la sombra; pasan en parejas los bañadores como blancas impresiones de densas tintas tipográficas. Torreveja es feliz; Torreveja sólo quiere su puerto pesquero arreglado, dragado, ampliado. Entonces la amanzadora oscuridad económica para los hombres del mar no habrá siquiera comenzado.

Torreveja, así, podrá seguir, continuar, engrandecer su historia pescadora. Hombres futuros, hombres que reemplazarán a los viejos pescadores—ahora, la presencia de José Aracil Rodríguez «el tío Carral», o la de Vicente Tevar Montesinos «El Palomo», por ejemplo—en el papel de descansadores lobo de mar que supieron del secreto de los tiempos, podrán narrar lo sucedido. Y contarán, poco más o menos, el siguiente resumen:

—En el año 1955 se terminó de ampliar el muelle Mínguez. Vosotros, marineros de esta fecha de 1970, que apenas tenéis veinte años, ya podéis atracar con comodidad y con ganancia vuestras naves al muelle. ¿Verdad que es un bonito muelle? ¿Verdad que os gusta? Los hombres de mi tiempo lo dejaron para vosotros. Lo que no consiguieran los hombres de mi tiempo...

Los marineros futuros—los marineros torrevejenses de ese año de 1970—le habrán dado una palmada en el hombro y se habrán alejado riendo.

—Vaya, los viejos siempre con sus dificultades...

Torreveja, más feliz que ahora no será. Pero estará, con su muelle arreglado, eso sí, mucho más contenta.

POR TORREVEJA, CAMINO DEL EXTRANJERO

Si el ideal se pudiera completar, Torreveja lo completaría. Sin salirse del mar, además, y por supuesto.

Porque el ideal total de Torreveja está no solamente en el muelle pesquero—de necesidad inmediata—, sino en la realización del muelle comercial, del amplio muelle que, extendido por la escollera—el revestimiento de ésta es ineludible para que los temporales no la destruyan totalmente—sería el lugar natural de la salida de los productos de la vega baja del Segura hacia el extranjero.

El transporte es, principalmente, la causa del encarecimiento del producto agrícola antes de ser embarcado. Los caminos, las carreteras, las direcciones todas, se-



En la dársena, los aficionados a la pesca con caña pasan muy buenos ratos disfrutando de agua y sol

ñalan a Torrevieja como el puerto magnífico y apropiado para el auge comercial exterior de la comarca. Todos, comarca y pueblo, saldrán beneficiados enormemente en la construcción del muelle. Ya está el proyecto de la construcción del mismo en la Comisión del Grupo de Puertos Valencia-Alicante. Dos años es el plazo cierto y escaso para su terminación. A los dos años, el rendimiento será, con toda seguridad, el de ciento ganado por uno empleado. El negocio y la necesidad se dan la mano en proporción abundante.

La creación del muelle comercial—que comprenderá instalaciones frigoríficas, almacenes, grúas, aparatos de carga y descarga con el ferrocarril al lado—absorbería en gran modo el ocasional paro obrero que, con motivo de la mecanización de las salinas pudiera producirse. Mientras se terminara la puesta en marcha de nuevas industrias—las cuales se beneficiarían extraordinariamente de este muelle por tener en la puerta misma de la fábrica el punto de embarque—, el muelle comercial iría dando empleo a aquellos hombres salineros. Cuando el muelle estuviese totalmente terminado, las nuevas industrias estarían ya en pleno funcionamiento. Los hombres irían pasando, paulatinamente, de unos lugares de trabajo a otros. El ciclo comercial y económico habría tenido un magnífico final.

Torrevieja, otra vez, estaría, más que antes, infinitamente contenta. Más contenta todavía que en este verano próximo, donde va a tener—por obra exclusiva de la voluntad firme de los hombres—el mayor programa de fiestas que pueblo alguno haya presentado jamás en España. Cuarenta y cinco días seguidos de festejos grandes, de festejos inéditos, de festejos nunca presenciados, es una victoria que nunca se vio.

La ocasión se presenta aquí diáfana y clara para el que quiera aprovecharla.

TRES MESES ENTEROS PARA LA DIVERSION

Junio, julio y agosto: tres meses torrevejenses para la diversión. Porque el verano en Torrevieja—tercer capítulo—, el verano que se presenta en este año de 1955, va a quedar grabado para siempre en las historias.

Si el paraíso del verano pudiera localizarse con materialidad próxima en un poblado, Torrevieja sería el lugar elegido por el jurado más escrupuloso, más exigente, más encaprichado. Torrevieja, vista desde el aire, parece un cuadrículado tablero de ajedrez, simétrico y uniforme, sin romper la línea, exacto, preciso y elegante. Torrevieja, visto desde la tierra es un sitio luminoso, radiante, con sentido de internacional mundo, con rotundas mujeres—nativas, extranjeras y de todos los países—por sus playas y por sus calles, con tradiciones románticas como la existencia del comedor de don Ramón de Campomor, en la casa de don Pascual del Baño, con música perpetua en el aire y el ambiente.

Por eso—alegría, vistosidad y ritmo—Torrevieja ha preparado para el verano el más asombroso programa de festejos continuados que imaginar se puede.

Ahí está, para empezar, del 7 al 14 de agosto—o mejor diríamos para terminar, porque es al final



El paseo de José Antonio es como un balcón de Torrevieja para mirar el mar. Típico paisaje levantino

casi—, el I Certamen Nacional de Habaneras. De todos los pueblos de España, de aquellas naciones de América que las cantan, vendrán coros femeninos, masculinos o mixtos al concurso. En el tablado levantado en el paseo del Puerto, durante las noches—esa semana ha sido escogida con luna llena para la fluorescencia complementaria—, canciones y canciones se irán deslizándose por la bahía. En altavoces instalados en los barcos, la música—musicascope, en invención local—dejará su cadencia pura por las aguas quietas. Las iluminaciones de los navíos, empavesados y enjorjados, dará impresionante aspecto jamás recordado. Premios importantes—un día de éstos saldrán las bases definitivas—serán concedidos a aquellas agrupaciones más estilísticas, más exquisitas. Por las calles de Torrevieja, los trajes típicos y exóticos pordrán el colorido vario de aquello que nunca se conoció.

Antes—y mientras, y después—, un programa de verbenas, para todas las colonias veraniegas, que no tiene principio porque desde el momento en que aparezcan dos parejas jóvenes de cualquier lugar del mundo dispuestas a bailar, habrá una Comisión torrevejense que les preparará, para ellos cuatro solos, un festejo insospechado.

Esta Comisión de Festejos de Torrevieja—Arturo Gómez Torregrosa, su presidente y su Alcalde; Manuel Tarín, secretario infatigable de la Cofradía de Pescadores; Ramón Gallana; Antonio Sánchez Salas; José Berná, Antonio Sánchez, su tesorero; José M. Torregrosa; Jacaquin Sirvent, Juan José Quesada, Eduardo Sals Pérez, etc., etc.—ha dado cima de tal forma a algo grandioso. Y, avanzando el tiempo, las colonias de Murcia, de Orihuela, de Cartagena y de Madrid—de todas las ciudades existentes—tendrán su especialísima verbenas; especialísima verbenas rematada el día 31 de agosto con la dedicada al Día del Segura, allá en la Torre del Moro, a caballo sobre el mar, solos en el campo levantino, con la playa bajo los pies y el agua bajo la playa.

Sigue el programa: carreras ciclistas, tiro de pichón, concurso de pesca puntuable para el Campeonato de España, desfile de carrozas, fuegos de artificios, Exposición de canarios, salvamento de naufragos, corridas de toros y bal-

le, mucho baile para la gente joven, para que ría, para que se alegre, para que, después del tostado del mar, después de la sensación agradable del baño diario, pueda saborear aquello del «amcr cogido de la mano por las rocas pardas, junto a las olas».

Torrevieja, por tanto, prepara su verano. He aquí una gran ocasión para la industria hotelera. Torrevieja tiene buenos hoteles, magníficos hoteles. Pero este verano la inversión hotelera es segura y firme. Otro negocio a la vista para los teóricos y para los prácticos.

Este es, pues, el presente y el futuro de Torrevieja, pueblo de Alicante. Sus hombres—con una ilusión y una alegría tremenda por la dicha de su lugar—trabajan, desean, consiguen y preparan el porvenir. Todos los torrevejenses del mundo sabrán, dentro de poco, las noticias de su pueblo, porque va a salir un semanario cuyo título no puede ser más optimista: «Vista Alegre». José María López Dolz lo va a dirigir. A él pueden escribir los forasteros—los torrevejenses que viven fuera—en demanda de número.

A Torrevieja llegarán gentes de todas las longitudes cartográficas. De Francia vendrán pintores—como esa linda francesa enamorada de la cueva de la tía Roqueta—; de Alemania, escultores—como ese joven alemán buscador de perfectos modelos naturales—; de Suecia, gimnastas—como esas tres muchachas suecas, Ingrid, Brita y Eva, que en Madrid han sabido la noticia y han prometido su presencia elástica y armoniosa.

Torrevieja, a todos les da la bienvenida. Ya tiene, si alguien quiere marchar, abiertas sus puertas. Las puertas de la temperatura deliciosa de la playa templada, del paisaje bravo, del palmaral silencioso. En cada lugar—como en una ciudad grande—, el visitante encontrará su deseo. Por los bancos de piedra de los arenillados quedarán, este invierno, las satisfacciones de aquellos que llegaron. Los bancos sabrán las mejores historias.

José María DELEVTO
(Enviado especial)



OJOS FRESCOS
Y VISION CLARA

GAFAS

Sol-Amor

en pleno sol... sus ojos en la sombra

La famosa montura AMOR, flexible, ligera, de línea elegante y ultramoderna, se ha combinado con filtros científicos **POLAROID**, antideslumbrantes y eliminadores de radiaciones nocivas.

Las gafas **SOL-AMOR** poseen un valor funcional único. Son gafas confortables. Mantienen los ojos frescos, la visión descansada y limpia.

Gafas completas SOL-AMOR,
con filtros legítimos POLAROID,
estuche incluido:

Sin aros Ptas. 315'--
Con aros Ptas. 335'--

ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS
DE LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A.
MADRID-BARCELONA-SEVILLA-VALENCIA

CON
AUTENTICOS FILTROS
NORTEAMERICANOS

***POLAROID**



antideslumbrantes

¡y sin imitación posible!

Una etiqueta anexa a las gafas lleva un disco del mismo filtro, que aparecerá transparente u opaco, según se coloque la etiqueta delante, vertical u horizontalmente.

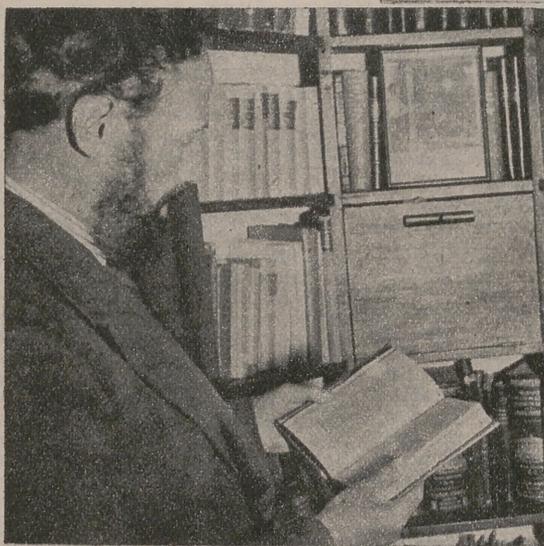
Nombre y marca registrados mundialmente por **POLAROID** Corporation - Cambridge Massachusets - U. S. A.



INDO

33 AÑOS DE VIDA EN PRESIDIOS

AMANCIO TOME Y SUS EXPERIENCIAS



GUARDIAN Y EDUCADOR DE PRESOS, RECUERDA A LOS RECLUSOS COMO EL VIEJO MAESTRO A SUS DISCIPULOS

LA cárcel despierta una potencialidad para el trabajo y la artesanía. En las prisiones no suele haber vagos», nos dice don Amancio Tomé Ruiz, alto funcionario jubilado del Cuerpo de Prisiones que ha dirigido la penitenciaria del Dueso (Santofía), la cárcel provincial de Jaén, la de Granada, la cárcel modelo de Barcelona y la de Porlier con las demás habilitadas entonces en Madrid hasta un número de dieciséis.

Treinta y tres años en presidios estuvo don Amancio, que—él mismo lo dice—tiene ya «carne de preso».

Hoy, apartado ya de las actividades directivas de prisión, don Amancio aplica su saber y su experiencia como secretario, profesor y director de prácticas de la Escuela de Estudios Penitencia-



Don Amancio Tomé Ruiz bajo el cuadro que con el tema de la «Cuerda de presos» pintó para él un recluso

rios y escribe en revistas especializadas de ciencia penal.

Tiene mucha anécdota y mucha historia en su recuerdo ese hombre que conoció de muy cerca y entre rejas a personalidades célebres, tristemente famosas muchas de ellas.

De aquellos viejos penales de Ceuta y Melilla, suprimidos hace muchos años, con cabos de vara, grilletes, terrible trena y oscuros calabozos a los ruegos establecimientos modélicos y a las fórmulas de libertad vigilada y redención de penas por el trabajo va una larga distancia que ha recorrido don Amancio Tomé en sus distintas etapas de guardián y educador de presos.

Don Amancio es hombre de gran bondad, pero tiene una tendencia hacia lo imperativo, ad-

quirida quizá en el ejercicio de imponerse sobre un ambiente presidial que antes tendía muchas veces al plante y hasta a la ley de la selva, con sus jaques y ma-



Luis Nicoláu, el asesino de Dato, conducido a prisión

tones, sus guapos, barateros y «rutinas».

En los viejos presidios se repetían muchos aspectos y modalidades de la vida social y en ellos los más audaces intentaban triunfar sobre la masa anodina de los que, al no estar muy sobrados de fuerza, empleaban la astucia, la adulación y todos los matices de la habilidad hipócrita, que en vez de una noble actitud encuentra más provecho en dar a su prójimo la dulzura venenosa.

De los jaques y valientes se llían salir los cabos de vara y su cohorte de pseudomatones. Los de la adulación al más fuerte. Otra casta era la de los «caballistas» que por pertenecer a familias de posición económica holgada, tenían en su dinero una fuerza parecida a la del matasiete de patio presidencial.

En un plano inferior, los «rutinas» eran de pura cepa pícara y rufianesca. Alquilar periódicos, vender coñillos, lavar la ropa, el cuidado del petate de sus compañeros, la organización de festivales con «picijos de carrera» y olimpiadas de pulgas eran cometidos de ese estrato de «rutinas» no desprovistos de gracia, afectuosos y amigos de vivir en paz con todo el mundo, que con su espíritu servicial y alma de avisacoches venían a representar en los presidios algo así como una extraña diplomacia de bajo fondo.

La fuerza, el dinero y la astucia tenían su representación en esos tres estamentos de hombres de relieve presidencial, que formaban algo así como una aristocracia y oligarquía de la trena bajo la que estaba la masa amorfa de los que no querían o no podían destacarse.

También las penas establecían, con su importancia, una jerarquía en cuya cúspide estaban, a los ojos de los penados, los «perpetuas» con su triste graduación por derecho propio. Otro gran escalafón era el de la veteranía, que suele ser un grado entre el personal recluido en las penitenciarías.

CADA CARTA PARECE UN INDULTO

Del toque de diana al de silencio, las horas más agradables para los penados son las de paseo, el reparto de la correspondencia y las de comunicación con sus familiares y amigos. El patio es el gran respiro de la población penal. En cuanto a la correspondencia parece que en cada carta les llega un indulto. Cuando desde la ayudantía el voceador comienza a llamar a fulano de tal y a mengano hay un gran silencio. Los presos cogen la carta con un aire un poco felino, como si fuera un bocadillo que hay que llevar a un rincón para devorarlo a solas. Es el mundo de fuera lo que les llega dentro del sobre. Pero más emocionante y enternecedor que las misivas escritas son los momentos de comunicación en las que el valor del tiempo, que tantas veces casi desprecia el recluso, se apura en un hablar apresurado y codicioso.

La colonia penitenciaria del Dueso, en Santoña, fué establecida en sustitución de los viejos penales africanos. Casi en una isla, frente a la bravura del mar cántabro, tras la muralla de cerramiento, bulle la población de reclusos y guardianes. Se cultiva la tierra y se trabaja en los distintos talleres, en la biblioteca. La Constanza se llaman los talleres de carpintería y ebanistería. La Unión Fraternal fabrica alpargatas y zapatillas. Estas sociedades funcionan por un sistema de acciones, ya que el accionariado penal fué establecido en el Dueso para que los reclusos lleguen a ser un poco propietarios de las mismas paredes que los encierran. En la imprenta se editan libros y folletos que pasan a engrosar los estantes de la biblioteca circulante del establecimiento.

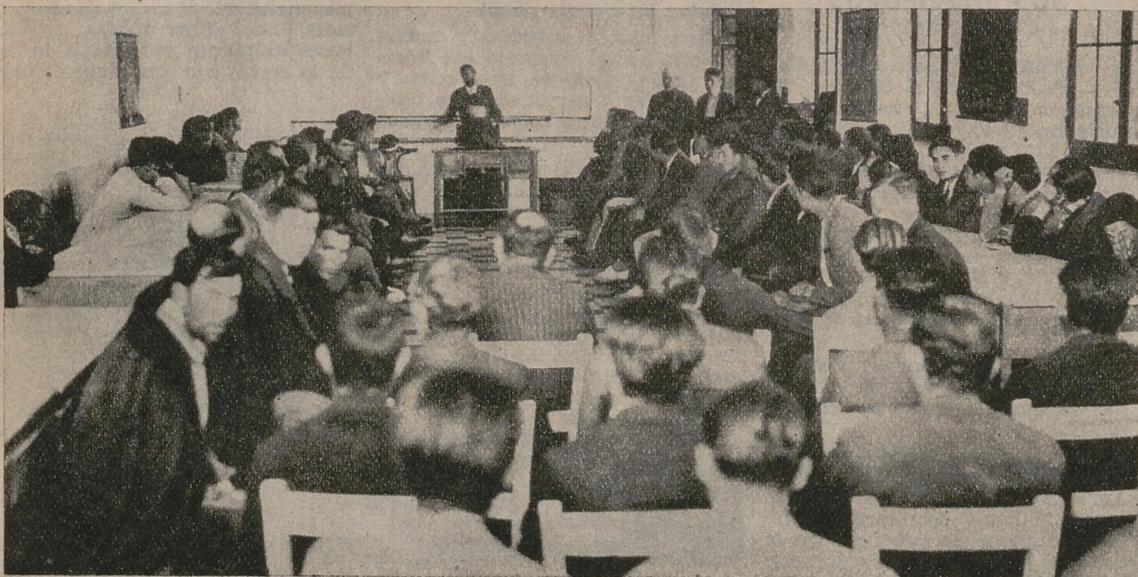
En los talleres de alpargatería, herrería, galvanoplastia..., la jornada de trabajo da lugar a muchas gestiones con la Dirección, que no accede a las grandes jornadas que proponen los mismos

penados para aumentar sus ganancias, sino que solamente se permiten las horas de la jornada legal para cada turno. No es afán de lucro, sino que el trabajo es el gran sedante de las colonias penitenciarias.

GALERIA DE PENADOS

Entre los más célebres penados que don Amancio tuvo a sus órdenes recuerda a Luis Nicoláu, el asesino de Dato; Santiagón, laureado en la guerra de Cuba, que al volver mató al párroco de su pueblo; Escartín, que mató en Zaragoza al cardenal Soldevilla; Sancho Alegre, el del atentado contra Alfonso XIII durante una jura de bandera en el paseo de la Castellana; Donday, que tomó parte en el ruidoso crimen del expreso de Andalucía; Turón, el bandido de Asturias; el novelista Vidal y Planas, que asesinó al periodista Antón d'Oimet; Batis-ta Acher, alias «el Poeta», que con un automóvil cargado de bombas quiso matar al general Martínez Anido durante una revista del somatén en Barcelona; José María Viñuelas, diputado socialista por Oviedo, a quien se atribuyó el asesinato de un cabo del Ejército; los regicidas frustrados de las costas de Gurruf..., toda una historia turbia de propagadores de la acracia, agitadores sociales, asesinos, pistoleros a sueldo de organizaciones obreras o patronales, demagogos, hombres equivocados..., en fin, todo un muestrario de hombres que intervinieron en las agitaciones y turbulencias de unos años inquietos y de muy movida convulsión política-social.

Don Amancio recuerda a Luis Nicoláu, que trabaja como tipógrafo en la imprenta que en la penitenciaría del Dueso dirige el penado alemán Pablo von Bernstein, que cumple cadena perpetua, (como se decía entonces; hoy se dice simplemente reclusión, sin nada de cadenas). Con el seudónimo de Dialco Unemaen, el alemán ha escrito en la penitenciaría varias obras: «Guía de madres», «Educación moral», «Ha-



Una conferencia ante los reclusos de la prisión de Granada por don Amancio Tomé

blando con los niños». Nicoláu, el asesino de don Eduardo Dato, le ayuda en la corrección de pruebas y la impresión de esos libros de intención pedagógica y moralizadora.

En la colonia del Dueso, Nicoláu hace vida de trabajo durante el día y de aislamiento celular por la noche. Se relaciona muy poco con los compañeros de cautiverio. Es hombre limpio y cuidadoso que se baña diariamente. Practica, en cuanto puede, el naturismo, y además de extrañar a todos con sus continuas abluciones, en los primeros tiempos de reclusión, come maíz crudo. Luego, cuando de la imprenta pasó a trabajar en los talleres de carpintería, comienza a admitir la comida penitenciaria aunque tenga carne, ya que el maíz crudo y los demás alimentos vegetarios no son suficientes a su desgaste de energías. Es hombre todavía joven, reservado y de pocas palabras. Tiene un gran sentido de la justicia y un día se enfada con la conducta de sus compañeros del Sindicato Único de Barcelona cuyo proceder juzga desleal. Ante unos enviados del Sindicato Libre, que le visitan en la penitenciaría, redacta un documento en el despacho del director en el que se pasa al Sindicato Libre adjurando de su anterior actuación en el llamado Sindicato Único.

En el Dueso visita frecuentemente a Luis Nicoláu su compañera «la rubia», que es causa de algunos altercados entre los reclusos. Nicoláu no quiere que los penados miren a su compañera.

UN GIGANTE ENCADENADO

Otro personaje célebre es Santiagón, el gigante del Dueso. Alto, fuerte, corpulento, musculoso, tiene una voz ronca y un aspecto montaraz. Es muy aficionado al ron desde que estuvo en Cuba, en cuya campaña ganó la cruz laureada de San Fernando. Tiene un gran sentido de la justicia y una marcada predisposición a la pelea. Lo mismo es capaz de cometer un sorprendente acto heroico que una acción vandálica. Al volver de Cuba le contaron una calumnia sobre el párroco de su pueblo asturiano y preguntó en seguida: «¿Dónde está?». Al saber que estaba diciendo una palabra ni pedir una información más exacta sobre aquel infundio.

Antes de ingresar en Santoña estuvo en el castillo de Figueras cuando aquel fuerte era un penal y allí dirigió una insubordinación colectiva en la que se puso delante de los rebeldes. Acusado por la tropa, Santiagón al frente de los reclusos abre en cruz los brazos e insulta a los soldados: «¡Disparad, cobardes!» La tropa hace fuego y el gigante Santiagón recibe varias heridas en los brazos.

En el Dueso, Santiagón fabrica almadreñas o abarcas y tiene un perro que cuida con gran mimo. Este perro es causa de algunas peleas con el gigante, que tiene la obsesión de que algunos reclusos «se meten» con su perro y



Donday, que tomó parte en el crimen famoso del expreso de Andalucía



El novelista Vidal y Planas, asesino del periodista Anton d'Oimet

que éste «no se mete con nadie» y no se le puede castigar.

El novelista recluso Vidal y Planas se inspira en el carácter bronco de este gigante para escribir «El gallo de Santiago».

Tiempo más tarde ese hombre de pelea cumple con la justicia y en los años de guerra civil anda por Asturias, donde parece que fué muerto por los mismos milicianos durante una estrepitosa bronca de chigre.

ESQUIZOFRENIA Y ANARQUISMO

Otro tipo celeberrimo del establecimiento es Escartín, que mató a tiros en Zaragoza al cardenal Soldevilla. Es alto, delgado, pálido, introvertido y esquizofrénico. Se le considera muy peligroso, por lo que tiene un vigilante para él sólo, que le acompaña a todas partes. Un detalle curioso: Escartín, el detenido de más peligrosidad que hay en el Dueso, es hijo de un guardia civil, aunque no puede ni oír hablar de la Beneficencia; los tricormios le «ponen negro». Es aficionado a la pintura, pero tiene una marcada predilección por el color rojo. En los cuadros de Escartín, si es que se pueden llamar así a unas pinturas desgarbadas, se ve ya su desequilibrio efectivo y mental.

Escartín es un anarquista exaltado, de esos que en la penitenciaría no se levantan al paso del director ni se quitan el gorro. No acatan a ninguna autoridad.

Con su vigilante siempre al lado, Escartín trabaja en el taller de alpargatería. Es muy aficionado a la lectura y el más asiduo a la biblioteca, de la que escoge en especial libros de Historia. Lee todos los tomos de la Historia Universal, de César Cantú. Emplea siete y ocho horas diarias en la lectura. Cuida mucho el estilo de las cartas que envía. Su vigilante exclusivo se deleita en el estilo literario y altisonante de Escartín que una vez escribe una larga carta de muchos folios y, cuando su guardián la lee con

frucción en el patio, el recluso, valiéndose de una tabla, logra saltar la primera valla y es detenido por un vigilante que desde el exterior se dirige al establecimiento. Cuando Escartín entra nuevamente en el patio grande del penal su guardián particular está leyendo sonriente el último folio de la interesantísima misiva.

En los primeros meses del advenimiento de la República un Comité de obreros se presenta en el Dueso para obtener la libertad del asesino del cardenal Soldevilla. Desde el mismo despacho del director telefonan al Ministro de Justicia, que accede a sus peticiones. Es dada una orden especial para poner en libertad a Escartín, que a los pocos meses muere a manos de los agentes de la autoridad en Barcelona.

Escartín fué un caso distinto entre otros muchos reclusos por delitos de sangre que afirmaban con cinismo que tenían las manos «limpias», puesto que no ha-



Visita de don Miguel Primo de Rivera al Dueso

bían robado. Escartin, además del asesinato del cardenal Soldevilla había tomado parte en un atraco a la Caja de Ahorros de Gijón, en el que los malhechores se apropiaron de 300.000 pesetas.

LAS ORGANIZACIONES OBRERAS MANDAN DINERO

Otro tipo célebre en el Dueso es Sancho Alegre. Hombre suave, de baja estatura, respetuoso y trabajador, por lo menos dentro de los muros del Dueso. Trabaja en los talleres de carpintería donde, en las conversaciones, se muestra como un socialista exaltado. Se le designó para llevar a efecto el atentado contra Alfonso XIII durante una jura de la bandera en el paseo de la Castellana. El indulto que firmó la misma persona contra la que había atentado le tendría un poco confuso durante el tiempo de su reclusión.

En los primeros meses de estancia en la penitenciaría, Sancho Alegre recibe abundante dinero de las organizaciones extremistas que luego, con el tiempo, comienzan a cansarse de sus regalos al frustrado recluso. Una tía que Sancho Alegre tiene en Barcelona le envía también cantidades en metálico y cartas conmovedoras en las que intenta atraerlo hacia la religión.

Un día Sancho Alegre tiene una disputa muy violenta con un destacado anarquista cuyas ideas califica de antisociales (en realidad quiere decir antisocialistas, ya que es partidario de la socialización total).

Otro famoso personaje es Donday, que tomó parte muy activa en el crimen del expreso de Andalucía. Tiene modales finísimos. Viste con elegancia y refinamiento; es un consumado mecanógrafo. Domina el inglés a la perfección. Traduce al español «El fantasma de Canterwill, de Oscar Wilde, obra que luego se edita en los talleres de imprenta de la penitenciaría con ilustraciones de «Shum», Batista Acher, el dibujante que intentó matar al general Martínez Anido.

Donday tiene cierto ascendiente entre los penados por su trato social refinadísimo y hasta ejerce sobre algunos de ellos una seducción inconcesable que Donday aprovecha para obtener dinero.

Este capítulo de los hombres equívocos constituye una de las páginas más delicadas de cualquier pequeña historia de presidios.

Esos seres, marcados con los peores estigmas, representan lo más bajo y abyecto del estercolero presidial.

IGUALDAD Y ORDEN EN LAS «PARADAS»

Hombres de distinta condición y diversos antecedentes parecen casi exactamente iguales en las «paradas» del patio. Diana; formación, parte y desayuno; talleres y servicios mecánicos; visita del médico; suspensión del trabajo; fajina; reparto del pan; distribución del vino; reapertura de talleres; comunicación; cura por

el practicante; formación, cración desfile y parte; retreta y silencio.

En la fila, la línea blanca de las alpargatas y el pardo de los uniformes, con sus blusas ho'gadas. Las voces de mando, enérgicas, tajantes: «¡Fuera gorros!», y el paso rítmico hasta que el patio se desangra en unos minutos y por puertas diferentes, en un orden perfecto.

Algunos días, en la formación, suena un grito envidiable: «¡Jesé Fernández Sánchez, con "tudo"!». Es un «cumplido» que corre a recoger su patate para presentarse en la Dirección. Un expreso que sus compañeros verán partir con la cara pegada en los barrotes de las rejas y saludarán cuando pase el último rastrollo.

Turón, «el bandido de Asturias», se había fugado de la prisión de Oviedo valiéndose de una treta ingeniosa. Pidió permiso para pintar un cuadro grande dentro de su celda. Era una marina con un barco de vela. El cuadro estaba aplicado a la pared y por las noches Turón perforaba por detrás del lienzo. El cuadro y la galería se terminaron al mismo tiempo y el bandido puso entonces una inscripción que decía: «Este zarpa mañana». Y se fugó mar adentro de la pintura. «¿Dónde está Turón?», se preguntaban los guardianes ante la reja intacta, pero al levantar el lienzo hallaron la pared perforada en galería.

En el Dueso el «bandido de Asturias» cumple con el Reglamento. Es de estatura regular, muy ancho de pecho y tiene ademanes que parecen orgullosos. Cabeza levantada y un poco hacia atrás. Tiene aspecto de jefe e infunde un gran respeto a sus compañeros de cautiverio.

Turón es vigilado de cerca, ya que se le considera un probable fuguista.

El carácter tranquilo de Turón, hombre sin nervios, contrasta con el del novelista Vidal y Planas. El asesino del periodista Antón d'Oimet, es muy nervioso, inquieto e imaginativo, parece algo tímido. En su mocedad estudió para sacerdote. Destaca entre los reclusos por su cultura y sus latines. Escribe en la celda y toma mucho café. Gusta de que en sus novelas aparezca la bondad dentro de los más turbios ambientes. Su libro «El gallo de Santiagón» es un fruto de presidio, escrito en la celda, junto a la cafetera y el bote que utiliza como cenicero.

En el patio hace buenas migas con Batista Acher, alias «el Poeta», que con un coche cargado de bombas quiso matar al general Martínez Anido durante una revista de somatenes en Barcelona, y con José María Vifuelas, diputado socialista por Oviedo.

VALE MAS SER UN BUEN PRESO

Se forma como una «élite» de medio intelectuales en la que discuten políticos socializantes y escuchan varios «testaferros» u «hombres de paja» que cumplen condena como fingidos directores

de periódicos mientras los verdaderos directores estaban tan tranquilos en sus casas y continuaban la agitación. Como se sabe, muchos periódicos «sapos», que no tenían categoría suficiente para que su director fuese diputado y gozase de inmunidad parlamentaria, recurrían al fácil procedimiento del «hombre de paja» que cargaba con la responsabilidad y era retribuido por sufrir condenas. El dinero del «fondo de repentes», con el que los Poderes públicos de entonces promueven o silencian campañas de Prensa, sirve hasta para alimentar a esos «testaferros» de las cárceles y penitenciarias.

Trotsky ocupa, en aquellos días, una celda de la tercera galería de la Prisión Celular de Madrid y su presencia en España es tema de conversación entre los agitadores que cumplen condena en los patios de penados. Se leen ávidamente los periódicos en corrillos.

El diputado socialista José María Vifuelas es nombrado director de la cooperativa de producción, que fabrica alpargatas dentro de la penitenciaría del Dueso. Es formal y, aunque está a la espera de un indulto, tiene mucho interés en la cooperativa alpargatera, que considera como un ensayo de «socialismo encarcelado».

Se dan casos de paradoja como el de la banda de música, compuesta casi toda por individuos socializantes y agitadores políticos, que toca magníficamente la «Marcha de Granaderos», incluso en actos religiosos.

Algunas veces se insinúa un plante y hay un momento de peligro en la penitenciaría o un intento de fuga con cómplices del exterior. Hay día en que la guardia es doblada en previsión de un asalto de las organizaciones ácratas.

Una diferencia entre las penitenciarías de hace treinta años y las de hoy está en la ausencia de plantas en nuestros días. Y otras muchas diferencias en que el régimen penitenciario se humanizó y del quietismo forzado de muchos establecimientos de antes se ha sabido pasar a la reducción de penas por el trabajo y a la libertad vigilada.

Antes el presidio era algo que las gentes ponían bajo las leyes de la herencia. Algo que dejaba que sus víctimas se fueran al «cumplir», o en virtud de algún indulto, pero que parecía hipnotizarlas y atraerlas otra vez desde lejos. Al preso liberado le era muy difícil encontrar trabajo.

Ahora, alrededor de las penitenciarías, hay un ambiente más humano y hasta más flexible, tanto por parte del sistema como del lado de las gentes que no consideran ya al ex presidial como un estigmatizado sujeto hasta a las leyes hereditarias.

Al despedirnos de don Amancio Tomé pensamos que, lo mismo hace treinta años que ahora, vale más ser un buen preso que un mal hombre libre.

F. COSTA TORRO



¡Deliciosa obligación!

Afeitarse con la máquina eléctrica PHILIPS constituye además un auténtico placer, ya que en un tiempo «record» afeita acariciando. Su doble cabeza apura de forma insospechada y sin producir la menor irritación. Con un afeitado PHILIPS estará impecable todo el día. Compruébelo.



Discos PHILIPS

¡La más extraordinaria calidad musical!
Amplio catálogo con las más famosas orquestas, los cantantes más cotizados y música moderna.

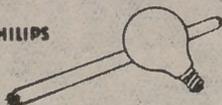
Radio PHILIPS

Entre la gran variedad de nuestros aparatos podrá elegir el que usted precisa.



Lamparas PHILIPS

Mejores no hay



PHILIPS

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • REPRODUCTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELECTRONOMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS ILUMINESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TORNOS LOS 16MM • SISTEMAS DE PROTECCION • PROYECTORES PARA 16 MM • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION • EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre
Domicilio
Plaza

No pida coñac;
con decir:

"Un
VETERANO"
¡ya es bastante!



OSBORNE

REFLEXIONES SOBRE LA FAMILIA

Por Fr. LEON

Obispo de Teruel

INTRODUCCION

EN su discurso a los recién casados, del 27 de enero de 1942, Su Santidad Pío XII describía de esta manera el hogar familiar:

«El hogar, del que ahora queremos hablaros, es el de la familia que habéis fundado y encendido con vuestro matrimonio. Pero para merecer la alabanza de este hermoso nombre hay que cumplir una doble condición: la de encontrar e irradiar calor y luz. ¿Constituyen acaso un hogar los jóvenes esposos cuyo placer consiste en salir lo más posible de casa y no tienen buen humor sino en las fiestas, en las visitas, en los viajes y temporadas de recreo y en los espectáculos mundanos o más que mundanos? No; no es un hogar la habitación descuidada, fría, desierta, muda, oscura, sin la serena y cálida lumbre de la convivencia familiar. Pero tampoco son verdaderos hogares aquellas moradas demasiado cerradas, clausuradas y casi inaccesibles, en las que no convergen la luz y el calor de fuera y que no irradian hacia el exterior, semejantes a cárceles o a yermos de solitarios. ¡Es tan hermoso un hogar íntimo, pero que irradie! Sea así el vuestro, amados hijos e hijas, a imagen y semejanza del hogar de Nazaret.»

Esta sencilla a la vez que magnífica definición descriptiva del hogar doméstico de Pío XII me da pie a hacer algunas reflexiones sobre la familia actual, en general, bastante deformada.

PRIMERA REFLEXION: LO QUE ES UNA FAMILIA CRISTIANA

El hogar doméstico, tal como lo hemos visto expuesto por el Soberano Pontífice, es el que yo os describo. Ha pasado veloz la última parte de crepúsculo vespertino. En la inmensa bóveda celeste brillan ya millones de gigantescas antorchas encendidas por el dedo de Dios. Terminarán los trabajos del día. La noche convida al descanso... Cuantos constituyen la familia se van congregando poco a poco en la cocina. Un grueso tronco de encina crepita en el hogar, a la vez que despide vivas llamaradas. En el rincón de la derecha, junto al morillo, hila la abuelita un vellón de lana blanca como la nieve. El abuelo, que ocupa la cabecera del otro lado, mece sobre sus rodillas al nieto más querido, que se entretiene en hundir sus manitas rosadas en la plateada barba del anciano. A continuación del abuelo se han colocado el padre, los hijos varones y los criados. Después de la abuela, el ama de la casa, los niños y las sirvientas.

Por la claraboya se asoma, curiosa, la luna... «Madre, vamos a rezar el Angelus.» Efectivamente, las campanas de la iglesia parroquial tocaban a la oración de la noche. Por la chimenea penetraban en la casa sus graves y acompasados sonidos. Todos se arrodillaron ante la vieja estampa de la Virgen, preciosa y cara reliquia legada por sus antepasados, cuyos ritos y peticiones también oyó y bendijo. Comenzó la oración. Primero, el rezo del Angelus, dirigido por el abuelito. Después, el santo rosario, pasado por la madre, es decir, por la reina y sacerdotisa del hogar y ángel tutelar de la familia. Todos responden a coro...

Concluida la oración, se tienden los manteles para la cena, colocando sobre ellos variedad de abundantes y sanos manjares. Se han sentado todos alrededor de la gran mesa. ¡Jesús, qué bendición de familia numerosa! Abuelos, padres, hijos, gañanes, pastores, criadas: total, veinticuatro. ¡Bendita democracia!

Armados de la cuchara, esperan con impaciencia el momento de empezar, pero ni uno solo lo hará antes que la madre haya apartado las dos o tres mejores tajadas para una ancianita tullida que vive enfrente.

A la cena, siguieron la acción de gracias y largo rato de alegre y animada tertulia. Luego, los esposos recibieron la bendición del abuelo, el padre bendijo separadamente a cada uno de sus hijos; los niños y las niñas besaron la mano de los mayores; y cada cual, feliz y satisfecho, se retiró en silencio para acostarse y esperar de Dios el beneficio de un sueño tranquilo, grato y reparador que nunca niega a una conciencia tranquila.

¡Encantadora escena familiar! ¡No te complaces y entusiasmas, querido lector!

SEGUNDA REFLEXION: DESOLACION EN MUCHOS HOGARES

¡Cuán triste y desoladora es la escena que presentan muchos hogares, aun de nuestra querida España, la nación llamada católica por antonomasia! Del fondo de estos hogares me parece oír lamentaciones de esposas y madres que muy bien podrían ser una paráfrasis de las de Jeremías sobre Jerusalén.

Sí; hay esposas y madres que, sin otra compañía que la del Angel Custodio, ni otro consuelo que el de la resignación, ni otro desahogo que el de las lágrimas, devoran en soledad la pena amarguísima que les producen la indiferencia, el olvido, el abandono del esposo y de los hijos. Hay esposas y madres que, en el silencio pavoroso de la noche, durante las horas interminables en que esperan con ansiedad creciente el retorno de sus amados a la solitaria vivienda, recuerdan con honda tristeza las tiernas escenas caseras de los venturosos tiempos pasados: tiempos, ¡ay!, que acaso no volverán. Hay esposas y madres que contemplan, tristes, la casa vacía, las habitaciones silenciosas, el hogar apagado y desierto. Hay esposas y madres que, parafraseando las amargas Lamentaciones del Profeta sobre su querida patria, y aplicándolas a la infeliz situación de su hogar, exclaman doloridas:

—¿Cómo ha quedado esta casa sola, tan llena antes con la presencia de mi esposo y de mis hijos?

—Las habitaciones están de luto, porque no hay quien celebre en ellas las solemnidades de familia.

—Mis hijos y mi esposo marcharon entre gentes extrañas y no han hallado reposo. Y de mi casa se fué su hermosura.

—Mis hijitos han sido llevados en cautiverio delante del atribulador, y mi esposo fué delante del que le iba arreando, sin tener vigor para resistirse, como carnero descarriado, muerto de hambre, de sed, de flaqueza y de cansancio.

—Lloré hilo a hilo en la noche; mis lágrimas están bañando continuamente mis mejillas; ¿no hay quien me consuele entre todos mis amados; todos mis amigos me despreciaron y se hicieron enemigos.

—Mi marido, mis hijos y mis hijas gimen fuera de casa, buscando el plan de los placeres; dieron su inocencia y su pudor y todo lo que tenían de más precioso por comida para hartar sus pasiones... Míralo, Señor, que he sido envilecida.

—Por eso yo estoy llorando, y mis ojos echando agua de sí, porque se ha alejado de mí el consolador, que es mi esposo, y mis hijos se han perdido.

—Haz, Señor, que volvamos a tu amistad por la penitencia, y que nuestro hogar vuelva a ser lo que fué al principio.

TERCERA REFLEXION: LOS ENEMIGOS DE LA FAMILIA

¿A quién no llenarán de pena las lamentaciones de las esposas y madres abandonadas del esposo y de los hijos? ¿A quién, por el contrario,

no encantará el hermoso cuadro doméstico torpemente delineado en la reflexión primera? ¿A quién no arrebatará aquella tierna escena de la oración común hecha por la familia cristiana?

Pues bien; de todos esos encantos, de todas esas ternuras, de esa belleza moral, de esa caridad cristiana, de esa devoción, de esa sencilla, y pacífica, y deliciosa vida íntima, de ese carácter nobilísimo de escuela, de iglesia y de trono doméstico intentan despojar al hogar los encarnizados enemigos de la familia.

Hace ya más de un siglo, un adversario del catolicismo, cuyo nombre no recuerdo, ni quiero recordar, escribía a otro impio:

«Lo esencial es aislar al hombre de su familia y hacerle perder los usos y costumbres que hay en ella. Por la inclinación de su carácter, está bastante dispuesto a huir de los cuidados de la casa y a correr tras los placeres fáciles y prohibidos. Le gustan las largas conversaciones de café y la ociosidad de los espectáculos. Arrastrado, atraído allí, sin que lo advierta él mismo. Enseñadle a fastidiarse poco a poco de sus ocupaciones domésticas y cotidianas. Con estas mañan, después de haberlo separado de su mujer y de sus hijos, de haberle hecho conocer cuán penosos sean sus deberes, haréis nacer en él el deseo de otra existencia, más fácil y ligera... Cuando insinuado en los hombres el tedio de la familia y de la religión (las dos cosas van casi siempre unidas)... llegará nuestra hora. Para destruir el catolicismo es preciso comenzar por suprimir la mujer. Empero, puesto que no podemos suprimirla, corrompámosla. El mejor puñal para herir a la Iglesia es la corrupción de la familia. A trabajar, pues, para obtener el fin.»

Con ese lenguaje frío, lapidario, cínico, brutal; con esas palabras que rezuman odio satánico, preconizaba aquel impio la destrucción de la familia cristiana, como cosa necesaria para poder llegar, con el tiempo, a la destrucción de la Religión.

Lo has leído, avisado lector; dos cosas proponía el impio indicado para destruir la familia: el aislamiento del hombre de su hogar y la corrupción de la mujer.

1.º EL AISLAMIENTO DEL HOMBRE DE LA FAMILIA

¿Cómo reconocen los impíos la influencia decisiva del hogar en la moralidad de sus miembros? ¿Se pretende pervertir al hombre, esposo, padre e hijo? Pues bien; todo intento será vano, todo esfuerzo estéril, si no se consigue romper previamente los lazos que los unen a ese apretado haz de corazones que se llama familia; si antes no los apartan del gran semillero de virtudes que es la casa.

«Lo esencial es aislar al hombre de su familia... Y es que el hombre, aislado de la familia, alejado de la casa, incomunicado con el hogar, abandonado a sus solas fuerzas, pierde muy pronto sus energías morales y se hace dócil a toda seducción.

Y es que el hombre, aislado de su familia, pierde insensiblemente los buenos usos y cristianas costumbres que hay en ella. Lo menos posible de vida en común, de caridad en común, ni de rezo del rosario, ni de recepción de sacramentos, ni de cumplimiento pascual, ni de misa en los días festivos.

Dicen los enemigos de la familia que en casa sólo paren para comer y dormir. Persuadidles que la vida de hogar, que el trato diario con los hijos y con los hermanitos inquietos, con la madre y la esposa gazmoña y beata resulta muy monótono, muy pesado, muy triste y aburrido. Sí, sí; llevad al esposo, al padre, a los hijos, a los centros de diversión, de cualquier naturaleza que sean; pero siempre, con preferencia, a los inmorales. Conducidlos al teatro, al Casino, al Circolo, al cine, al bar, al cabaret; enseñadles así a «fastidiarse sus ocupaciones domésticas». De aquí a la irreligión no hay más que un paso. Familia y Religión van casi siempre juntas.

2.º LA CORRUPCIÓN DE LA MUJER

El mejor puñal para herir a la Iglesia en su corazón y para acabar con la Religión es la corrupción de la mujer. Halagad su amor propio, fomentad su natural inclinación a exhibirse, a fi-

gurar, a ser cortejada. Envolvedla constantemente en una atmósfera de sensualismo y de inmunidad. Atacadla en todas partes: en la calle, en el paseo, en el campo, en la ciudad, en el tren, en el auto, en el tranvía, en la escuela, en la visita, en el baile, en la tertulia, en el taller, en la tienda, en la fábrica.

Así hablan cuantos odian la Religión, la virtud y el orden; cuantos aspiran a que los pueblos apostaten de la fe; cuantos militan bajo las banderas del mal.

Y añaden: No seáis meticulosos, no andéis con escrúpulos, no reparéis en los medios. Todo es bueno cuando puede contribuir a conseguir la corrupción de la mujer: el chiste picante, el cuento verde, el piropo obsceno, la moda deshonesto, la revista pornográfica, la novela sensual, el grabado escandaloso, el baile lujurioso, el teatro inmoral, el cine pecaminoso, la radio antirreligiosa.

Es cierto, y lo atestigua la experiencia de todos los días: el medio más eficaz, más seguro, más rápido para acabar con la familia, la Religión y aun la sociedad civil, es la corrupción de la mujer.

CUARTA REFLEXIÓN: CAPITAL ENEMIGO DE LA FAMILIA: EL ANTICONCEPCIONISMO

Las prácticas anticoncepcionales: he aquí el más terrible, el más virulento, el más pernicioso de cuantos males vienen aquejando a la familia desde el siglo XIX hasta esta segunda mitad del siglo XX; he aquí la causa de la tremenda crisis por la que hoy atraviesa; he aquí la postrera trama, trama verdaderamente diabólica, urdida por los impíos para consumir la corrupción, el embrutecimiento del hombre y de la mujer unidos en matrimonio; he aquí el supremo recurso de los enemigos de la familia para dar el golpe de gracia a esta institución tan santa y divina.

El silencio sobre tan nefanda materia creo no es buena táctica. El silencio no es medicina. El mal sigue su camino, el contagio se extiende como mancha de aceite o como reguero de pólvora, y si se quiere contener el incendio, no hay más remedio que hacer ver sus estragos, tocar a rebato y acercarse a la llama, aunque moleste, aunque quemé.

El eminente sociólogo don Severino Aznar escribía en 1927: «Un católico no puede practicar el anticoncepcionismo. El catolicismo no tiene ninguna omplividad con esas maquinaciones anticoncepcionistas. No las tolera, las anatematiza. Las ha condenado siempre como prohibidas por la ley natural, como intrínsecamente inmorales. Sus grandes doctores lo llaman «crimen abominable», y en el orden de malicia moral lo colocan junto al homicidio. Habrá católicos que las practiquen, pero también los hay que roban y matan, y eso no lo hacen como católicos, sino olvidándose que lo son. Quizá por ignorancia; quizá por un defallecimiento moral entre el deber y el ansia de comodidad o el miedo al sacrificio, en sus espíritus triunfa el egoísmo o el miedo.»

Completamente de acuerdo con el eminente sociólogo católico señor Aznar, añadiré, sin embargo, que esas maquinaciones anticoncepcionales están prohibidas, absoluta radical y terminantemente prohibidas, bajo pecado mortal, prohibidas no sólo a los católicos, sino también «a los no católicos, a todos los no católicos», sean herejes, sean cismáticos, sean judíos, sean paganos, sean ateos.

Tan universal es esta prohibición, tan firme y tan duradera, tan exenta de toda licencia, dispensa, privilegio y prescripción en contrario, que ni en los tiempos preteritos, ni en nuestros días, ni en los siglos futuros, ha habido, ni hay, ni habrá «ni puede o podrá haber» hombre o mujer alguna, sean quienes fueren, a quienes eso sea lícito, y ni ha habido, ni hay, ni habrá, «ni puede o podrá» haber autoridad alguna, humana, angélica o divina, que, ni siquiera por «una sola vez», pueda hacer que eso sea lícito, porque el hacer que una cosa que es mala, por su naturaleza deje de serlo una sola vez, está fuera del alcance de la misma omnipotencia divina, no por falta de «poder» en Dios, sino por falta de «posibilidad» en la cosa, o, como dirían los filósofos, por ser la cosa «metafísicamente imposible».

Es cosa clara que entre los esposos católicos ese pecado reviste mayor malicia, por la naturaleza sacramental del matrimonio. Siempre tuvo éste,

como obra de Dios, un carácter sagrado, según aquellas bellas palabras de León XIII en su Enciclica «Arcanum Divinae Sapientiae», del 10 de febrero de 1880: «Teniendo el matrimonio a Dios por autor, y habiendo sido desde el principio como un reflejo de la Encarnación del Verbo Divino, por esto mismo reviste un carácter sagrado, no advertido, sino ingénito, no recibido de los hombres, sino impreso por la misma naturaleza.»

Pero esa santidad aumentó en muchísimos grados al ser elevado el contrato matrimonial en la ley de gracia de la dignidad de un grande sacramento, como dice San Pablo a los fieles de Efeso, y de un profundo misterio, como que representa la unión indisoluble de Jesucristo con la Iglesia, su Esposa, y de la naturaleza divina con la humana en el Verbo encarnado.

Pero dirán, tal vez, algunas esposas:

«Yo debo obedecer a mi marido.» Ninguna obediencia le debéis en perjuicio de la ley de Dios.

«Si obro así, él me aborrecerá y despreciará.» Su desagrado en este caso os valdrá más que su estimación.

«Se turbará la paz en el hogar.» Tendréis la paz de la conciencia, y ella os bastará.

«El buscará todas las ocasiones de afligirme.» Vuestra aflicción os aprovechará para ejercer la paciencia y, al fin, Dios os consolará con la conversión de vuestro marido. San Pablo afirmó en su primera carta a los fieles de Corinto que «la mujer cristiana y virtuosa es la santificación de su marido».

QUINTA REFLEXION: AUTORIZADAS PALABRAS DE PIO XI

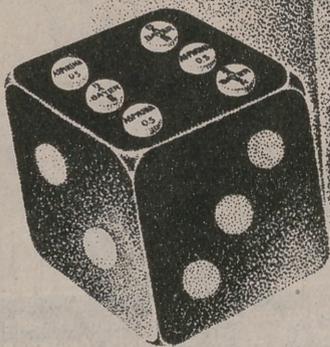
La quinta y última reflexión sobre la familia no es mía; es el Soberano Pontífice, benévolo lector, quien te la va a hacer. El 21 de diciembre de 1930 publicó su magnífica Enciclica «Casti Connubii», sobre el matrimonio cristiano, atendidas las actuales circunstancias, necesidades, errores y vicios de la familia y de la sociedad. Dice Pio XI:

«Viniendo ahora a tratar de lo que se opone a los bienes del matrimonio, hemos de hablar, en primer lugar, de la prole, la cual muchos se atreven a llamar pesada carga del matrimonio, por la que los cónyuges han de evitarla, no ciertamente por medio de una honesta continencia (permitida también en el matrimonio, supuesto el consentimiento de ambos esposos), sino viciando el acto conyugal. Arróganse otros la criminal licencia de saciar únicamente la satisfacción de su voluptuosidad, aborreciendo la prole, mientras otros dicen que no pueden guardar continencia ni tampoco admitir hijos, a causa de las propias necesidades, de las de la madre o de la familia. Ningún motivo, sin embargo, aunque sea gravísimo, puede hacer que lo que es intrínsecamente contra la naturaleza sea honesto y conforme a la misma naturaleza, y estando destinado el acto conyugal, por su misma naturaleza, a la generación de los hijos, los que en el ejercicio del mismo lo destruyen adrede de su naturaleza y virtud, obran contra la naturaleza y cometen una acción torpe e intrínsecamente deshonestas...»

Habiéndose, pues, algunos manifestamente, separado de la doctrina cristiana, enseñada desde el principio y transmitida en todo tiempo sin interrupción, y creyendo ahora que sobre tal modo de obrar se debía predicar solemnemente otra doctrina, la Iglesia católica, a quien el mismo Dios ha confiado la enseñanza y defensa de la integridad y honestidad de costumbres, colocada en medio de esta ruina moral, para conservar inmune de tan ignominiosa mancha la castidad de la unión nupcial, en señal de su divina legación, eleva su voz por nuestros labios, y una vez más promulga que cualquier uso del matrimonio en cuyo ejercicio el acto, de propia industria, queda destruido de su natural fuerza procreativa, va contra la ley de Dios y contra la ley natural, y los que tal cometen se hacen culpables de un grave delito.

Por lo cual, no es de admirar que las mismas sagradas letras atestigüen con cuánto aborrecimiento la Divina Majestad ha perseguido este nefasto delito, castigándolo a veces con la pena de muerte, como recuerda San Agustín: "Porque ilícita e impudicamente yace, aun con su legítima mujer, el que evita la concepción de la prole. Que es lo que hizo Onán, hijo de Judas, por lo cual Dios le quitó la vida, como se narra en el Génesis, cap. 38."»

Un golpe decisivo



CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO

ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial



Armoniosa estampa de clásica belleza es esta fotografía, en la que el caballo y su gentil amazona destacan su silueta sobre un fondo de cielo castellano

Del 20 al 23 de mayo se celebrará en Madrid el Gran Festival del Caballo

SOMOS un país a caballo. A caballo de mares distintos y de continentes. A caballo de vientos, civilizaciones y viejas culturas. A caballo de nuestros contrastes, virtudes y defectos.

Decir caballo español es casi una redundancia; como repetir una misma cosa, ya que el caballo puede considerarse como un símbolo que desde tiempos antiguos hemos contrapuesto a toro y al invasor. Algo que nos sirvió en la fiesta, el trabajo y la algarada.

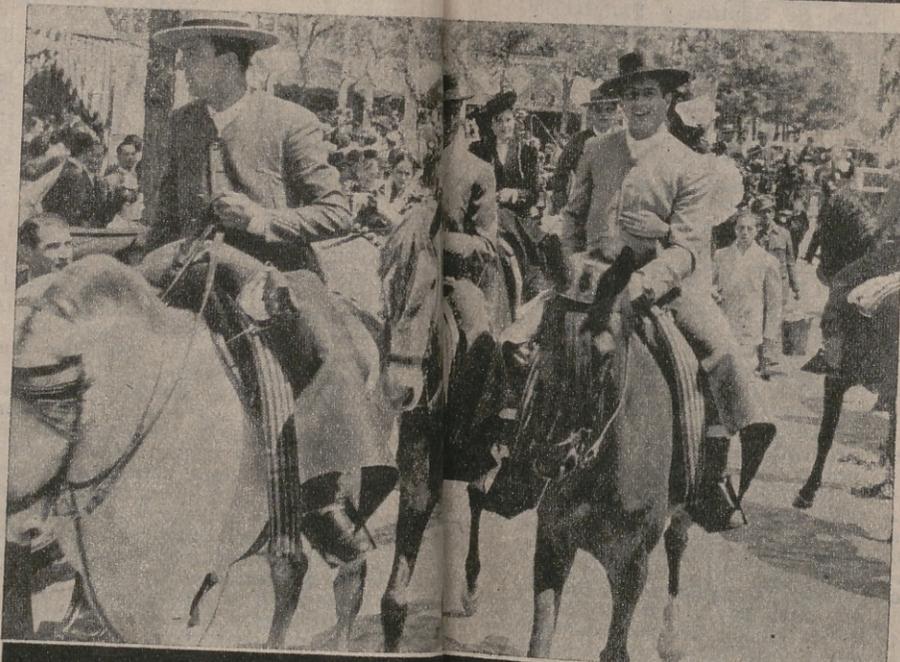
Por eso la noticia de la próxima celebración en Madrid del Gran Festival del Caballo nos tiene que dar en una fibra muy sensible, como lo hizo la Semana del Caballo que tuvo lugar en una población de tanta solera hípica como es Jerez de la Frontera.

El mismo recinto de la Feria del Campo—que ha servido ya para demostrar que exageran su pesimismo quienes hablan de un inicio de crisis caballar en España—será el lugar donde se celebren las pruebas de doma, exhibiciones, presentación de en-

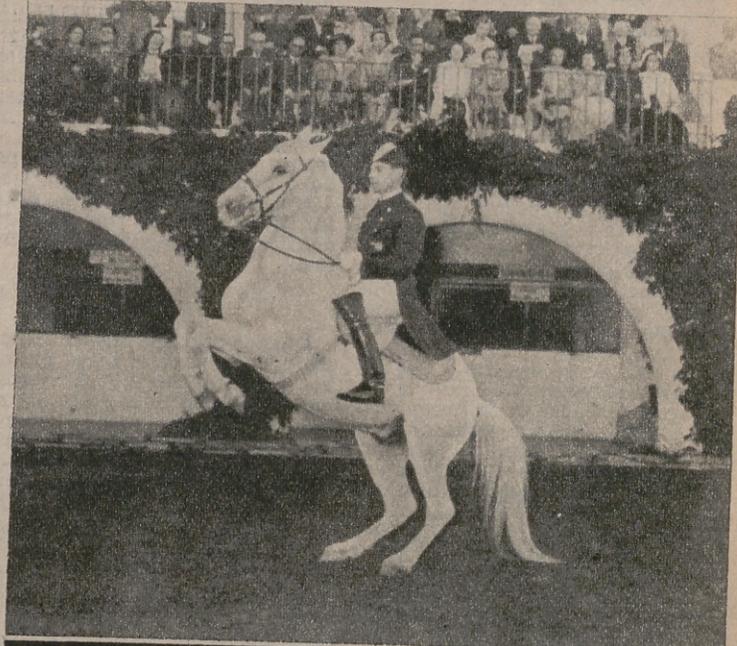


Caballos en libertad en las praderas gallegas. Son famosas las yeguas de La Guía, en el Xiabre y en Cotovad

EL CABALLO ESPAÑOL HA INMORTALIZADO EN EL ARTE Y LA LITERATURA



Estampa de la feria de Sevilla. El Lillónio Ordóñez, toreros de «tronío», pasean sobre dos caballos



Un jinete de la Escuela Española de Equitación de Viena realizando una exhibición de doma

deportividad y tronío las celebraciones de honor del gran Patrono de los hombres de la tierra, campesinos y camperos.

El Gran Festival se organiza solamente para caballos nacidos y criados en España, por lo que va a ser una prueba inequívoca de la potencia hípica de nuestro país la que va a darse del 20 al 23 de mayo organizada por el Sindicato de Ganadería.

Buena ocasión esta para que hablemos de nuestro caballo y sus problemas actuales en cuyo remedio puede encontrarse el entronque con ese gran galope de la potencia caballar que ha sido patrimonio de nuestro país y tiene que seguir siéndolo en el futuro.

No basta con las buenas clasificaciones españolas en competiciones hípicas de carácter internacional, aunque esto nos lleve de orgullo, hace falta también la selección y perfeccionamiento de la ganadería caballar en todo el país.

Además de buenas yeguas, excelentes sementales y estaciones de cría y remonta, hace falta una dirección técnica continuada y que siga un plan a largo plazo.

El encauzamiento racional y científico de una ganadería no puede estar al capricho de un productor, sino obedecer a unas bases claras y bien definidas.

Los jinetes militares españoles tienen un prestigio internacionalmente reconocido





Caballos de la Guardia Urbana de Barcelona embarcados para participar en París en un concurso internacional

Casi todas las razas animales domésticas son una consecuencia del medio físico, que es la base que, con su actuación constante desde que nace el animal hasta que muere, actúa sobre él de una manera poderosa. El suelo y el clima son las primeras condiciones que hay que tener en cuenta en toda explotación de animales.

Esa unidad de criterios, dentro de las diversidades propias de la cría ganadera, es lo que hace necesarias las normas de la Dirección General de la Cría Caballar.

LA GRANDEZA, A CABALLO

En los ojos del caballo, grandes, húmedos y negros, que parecen mirar con pena, puede verse, como en bolas de adivino, un porvenir posible: el de la mejora caballar española hasta ese óptimo a que nos obligan tantas razones del pasado y del presente.

A caballo se resistió a las legiones romanas, se hicieron las largas algaradas de la Reconquista; a caballo fué sujeta con amor la bella ciudad de Nápoles; también a caballo el genio imperial de España combatió al disolvente de la Reforma en la estampa de Tiziano con el Emperador Carlos, lanza en ristre, en Mulhberg; a caballo se fué con Cisneros a Orán y se entró victoriosamente en Pavia; a caballo en San Quintín, en el Milanésado, en Sicilia; a caballo se espartó a los millares de indios de Otumba, se cruzaron los Andes y las selvas verdes del Ecuador. A caballo siempre desde las cargas desesperadas de los iberos primitivos hasta la batalla de la Alfambra. Puede decirse que no ha habido gesta española en la que el caballo no estuviera siempre presente, como una pieza imprescindible de nuestra manera de combatir y hasta de nuestra manera especial de jugar al ajedrez histórico.

Hubo siglos en los que ni un trozo importante de la tierra quedó libre de la gloria y la alegría de los caballos españoles de combate.

Pero, además de todas esas razones de carácter bélico, están las de un pasado material en el que nuestros caballos llegaron a una perfección que les ha dado fama en el mundo.

El conocimiento de las calidades del caballo español lo han

tenido las naciones por dos vías, la de la guerra, en primer lugar, y la del comercio, en segundo, que han sido los dos caminos por los que nuestro caballo es conocido en el mundo.

Desde los primeros viajes a las Indias Occidentales se inicia el éxodo de nuestros caballos, que en las fatigas del mar y en la penosa navegación de las carabelas y galeras demuestran ya su buena clase y su resistencia casi increíble.

Toda América, de punta a punta, aparece regada con la sangre y la sementera de los caballos españoles, llevados de Córdoba, de Arcos, de Utrera, de Ronda, de Jerez..., para asombro de indios, que le iban a perder muy pronto el miedo al caballo español y adoptarían y hasta iban a prestar ayuda a que se hiciera silvestre aquel tipo ultradomesticado de caballo de la Bética.

EN TODOS LOS CLIMAS Y PAISAJES

Diderot dijo que «España adorna con sus caballos los picaderos de Francia»; y es verdad cuanto se dice en la frase del revolucionario de rapé y guante blanco, ya que si el caballo español llevó la semilla a los gigantes criaderos americanos, también es cierto que otros caballos fueron hacia arriba de Europa en la guerra y el comercio, que muchas veces era también para la guerra.

Sobre esto podríamos contar numerosas anécdotas, como la que refiere el general Lawoestine al referirse al desastre de la «Grand Armée» napoleónica.

Cuenta que al mariscal Sebastián, que mandaba un Cuerpo de Ejército en la campaña de Moscú, se le murieron todos los caballos, «menos seis andaluces que procedían de Arcos y de Jerez de la Frontera»; y hay que tener en cuenta la inferioridad de los caballos andaluces en medio de las nieves de la gran retirada en Rusia. Y esta página de resistencia las tenemos también en Rocroy, en Wagram, en Jarum, en Viena y hasta en la guerra de Crimea, en la que los ingleses utilizaron caballos de raza española.

Los más variados climas y paisajes han servido para probar la resistencia del caballo español, de la misma manera que las armas más variadas fueron la piedra de toque de su valor y nobleza en la guerra, donde la «furia española» quedó demostrada también en muchas gestas en las que fué decisiva la arrogante, vitalidad hípica de nuestro país.

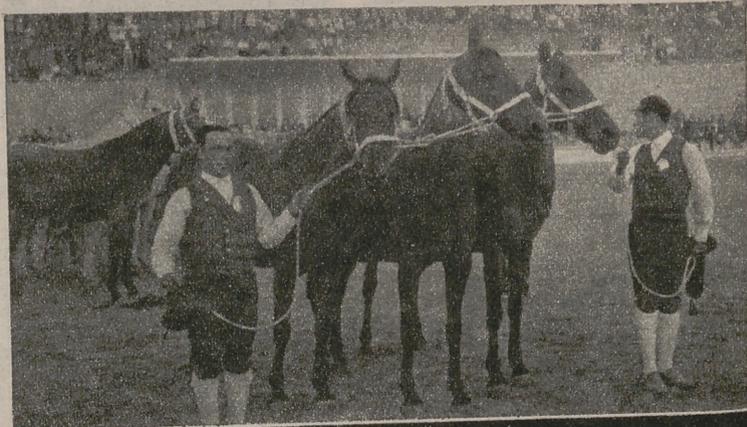
Se puede decir que el caballo está tan unido a nuestra historia y nuestro arte como lo fué a los pueblos clásicos. La presencia caballar en nuestras gestas merece las alabanzas de Virgilio, de Homero y Plutarco, y hasta el entusiasmo con que en el Corán se habla del caballo y el respeto que para él se tiene en la Biblia.

PARA EL MARMOL Y LA FANTASIA

Pero el caballo español se canta en versos de Calderón, de Góngora, Moratín, Herrera, el duque de Rivas..., y en admiración en las obras de los grandes pintores, como Rubens, Tiziano, Velázquez, Goya..., y lo mismo podemos decir de las grandes obras de escultura, algunas de las cuales tienen aquel galope que a la representación plástica del caballo le supo dar la mano de Fidias en el friso del Partenón.

Nuestro caballo ha sido representado en suficientes ocasiones en mármol, en fábula y en fantasía en el grado que los merecen sus forjadores en carne; sus pacienzudos artifices de antes y de ahora.

Mucho se habla de la ascendencia árabe del caballo español, pero no existe ningún documento que pruebe la entrada de caballos árabes en cantidades de importancia en nuestro país antes de los tiempos modernos, o sea



Presentación de una cuadra catalana en la última Feria del Campo celebrada en Madrid

cuando la calidad de la muestra caballar española estaba ya acreditada en el mundo. La alusión que se hace a las distintas invasiones africanas no es del todo convincente, ya que se sabe que con los ejércitos de Tarik vinieron doce mil caballos africanos, pero de los cuales solamente doce eran de pura sangre árabe.

Cabe en lo posible la llegada a España de algún caballo árabe y hasta sirio como regalo de Bagdad a los Califas de Occidente, y hasta que alguno de los pocos jefes árabes que tomaron parte en las invasiones llevase una montura de Arabia; pero esto no supone mucho entre el alud de sangre marroquí que en caballos y hombres se nos vino encima, entre la cual la sangre árabe pura era como una gota en el mar.

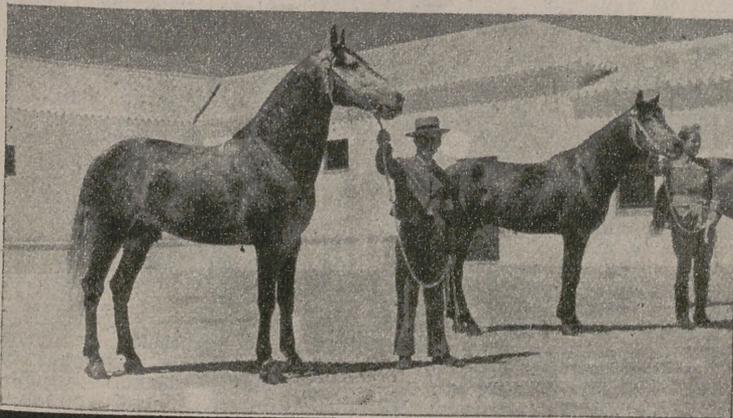
Lo que sí es cierto es que los jinetes españoles copiaron muchas costumbres hípicas de los invasores africanos, como el cabalgar con los estribos cortos, el uso del bocado alto, el considerar innoble el andar en yegua y hasta el resistirse a castrar los caballos por aquel mandato musulmán que dice «no castrarás».

El parentesco directo del caballo español es con el berberisco y no con el árabe. Pero nuestro caballo no es berberisco ni moruno, sino que es fruto de un ambiente más nórdico, con un pastoreo más rico que el mogrebino; un caballo de mayor volumen, de más clase, fuerza, riqueza, agilidad y vida. Un caballo que tiene más corazón, como también tiene un mayor precio y estética.

Si se quisiera establecer un tipo general de nuestro caballo habría que decir que es un animal de no mucha alzada cerca de tierra, de grupa inclinada y redonda, de cabeza más bien pequeña, de perfil casi siempre recto, aunque en algunos es suavemente convexo. Un animal de líneas muy suaves que le hacen un modelo de armonía y garbo.

LAS SEISCIENTAS MIL CABEZAS

Actualmente existen en España más de seiscientos mil caballos, de los que un setenta por ciento son de campo, un veinticinco por ciento son de tiro, un cuatro y medio por ciento son caballos del Ejército y un medio por ciento, unos tres mil caballos, son de hipódromo, más o menos pura sangre ingleses.



Magníficos ejemplares de la Yeguada Militar, que está consiguiendo productos depuradísimos



Caballos de trabajo pasando ante el Jurado de la Feria Internacional del Campo, celebrada el año 1953 en Madrid

Tradicionalmente estos grupos se obtienen en zonas perfectamente definidas. El caballo de campo y del Ejército, en las cuencas del Guadalquivir, provincia de Cádiz, Sevilla y Córdoba, y en cantidades mucho más pequeñas en Huelva, Málaga y Jaén.

El pura sangre inglés se obtiene en «haras» especializadas del norte de España, mientras el caballo de tracción es obtenido en la Cerdeña, cuenca del Ebro, valle del Burguete, en los Pirineos Orientales y en algunos lugares de Levante.

Hay en Andalucía un núcleo de ganaderías selectas en las que a través de los años, sin cruzamientos, se ha conservado el tipo de caballo español cartujano. Esas ganaderías han servido para incrementar la riqueza caballar de todo el país con yeguas sobrias, rústicas, resistentes, ágiles, con mucho temperamento, que han sido seleccionadas a través de los años.

Otro grupo de yeguas afines a las anteriores han proporcionado un tipo muy útil y bello de caballo de silla, que es de gran fondo y velocidad. Mientras un tercer grupo proporciona el tipo de caballo que podemos llamar «intercambiable», porque, además de servir para enganches de lujo, se adapta muy bien a los trabajos agrícolas.

Una especie de desecho de esos magníficos caballos se aprovecha para la producción muletera.

Un subgrupo, y hasta puede decirse que una sublimación del caballo español, es el tipo espléndido de equino andaluz pura sangre. Es perfecto, si es que en es-

te mundo puede darse la perfección. Su cabeza es casi cuadrada; los ojos, vivos, animados e inteligentes; las orejas, finas y bien situadas; los ijares, ligeramente deprimidos; el pecho amplio; el dorso, corto; el vientre, un poco abultado; los lomos, fuertes; la grupa, no muy amplia; la cola, poblada; las articulaciones, limpias; los aplomos, recogidos, y, finalmente, larga, fina y sedosa la crin.

EN VINOS Y EN EQUINOS

Y al hablar del caballo andaluz preciso es que destaquemos a la quintaesencia jerezana, porque desde tiempos remotos se alza como una bandera antigua la nobilísima tradición caballar de Jerez de la Frontera.

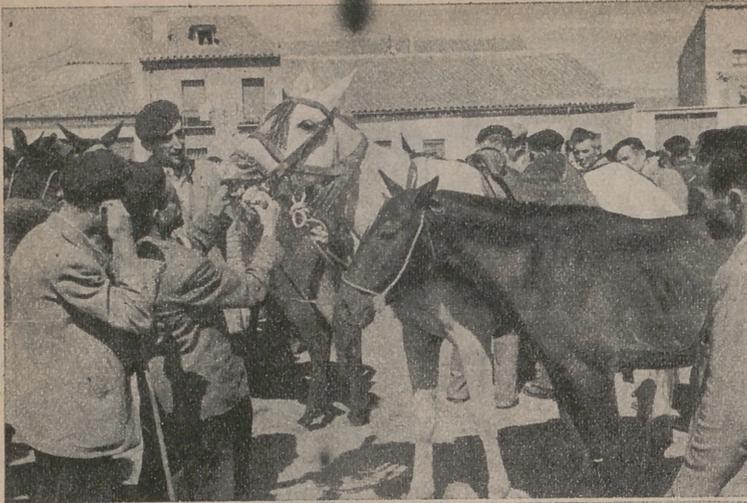
Más que móviles económicos, fué siempre el afán jerezano el de crear casta, elegancia y belleza, lo mismo en vinos que en caballos. Buscar el arquetipo lo mismo en la oscuridad de las bodegas que al sol de las dehesas, que rodean verdes y soleados viñedos.

Con aplomo, despacio, como el actuar de la madre del vino y la solera sobre el caldo oloroso, se fué trazando la línea maestra del canon y la norma caballar jerezana, en la que se cuidó de lograr, más que caballos veloces para «marcas» de hipódromo, ejemplares sobrios, bellos, de estampa y utilidad, así como de bien probada resistencia. Caballos útiles para todo. Para la guerra y para la paz. Para la gracia y el riesgo de una fiesta torera, pero que pueden emplearse también para una carga de combate, lo mismo con los fabulosos centauros de la Independencia, en Bailén, que en los gigantes «piqueros» del Alzamiento Nacional por tierras andaluzas.

Y es que con el caballo jerezano se puede ir seguro a todas partes. Al riesgo de la plaza o de la tienda, a las ferias y romerías con la novia en la grupa y cara al enemigo, o ir a una gesta de romance. Se va seguro con tales nobles brutos porque en ellos la nobleza casi dobla a una brutalidad que está muy pulida y dosificada con el canto rodado sin aristas de la antiquísima civilización bética.

LA ESCUELA ESPAÑOLA DE VIENA

Esos son los caballos de siemiente que han fecundado con su sangre las más famosas ye-



Arriba: dos aspectos del mercado de ganados de Salamanca. Abajo: detalle de una exhibición de ganado caballar en Sevilla

fundando con ellos la yeguada imperial de Kladrub. Su hermano el archiduque Carlos también siente gran admiración por los caballos españoles.

Algo más tarde, en 1580, funda otra yeguada con sementales y yeguas traídos de nuestra Península. Una yeguada que se establece en un lugar cercano a esa perla del Imperio austríaco que era entonces Trieste. Los caballos y yeguas españoles llegan por mar y son establecidos en Lipizzia.

A estas dos yegudas se añade después otra tercera que es la de Halbturn, que proveerá también a lo que se empieza a llamar la Cuadra de Equitación Española de Viena.

Entre los tres Centros de cría se establece un intercambio de animales, pero al cabo de unos años es cerrado el establecimiento de Halbturn, mientras Lipizzia se especializaba en caballos de tiro ligero y de silla. Esta especialización de Lipizzia hace que se llamen caballos «lipizzianos» a lo que no son más que caballos de estirpe puramente española, aunque muy seleccionada para obtener el tipo perfecto.

Los libros de esa yeguada adriática sólo se conservan hasta 1701. Con posterioridad son incompletos; pero se sabe con certeza que fueron utilizados sementales de Oriente alguna vez a finales del siglo XVIII, pero

se mantuvo siempre el gran predominio de la raza española.

En los primeros doscientos años se desarrolla con tranquilidad la vida de la yeguada; pero más adelante las guerras obligan a realizar traslados, tales como el que hubo que efectuar a Luxemburgo en 1915, o los llevados a cabo en otras ocasiones a Kladrub.

Al terminarse la primera guerra mundial la yeguada se divide entre Austria e Italia. Los ciento nueve caballos transferidos a Italia vuelven a Lipizzia, mientras los ochenta y nueve que correspondió conservar a Austria son llevados a Piber, cerca de Gratz.

EL «PASO ESPAÑOL»

En otoño de 1943 la yeguada se encuentra en Checoslovaquia, y en ella se juntan trescientos cincuenta ejemplares, ya que han sido unidas la parte italiana y la austríaca. Cuando en 1945 las tropas norteamericanas llegan a Austria se consigue que, gracias a su auxilio, se salve a la gran yeguada de caer en manos de los rusos, que parecían interesados en tenerla como botín de guerra y «desmantelarla», como una industria más. Pero la yeguada se salvó, y para tranquilidad del pueblo austríaco, tan orgulloso de su Cuadra de Equitación Española y en prueba de agradecimiento a los norteamericanos, tiene lugar una gran exhibición de agradecimiento ante el general Patton.

La Escuela Española de Viena dispone de un espléndido edificio cubierto, con todos los adelantos de la cría caballar, y cuyos pabellones y picaderos son el lugar más apropiado para las sorprendentes exhibiciones de la yeguada, que suelen ir acompañadas de un fondo musical de la mejor música vienesa.

Preciso es aclarar que la Escuela Española de Viena no realiza números de circo, sino muestras de un arte refinado, en el que se mantienen los usos y costumbres de los tiempos en que fué fundada, como esa del majestuoso «paso español».

El nombre de Cuadra Española de Equitación aparece por primera vez en 1572, cuando ya han sido construídos los edificios especiales en la Rosstumbelplatz de Viena.

Hoy tiene la raza seis dinastías de sementales, cuyos nombres son: «Pluto», «Conversano», «Napolitano», «Favory», «Maestoso» y «Siglavy»; habiendo, además, dieciocho familias de yeguas.

El color blanco predomina en el pelo, y aunque nacen muchos ejemplares tordos, bayos y de otras capas, se tornan blancos a los cuatro años, e incluso después.

Quizá, para que sea aún más española la Cuadra, cada caballo lleva dos nombres, el del padre y el de la madre, como se hace con los apellidos de personas en España, mientras en tantos países del mundo el apellido materno no es llevado por los hijos.

En ese tema, de la Cuadra Española de Equitación de Viena es preciso decir que muchas de las enseñanzas de aquel establecimiento modélico han sido adaptadas por nuestras mejores ganaderías equinas.



guadas de Europa y América. Ellos, los más selectos pura sangre, fueron el grano de sementera que hizo posible la Escuela Española de Equitación de Viena, de feliz memoria y grata realidad sostenida con gran cuidado hasta nuestros días.

Fué el Emperador Maximiliano II el que introdujo el caballo español en Austria, en 1562,

Durante cientos de años ha sido la cría caballar un legítimo orgullo de España, ya que en nuestro país se ha logrado un fondo racial de una calidad inestimable, al que se han añadido otras razas puras mejoradas y «nacionalizadas» absolutamente.

AGRADECIMIENTO AL ARMA DE CABALLERIA

Pero ocurre que somos un país muy impresionable, en el que ha bastado una invasión del motor en el campo y hasta una pequeña retraída de las compras caballares con destino al Ejército para que algunos hablen de que el caballo y su importancia para la paz y para un caso de movilización va a desterrarse completamente de nuestro país. No solamente el caballo es necesario, sino que lo es también el mulo en un territorio tan accidentado y complejo como es el nuestro, en el que los contrastes se nos manifiestan incluso en la misma variedad de paisaje y prodigiosa accidentación con que nos ha dotado la Naturaleza.

No solamente no es el Ejército y su mecanización un impedimento para el revalorar de nuestras ganaderías de caballos, sino que son las fuerzas armadas, y muy especialmente el Arma de Caballería, quienes han mantenido casi todo lo bueno que se conserva en nuestro país en ganadería caballar. La Caballería española, con su tradicional y bien probado amor al caballo, es la que estableció las bases y los planteles sobre los que habrá que apoyarse una todavía mejor revalorización de nuestro tesoro nacional en caballos.

Es cosa bien probada el que a ilustres oficiales del Ejército se debe el que se conserven en España magníficas islas de cría caballar, el mismo arte de la equitación y el que el nombre de nuestro país ocupe los primeros puestos en las competiciones internacionales de proeza hipica.

Los depósitos de sementales del Ejército, con sus establecimientos de Remonta, las yeguas del Estado y las particulares, son la mejor garantía de nuestro esplendoroso futuro en la cría caballar.

Según los últimos datos, tenemos en nuestro territorio, ade-

más de los establecimientos oficiales de selección y remonta, tres mil cuatrocientas ochenta y cinco paradas particulares autorizadas, con tres mil cuatrocientos ochenta sementales de caballar y cuatro mil trescientos cincuenta y tres garafiones.

La variedad de tipos y los cruces excesivos, muchas veces realizados, más que con los métodos más modernos y científicos, a simple ojo de intuición, hace que muchos técnicos se pronuncien por una unificación equina hacia el arquetipo mejor de nuestro caballo.

La Dirección de Cría Caballar tiene el gran cometido del señalamiento de normas generales necesarias a nuestra recuperación equina, y cuenta con la ayuda de los organismos interesados, entre los cuales tiene un lugar muy destacado el Sindicato Vertical de Ganadería.

Cuatro exhibiciones en carrusel va a haber en el Gran Festival del Caballo: el de la Guardia Municipal de Madrid, el de las señoritas de la Sociedad Hipica de San Sebastián, el del escuadrón de la Guardia Civil y el de la Guardia Mora de Su Excelencia el Jefe del Estado.

Además de las pruebas, con sus cuantiosos premios; los ejercicios de doma, las pruebas hípicas de exhibición y los concursos de saltos, tendrá lugar una marcha

La famosa Escuela de Equitación Española de Viena se presenta en el Palacio del Deporte de París



Los mejores caballos de Cataluña son distinguidos con títulos y premios en los más importantes concursos ganaderos

agotadora de ochenta kilómetros, que tiene que demostrar las calidades de velocidad y resistencia de los caballos criados y nacidos en España.

Hasta los Centros regionales de Madrid han querido colaborar en ese Gran Festival del Caballo, que con parejas a la grupa, ataviados con trajes típicos, tiene que demostrar una unidad nacional en el deseo de que continúe la revalorización de la riqueza equina española, que si alguna crisis tiene es la del crecimiento hacia una mayor grandeza.





HISTORIA DE AMOR Y DE GUERRA

Por Antonio AMOR

ESTA historia necesita un prólogo. Hablar de amor y de guerra hoy es una cosa un tanto pasada de moda para nuestra generación, tan preocupada de la productividad, de la angustia y hasta de la manera más rápida de ganar dinero con el mínimo esfuerzo.

Las fuentes de la guerra y del amor de esta historia, de esta verídica historia, no están en una serie de tomos escritos por un sabio profesor de complicada ortografía germánica, sino en algo tan deliciosamente nostálgico como las hojas de un «Blanco y Negro». Nos referimos, naturalmente, a la última guerra romántica, la de 1914. En aquella época feliz, que al que más y al que menos se la ha hecho evocar su abuelito explicándole los «santos» de la citada revista, entre nubes de polvo y olor a papel satinado, había instituciones venerables como la señorita de compañía que actuaba como sifón refrigerador del fogoso corazón de la juventud de entonces; ningún padre de familia honrado osaba prescindir del calzoncillo largo, y las señoras se cubrían honestamente con numerosas enaguas. Era, en fin, la época de la peseta, aquella extraña moneda que según los escritores costumbristas era maleable y dúctil como un principio físico y con la que se podían hacer tantas cosas, con la condición siempre de que sobraran cinco céntimos para el sereno.

Por todo eso he creído necesario un prólogo justificativo de los absurdos, reacciones extrañas o incongruencias que se produzcan a lo largo de la narración. De todas ellas no se me culpe a mí, culpe a la manera de ser de un tiempo ya pasado. Cualquiera parecido que pueda haber con personas vivas o muertas no es, pues, mera coincidencia como en las películas, sino un hecho real.

I

François de la Rechevette, el protagonista de nuestra historia, había tenido la suerte de acabar sus estudios de la Politécnica, de tener veinte años y de ser subteniente de la reserva. Por lo tanto, era uno de los hombres más adecuados para cu-

birse de gloria en la guerra que acababa de estallar. La guerra empezó no por razones eco-

nómicas, sino por sanos principios espirituales, y así lo afirmaron los políticos enchisterados, que se retrataban con generales de Estado Mayor con bigote reglamentario. Y lo más maravilloso es que la gente se lo creyó: los unos fueron a luchar por la libertad y los derechos del hombre y los otros por el Gran Reich. Aquellos eran otros tiempos, todavía en Europa los Reyes se sentaban en sus Tronos y los oficiales de húsares eran el supremo ideal de las jovencitas pálidas de la época.

Pero volvamos a la cuestión. François estaba movilizado y al día siguiente partía para el frente. Le quedaban unas horas y decidió conocer el París casquivano de la noche.

La diversión nocturna más popular entonces eran los cabarets, abuelos próximos de las actuales «boites», y a uno de ellos se dirigió nuestro hombre en busca de aventuras, como los héroes infantiles.

A través del humo François distinguió a señores gordos de provincias que bebían Borgoña con jovencitas pintarrajeadas. Todo el mundo estaba muy alegre como si no pasara nada. François suspiró con temor—ya estaba en un centro de corrupción—pidió un whisky para dárse las de hombre corrido y miró al escenario.

Al momento se le acercó una joven. Llevaba una bandeja llena de violetas colgada del cuello por una cinta y la sujetaba con las dos manos a la altura de su cimbreante cintura. Le ofreció un ramito y murmuró:

—¿Un donativo para la Cruz Roja, monsieur? François levantó la vista y se quedó extasiado, lelo. La señorita de las violetas era una maravilla: boquita de piñón, ojos vivarachos, menudilla, etc. Quiriendo retenerla piensa una frase de efecto pero sólo se le ocurre:

—Pero, es que ¿ya hay heridos y acaba de empezar la guerra?

La joven sonríe con picardía y contesta como un altavoz de propaganda:

—La Cruz Roja, monsieur, es una institución benéfica que fué fundada hace años para luchar

contra el dolor y las calamidades de la guerra.
—¡Oh, claro!, muy bien, dice François mientras se deja banderillar por la bellísima violetera a cambio de unos francos.

—Mademoiselle, ¿querría usted... querría usted sentarse con un hombre que quizá muera «pour la patrie»? Es mi última noche en París—exclama nuestro protagonista con cara de cadáver.

Como François naturalmente es apuesto, guapo y hasta porta un varonil bigote, y además todo está realzado por el brillante uniforme del 17 de Infantería, la violetera se impresiona; porque las mujeres de entonces, tenían así de inflamable el corazón y porque ya estaba harta de tantas violetas y tantas músicas. Total, que se sentó, tomó anisette y le contó su vida; una vida falsa, inventada por ella. Le dijo que se llamaba Odette, que su familia era «ancien regime» y que quería hacerse enfermera para hacer algo «pour la patrie».

François se animó, le cogió una mano, y hasta se disparó. Hablaban muy juntos y en voz baja y sólo se oían frases sueltas: «mon coeur», «cheria... Mas la felicidad dura poco; de pronto, en el escenario, apareció una señora vestida—la única en todo el programa—con una especie de camisón y una bandera en la mano. La orquesta atacó la «Marsellesa» con bombo y platillo, los señores gordos de provincias y sus acompañantes se pusieron de pie y surgió en el escenario el número fuerte del programa. Se llamaba «la llamada de la Patria». Es el antiguo «Las chicas de Artillería», que tuvo tanto éxito. El gerente del local ha hecho ligeras modificaciones y ha cambiado un poco la letra. En vez de decir: «A mi me gustan los artilleros...eros...eros»; dice: «Cuando la Patria peligr...igra...igra»; lo demás todo igual. Las chicas se retiraron en medio de grandes aplausos. El programa continuó, pero Odette y François no se dieron cuenta, sumergidos en su amor, que ha surgido como un chispazo y que abrasa sus almas.

En París está amaneciendo, y los faroles uno a uno se van apagando con la nueva luz del día. Hacia la Gare du Nord, Odette y François caminan cogidos por la cintura. En la estación, el último adiós, quizá el final de un amor que acababa de empezar. François, después de luchar con tres maleteros que siempre se ponen en medio, ha conseguido tener a Odette entre sus brazos. Odette llora con unas lágrimas negras como su pena por culpa del rimel. El tren arranca lentamente. François saluda desde el estribo. Odette corre a su lado y exclama:

—Tengo que decirte un secreto, me remordería la conciencia toda la vida por no habértelo dicho: Mi verdadero nombre no es Odette, es Emerenciana, pero, como es tan feo, todo el mundo me llama Odette.

Sobre el bronceado y viril rostro de François, resbala una lágrima que va a caer en el 17 metálico de la guerrera de su uniforme, mientras sus labios besan con pasión unas violetas marchitas.

Allí en la estación se queda Odette cada vez más pequeña. Es su último recuerdo de Francia. Le espera la guerra y la gloria.

II

François ha llegado a su destino. Su destino es «89Z-24Hk Poste Militaire». Este es el nombre de guerra de un pueblo del departamento de los Vosgos donde está el 17 de Infantería.

François se presenta a su coronel, el coronel Rochefort, que se dedicaba en aquellos momentos a su ocupación favorita: tachar con lápiz rojo en el escalafón a sus superiores fallecidos o jubilados. A pesar de que la guerra acababa de empezar, había dos víctimas: un general y un coronel. ¿Causa? Arteriosclerosis y congestión cerebral.

El coronel hace la presentación reglamentaria de François a su capitán Delcroix, un caballero de imponente bigote y duelista consumado. El capitán Delcroix presenta a François a su vez ante sus compañeros, los tenientes Bouffetard, Crillot y Charteboux.

—¿Viene usted de París?—preguntan.

—¿Sigue actuando la petite Jeannette?

François cuenta y no acaba; es cobarde y no declara que ha nacido en amor en su vida, que no ha visto más mujer que Odette, su adorada Odette.



El capitán Delcroix acompaña a François hacia su nuevo puesto. Las trincheras francesas están llenas de toda clase de insectos, de agua, de barro y, además, de los bravos muchachos del 17, tan barbudos y tan piojosos como todos los días.

—Este es su puesto—dice el capitán.

François desenvaina el sable y abre la boca para gritar: ¡Adelante muchachos!, pero enmudece viendo la cara de asombro del capitán.

—Pero ¿qué hace usted? ¿Va a cantar algo? exclama Delcroix.

—Iba a avanzar mi capitán; creo que éste es el principal deber de un oficial.

El capitán Delcroix, profundamente abatido, se cogió la cabeza con las manos y murmuró: «¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu!» Más inmediatamente reaccionó con energía.

—¿Usted es idiota o qué pasa? ¡Venir al frente con esas ideas! Ni que fuera usted de la promoción de Alejandro Magno.

El capitán, a medida que hablaba, iba gritando cada vez más.

—Igual no lleva usted la alidada de pinulas. ¿Sabe usted lo que es? A ver: dígame qué es.

François titubea:

—Pues un chismito...

—¡Chismito ha dicho! ¡Por cien mil bombas! Así no se puede ganar la guerra, ¡pues sí que nos ha caído buena! Tenga usted —el capitán le alargó los prismáticos—. ¿Ve usted las líneas alemanas?

François como cuando miraba al microscopio en el Liceo en su época escolar, dice que sí, aunque como entonces no ve nada.

—Pues observe usted los puntos vulnerables y mañana pasaremos a otra cosa.

El capitán Delcroix se aleja soltando taccos gordísimos y el pobre François se queda inmóvil, contemplando el frente con los prismáticos.

Y así se hubiera quedado, a lo mejor, hasta ahora, si no llega a pasar por allí el teniente Bouffetard, que le dijo:

—¿Qué haces ahí tan parado?

—Me ha dicho el capitán que observe los puntos vulnerables y francamente, no veo nada.

—¡Menuda te ha caído! Siempre se lo largan a los nuevos. Pero, bueno, vente a comer que ya es hora.

—Pero ¿tú crees que puedo ir?

—Sí, hombre, no faltaba más; lo primero es comer.

Y los dos se alejaron cantando una bella canción guerrera.

Así fué el primer día de frente para François. Ahora ya lleva varios días y se ha «espabilado» mucho: ni le mandan mirar los puntos vulnerables ni nada. Juega a las cartas, lee la Prensa atrasada... La guerra no es como él se la había imaginado, con trompetas, tambores, etc. A François le hubiera gustado, por ejemplo, poder gritar de vez en cuando: «¡Sus y a ellos!» o «¡A mí mis bravos!» Pero, quíá; allí estaba Delcroix para impedirselo. No le gustaba esta manera de hacer la guerra.

Su consuelo era Odette. Con ella mantenía una regular correspondencia llena de poesía, de pasión, etc., a la que ella correspondía en todos sus efectos. Véase:

De François a Odette

«Queridísima:

Hoy hace un día muy hermoso, hay pájaros y flores por todas partes y todo me recuerda a ti. Si no fuera por los alemanes lo pasaría muy bien, pero ya sabes cómo las gastan: bombazo va, bombazo viene.

Ya sabes, querida, que te amo profundamente y que pienso en ti a todas horas. Hasta la tuya, te adora tu

François»

De Odette a François

«Cheri:

Cuando he recibido la tuya la he llenado de besos y de lágrimas como una tonta. ¡Te quiero tanto, bobito! Estoy estudiando para enfermera. Como me hablas siempre de los alemanes, que son nuestros enemigos, he mirado en el Diccionario a ver cómo eran, pero no dice nada: «Pueblo feroz que vive más allá del Rhin y que impide la expansión de la cultura francesa.» Me han dicho que llevan un casco con un pincho; ¡sí serán malos!

Y nada más por hoy, que tengo que estudiar el maxilar superior.

Muchos besitos de tu

Odette»

François, después de leer estas cartas, se sentía mejor y cantaba con optimismo la vieja canción del 17, que, traducida libremente, decía poco más o menos:

*Madeleine era un plancete
des garçons del diecisiete...*

Y así un día y otro día, un muerto y otro muerto, un cañonazo y otro cañonazo.

III

La monotonía del frente francés, en aquellos días de gloria, se vió alterada por una noticia sensacional: llegaban refuerzos, ¡oh, asombro! Y más asombro todavía, ¡ingleses! Porque, aunque Inglaterra también había declarado la guerra a Alemania, ya entonces sabía nadar y guardar la ropa.

El coronel Rochefort hizo los preparativos para el recibimiento a «les plus chers» aliados de Francia. Se compraron farolillos, serpentina, etc. El alcalde del pueblo dió un bando ordenando a las madres que limpiaran a sus hijos las narices. Se barrieron las calles por primera vez desde la asamblea local del partido republicano en 1790. En fin, que se quedó el pueblo casi mejor que antes de la guerra.

El día señalado —secreto, naturalmente— el coronel Rochefort, con su pecho transformado en una bisutería, lleno de condecoraciones; su ayudante el teniente coronel, los oficiales, al a/calde con faja tricolor, el sacristán y el cartero; es decir, lo más representativo del 17 de Infantería y de las autoridades civiles, esperaban pacientemente en la estación la llegada de sus queridos aliados en compañía de ancianos, mujeres del pueblo, perros, guardia 1.º, guardia 2.º... Parecía el momento cumbre de una zarzuela.

A la hora prevista por el mando, el tren entro en agujas mientras la banda del regimiento interpretaba un bonito pasacalles —no hubo quien les hiciera aprender el «God save the King»—.

El coronel Rochefort se adelantó unos pasos al compás de un suave tintineo producido por sus medallas, y en la portezuela del primer vagón apareció un hombre barbudo con un descomunal turbante. El coronel Rochefort, asombrado, tartamudeó en mal inglés:

—¿Coronel sir Percy...?

El hombre del turbante le estrechó la mano y dijo en el mismo idioma:

—Coronel Mohandas Mahatma Karamandol, del 14 de Fusileros de Bengala. Somos la vanguardia del coronel sir Percy Blackwey, del 4.º de Home Guards.

Como, al mismo tiempo, en aquellos momentos, la banda armaba un estruendo mayúsculo, el coronel Rochefort no entendió bien lo que le había dicho y volvió a insistir:

—Pero, bueno; entonces, sir Percy...

El coronel Mohandas, al tiempo que hacía reverencias en todas direcciones, explicó:

—Su excelencia, sir Percy, llegará un día de estos, mañana tal vez.

Rochefort recurrió al francés para soltar un taco y dió orden de romper filas.

Del tren descendían los primeros soldados indios y en correcta formación se dirigían a los lugares designados por el mando.

Al día siguiente, las mismas personas esperaban al coronel sir Percy. Esta vez se presentó el coronel Robert Swith, de la Real Policía Montada del Canadá. Al siguiente, el coronel Van der Toel, al mando de dos regimientos de «boers». Al otro, el mayor Masey, del 21 de Caballería australiana. El coronel Rochefort montó en cólera y dijo que no bajaba más a la estación.

Durante aquel mes, todos los días llegaban soldados —negros, amarillos, árabes—, pero los ingleses no aparecían. Hasta que, por fin, una venturosa mañana de otoño apareció sir Percy con sus muchachos, cuando ya no le esperaba nadie. Al coronel Rochefort le pillaron lavándose los pies y en camiseta. El hombre se excusó como pudo y trató de entablar conversación con sir Percy, pero éste era un lacónico gentleman, como buen inglés, y sólo usaba cuatro palabras: «Yes, no, I Sorry» y «All right».

Como, cuando llegaron los ingleses, en aquel sector del frente estaban que no cabían con tantos australianos, indios, negros y demás vanguardias del ejército de sir Percy, se les destinó a cubrir la retaguardia. Y de esta forma se inició la colaboración entre ingleses y franceses, que había de dar más tarde tan provechosos frutos.

Ingleses y franceses intimaban cada vez más. Los primeros enseñaron a los segundos a jugar al whist, al póker y al críquet, pero los segundos se aburrían lamentablemente y enseñaron a los primeros otras cosas, que motivaron un sentido sermón al reverendo Smokes, de la Iglesia presbiteriana reformada de los anabaptistas históricos sobre la inmoralidad de los pueblos del continente.

A pesar de estos roces, el caso es que cada vez se confraternizaba más y, lógicamente, se bebía el vino y la cerveza en una abundancia que los más ancianos no recordaban haber conocido jamás. Como la felicidad ya sabemos que es efímera y aquélla era una guerra seria, el genio alemán concibió y realizó una maravillosa idea: los gases asfixiantes, que vino a dar al traste este ocio francoinglés que acabamos de describir.

Como más tarde declaró a un periodista de la agencia Perton Press, el general barón de Saxon-Saxen und Saxon-Saxen, del 12 de Hulanos de Pomerania, el Alto Mando alemán no tuvo la culpa de que el viento soplara en dirección a las líneas francesas en el momento de arrojar los gases, ni tampoco de que los soldados enemigos (franceses, ingleses, etc.) respiraran los susodichos gases. Pero a pesar de este hecho, sin importancia a nuestro juicio de hoy, esto de los gases produjo en todo el mundo una oleada de indignación, y, como represalia, se empezó a llamar «boches» a los alemanes. Hasta en España, que entonces era un país que sólo se preocupaba de los toros y las mujeres hermosas, se hicieron comentarios. Los germanófilos decían: ¡Qué tíos! Y los anglofilos: ¡Qué bárbaros!

El pobre François fué una de las víctimas de esta genialidad germánica, y en un estado lamentable fué trasladado al hospital de Saint Maurice.

V

El hospital de Saint Maurice estaba situado en las naves de una fábrica de muebles que había sido habilitada para el caso. Sobre él se extendía una gama de olores nada recomendables; la resina y el yodo eran los que más destacaban. El desventurado François, con los pulmones casi destrozados y con aquellos aromas, se sentía cada vez peor.

Un día, al despertar de una de sus crisis, como un hada de los cuentos para niños, se encontró al borde de su cama a su musa, nada menos que a Odette. Su figura estaba realzada por el uniforme de enfermera que le daba un aire de hermana de la caridad. Se confundieron en un setrecho abrazo y lloraron de alegría. La escena fué tan conmovedora, que un soldado que convalencia de una amputación de pierna, socialista contumaz y matarife de profesión, pidió a gritos un sacerdote para confesarse.

Los días que siguieron a este encuentro fueron de una felicidad imposible de describir. François, con la presencia de Odette, se sentía cada vez mejor. A los pocos días ya pudo levantarse, y apoyado en Odette recorría los alrededores del hospital.

François comentaba:

—¡Qué paz, qué tranquilidad! Parece que no estamos en guerra.

Le había quedado un ruido de órgano en el pecho cada vez que respiraba y Odette a veces no se podía contener y se reía a carcajadas.

—Pareces un fuelle descompuesto, hijo—le decía.

A François le dolían estas cosas porque se daba cuenta que más que de héroe tenía aspecto de pobre hombre y tenía por su amor, pero luego se sentaba con Odette bajo un roble y se le olvidaba todo.

Por fin, a Odette se le acabó su permiso y regresó al Hospital Central de París, donde estaba destinada. Esta vez se cambiaron los papeles: François es quedó y Odette partió en una ambulancia. Previamente se juraron amor eterno y hasta se imaginaron en un cuartito de una calle tranquila con muchos niños. En prenda de esta promesa, Odette le entregó una estampa de Santa Guadalupe y François una caja de polvos. Y así, con su aspecto de enfermo, con su manta a cuadros sobre los hombros y agitando el quepis, le vió Odette por última vez, sin saberlo, al bordear la ambulancia la curva de la carretera porque François murió meses después en la defensa del Oise, cuando apenas restablecido le dieron el alta y con ella su nuevo destino.



VI

Ya hacía tiempo que los aliados (Francia e Inglaterra entre otros) volvían sus ojos esperanzados hacia América, porque se rumoreaba que los chicos del Tío Sam iban a entrar en guerra, con lo que se daría la puntilla —en términos tácticos— a los Imperios Centrales.

Y, efectivamente, un día desembarcaron, sanos y fuertes, los muchachos de Virginia, Tejas y Oklahoma, que todavía no eran famosos a causa de que la M. G. M. y la Paramount eran todavía desconocidas. Se les recibió entusiásticamente con gritos de «les américains, les américains». Y ellos, todos rubios, gordos y refulgentes bajo sus sombreros cónicos y de alas anchas, se lanzaron a la nueva aventura de la guerra mundial número uno.

Odette, que sabía algo de inglés, porque había trabajado en una agencia de la casa Ford, acudió también a recibirlos y quedó profundamente impresionada por el mayor Rogers. El mayor Rogers, bajo un nombre complicado, prestaba sus servicios en lo que los ejércitos europeos llaman Ir-tendencia. Personalmente era un muchacho muy alto, simpático y servicial. Era uno de los alumnos más aventajados de la Universidad de John-estonw y, por tanto, jugaba estupendamente al rugby y besaba a las chicas deportivamente, sin la menor malicia.

Odette, más que de su figura, quedó prendada de los pasteles de manzana que hacía él mismo los jueves. Porque ya entonces, a causa de la guerra, la alimentación en Europa dejaba mucho que desear. No vamos a decir que Odette fué infiel a su primer amor, pero, si no sólo de pan vive el hombre, es decir, que si en el hombre se supone siempre ante todo tener asegurado el pan, ¿qué decir de la mujer? Y Odette sucumbió. Al principio tenía sus remordimientos, pero después los vapores del pastel de manzana la olvidaban de todo. Además, si el mayor Rogers no hablaba nunca de la primavera, ni conocía ninguna poesía, había que reconocer que con su delantallito blanco y ante el fogón de gas, hacía olvidar a los más cumplidos caballeros de la Tabla Redonda.

Odette, por influencia del mayor, dejó el hospital central y pasó a ser su secretaria y enlaza con el Mando francés. Sus progresos en el inglés fueron notables, aunque, claro, sus conocimientos de nada le servían para los lacónicos oficios de la correspondencia militar; pero vivía mejor que nunca, engordó varios kilos y el mayor

la tuvo que enseñar a hacer gimnasia todos los días para no perder sus atractivos.

Casi todas las tardes iban a merendar a alguno de los pocos cabarets que aún permanecían abiertos. Se aburrían mucho, pues las cupletistas eran todas coroneles del servicio de espionaje alemán y, aunque trataban de divertir a la gente, se notaba a la legua su formación prusiana. El mayor Rogers se echaba al bolsillo una lata de carne y con el té aguado del cabaret, lo pasaban estupidamente. Un día sin darse cuenta, entraron en el local donde Odette conoció a François, hacia ya tanto tiempo. Sin poderlo remediar, los recuerdos se avivaron y Odette rompió a llorar amargamente. El mayor, muy solícito, le limpió las lágrimas y le preguntó la causa de su pena. Odette no pudo contenerse y, jugándose muchos pasteles de mazana del futuro, comenzó:

—Aquí conocí a un hombre...

—Bueno, ¿y qué? Ahora me quieres a mí. Lo pasado, pasado—respondió el mayor—. Los celos son una pasión absurda que sólo la sufren los árabes y los toreros españoles.

Odette, en la soledad de su habitación, comencé una carta dirigida a François pidiéndole perdón. Pero las latas de carne vacías acumuladas en la papelera, la hicieron volver a la realidad: rompió la carta en pedacitos muy pequeños, pensando que a lo mejor François estaba ya con una joven rural de cofia almidonada, y se entregó al descanso. Eran las diez y veinte.

V II

François, ajeno a todas estas tragedias, vivía una nueva vida en el sector del Oise. Había ascendido a teniente y era todo un veterano. Ya no tenía manías de hacer la guerra por lo antiguo y jugaba a las cartas con la pericia de un mosquetero.

Estaba terminando el período que la Historia ha llamado «guerra de trincheras» y que preanunciaba una fase de grandes ofensivas. La vida de François, entonces, se reducía a estar dando telefechos al Estado Mayor desde varios metros de profundidad. Se había familiarizado tanto con los proyectiles, que los conocía perfectamente por la manera de silbar y por su estallido característico. Cuando se estaba afeitando le decía a su asistente:

—Ahí va el «Krupp» del quince y medio, modelo 1916, de las ocho quince; lleva algo de retraso.

O bien:

—Ese «Berta» del 12 modelo 1E23 lleva la espoleta mal ajustada.

El asistente le admiraba mucho por estas cosas. Era un bretón que rezaba el rosario y cazaba las ratas con una habilidad extraordinaria. Por esta razón François también le quería mucho. En aquellas fechas las penurias del Ejército francés llegaron al máximo y la gente comía lo que podía. Por este motivo, la rata llegó a ser un manjar exquisito, y el que era un cazador de ratas afortunado tenía muchas ventajas. Al asistente de François se lo quisieron llevar varios generales, ofreciéndole incluso rebajarle de todo servicio, pero él era un muchacho sentimental y nunca quiso abandonar a François.

El bretón, no sólo cazaba ratas, sino que las guisaba maravillosamente. Las hacía «avec pommes de terre», a la «Grignolard», a la «Grand Duchesse»... A este respecto, el general Boucheron, hombre de gustos delicados, que se casó más tarde con una princesa rusa, en sus Memorias dice que la habilidad de algunos soldados en el guiso de la rata era tan extraordinaria, que a él le recordaba siempre el pollo con arroz que daban en la Academia los domingos, en su época de cadete.

A pesar de estas frivolidades, la guerra era la guerra y una madrugada, la del 16 de diciembre de 1917, François, su asistente y dos oficiales más murieron a consecuencia de la explosión de un obús, cuando jugaban su última partida de póker, antes de irse a dormir. Entre la tierra y los escombros, la mano agarrada de François sostenía cuatro ases. ¡Qué mala suerte!

Sus compañeros no tuvieron necesidad de enterrarlos y se limitaron a poner cuatro cruces con sus nombres.

Así murió François el héroe de esta historia, un día cualquiera, uno de ésos que el parte dice: «sin novedades dignas de mención». A título póstumo le ascendieron a capitán y le dieron la Legión de Honor, pero al pobre François ya le daba todo igual; ni siquiera llegó a saber que su Odet-

te, la mujer adorada, le fué infiel por un pastel de manzana. Ahora no es más que una cruz con un nombre medio borrado, entre todas las demás.

V III

Odette se enteró de la muerte de François un día que tomaba un aperitivo con el mayor Rogers. Lo vió en la página de un periódico que tenía un camarero. En un recuadro negro venía su nombre, entre los demás de la lista oficial de muertos en campaña: «Teniente François, de la Rechevette. Oise, 16 de diciembre de 1917.» De la impresión lanzó íntegro por la nariz el ponche que acababa de tomarse sobre la pechera del mayor Rogers, y se derrumbó en el suelo como una muñeca rota.

Cuando recuperó el conocimiento, se encontró al mayor, que sonreía con un whisky en la mano y una botella de hielo en la cabeza.

—Querida—murmuró—¿cómo te encuentras?

—¡Qué horror! ¡Qué horror!—Exclamó Odette con voz débil, igual que Sarah Bernhardt en el teatro, pero sin cobrar los francos que ella, en momentos dramáticos pareciera.

Le rogó a Rogers que la dejara sola y unas horas después se dirigió al Estado Mayor para que le confirmaran la fatal nueva.

En el Estado Mayor no había nadie porque era sábado por la tarde. Odette se indignó con el sargento de guardia y le lanzó un discurso patriótico:

—¿Es que los alemanes no bombardean los sábados por la tarde, o los domingos, incluso el 14 de agosto, que es el aniversario de la República?

El sargento no se irritó porque había oído a muchos generales en sus discursos, pero, como Odette era monilla—según hemos indicado en los comienzos de esta triste historia—, sacó una llave de un cajón y, después de abrir un armario donde ponía «SECRETO» en grandes caracteres, le entregó la relación oficial de muertos y desaparecidos. Odette, al fin, con lágrimas en los ojos, se convenció de que François estaba más muerto que el mismísimo Napoleón Bonaparte.

El sargento trató de consolarla diciéndole que a la semana siguiente libraría, pero Odette, presa de una crisis nerviosa, se alejó sin darle las gracias.

Como los días de mala suerte, cuando se tiene organizada una excursión, empezó a llover. Odette, llena de remordimientos, caminaba por las calles de París sin darse cuenta de nada. Sin saber cómo, calada hasta las vértebras, se encontró frente al Sena. Su deber de mujer romántica era suicidarse, mas un estornudo inoportuno la hizo entrar en razón y huyó de las aguas negras del río. La vieja Europa había perdido su primer tanto. Si Odette se hubiera suicidado, su nombre hubiera sido cantado por los poetas y hubiera lavado sus faltas, pero la influencia americana había obrado en su subconsciente y ella había acudido a la llamada del pastel de manzana, de los «perrcs calientes», de las «tortitas con nata». Comenzaba la era de la cafetería y del «American Bar», mientras los cafés con violines o con «media», como dicen los ya aludidos escritores acostumbrados, se batían en retirada.

IX

La guerra, que parecía no tener fin, como todo lo de esta vida, acabó por terminarse. La cosa se veía venir. Los alemanes, por unas cosas o por otras, se vieron en guerra con todo el mundo y, a pesar de su genio bélico, capitularon sin condiciones en un vagón de ferrocarril.

La gente, como es lógico, se alegró muchísimo de este final—la gente del bando aliado, se entiende—, y se celebró como siempre, a base de cantos patrióticos y vino de la tierra. Los políticos tomaron medidas para que aquella fuera la última guerra. En vista de ello, auguraron una nueva era en la que sólo tendrían cabida la Paz y el Progreso, así, con mayúscula. Y, efectivamente, como todos sabemos, las cosas han ido igual, salvo ligeras modificaciones.

Entre las diferentes solemnidades, no podía faltar un desfile. Se hizo tomando parte en él todos los beligerantes que habían obtenido la Victoria, entre los que se encontraba los compañeros de François, los bravos muchachos del 17. Casi todos eran nuevos, pues los de la época de François habían seguido su camino más tarde o más temprano. Por eso su bandera pasó llena de corbatines y de medallas colectivas, entre los aplausos del público.



Odette que presenciaba la parada en tribuna preferente del brazo del mayor Rogers, no pudo evitar una furtiva lágrima cuando vió el enorme 17 dorado en los cuellos de los que habían sido camaradas de François.

Cuando terminó el desfile, todo se quedó vacío, con las sillas caídas como muertos. Odette se acordó otra vez de François, de sus versos, de su apasionado amor. El mayor Rogers, entretanto, le leía las últimas estadísticas de la carne consumida por el Ejército norteamericano durante la guerra. Les esperaba el banquete del alcalde de París.

X

Después que pasaron los primeros días de paz, las aguas volvieron a su cauce, y ya con tranquilidad Odette reflexionó sobre su situación. Era inminente que de un momento a otro el mayor Rogers regresaría a los Estados Unidos: la guerra había terminado. El mayor le había dicho a Odette que se casaría con ella en el momento que arreglara sus asuntos en Chicago, donde le habían reservado su puesto como ingeniero especializado en cerveza negra. Pero Odette desconfiaba. «Siempre que hay agua por medio, mal asunto»—decía—. Odette le sugirió que les podría casar el coronel de su regimiento, a lo que él le hizo ver que su madre era del «Ejército de Salvación» y tenía que conseguir antes su consentimiento, ya que ella era católica y extranjera.

Odette apreció una vez más la diferencia entre Rogers y François. Este hombre es una máquina de calcular—pensó—. Cualquiera en su caso, se hubiera lanzado al matrimonio sin pensar en más, como hace todo el mundo; pero él no: la religión, la nacionalidad, la mamá. ¡Pues sí! Se imaginó lo que sería su vida al lado de él, un inmenso y continuo «sandwich»: salmos, pastel de manzana, salmos, pastel de manzana, salmos... El porvenir no era de color de rosa, pero, como entonces, igual que ahora, lo peor era quedarse soltera, Odette siguió su vida como si no pasara nada.

Y llegó el día de la marcha. El Havre estaba lleno de gente. El prefecto el ministro de la Guerra y el general jefe del Cuerpo Expedicionario Americano se dieron la mano sucesivamente, mientras, una vez más, sonaban los acordes de «La Marsellesa» y se intercambiaron medallas entre las autoridades.

Mientras tanto, Odette ponía unas flores en la mesilla del camarote del mayor Rogers.

La sirena del barco sonó y se dieron el último beso. A Odette le quedó un sabor a menta, producido por el chicle—que el mayor, como buen americano, consumía en cantidades industriales—, ha-

ciéndole el efecto de haber besado al director del Jardín Botánico, de tan herbórea como se encontraba. Pero, mujer al fin, lloró desde el puerto mientras el barco se iba alejando.

En el tren, mientras regresaba a París, Odette recorría imaginativamente la película de su vida durante la guerra: total, cuatro años, de 1914 a 1918, y parecía tan largo. Era una película muda, como el cine de entonces, con el protagonista muerto. La película terminó no con un «happy end», sino con un letrero: PARIS. Descendió de su vagón y se dirigió a la calle. Estaba otra vez sola.

XI

La vida en París ya se ha normalizado. Odette trabaja otra vez en la Casa Ford y tiene un pisito de dos habitaciones en la rue Pepinoire, con ventanas al tejado. Hay mucha escalera, pero Odette es joven y lo resiste. Lo que no resiste son las evasivas del mayor Rogers. Han pasado seis meses desde que se fué y en sus cartas no hace más que dar largas a la boda. Odette está triste, languidece, hasta que, por fin, recibe el mazazo final: una carta. «¡Voilà!»

«Mi querida Odette:

Siento causarte este disgusto, pero no dudo que con tus encantos encontrarás al hombre trabajador y honrado que te mereces.

Me caso mañana con la hija del presidente del Consejo de Administración de «Cervezas Johnson & Co.». Me lo han puesto como condición para introducir mis nuevos métodos de producción en serie, con lo que nuestras fábricas producirán más cerveza que ninguno de nuestros competidores.

Tú serás siempre para mí «un joli souvenir de la France». Que tengas suerte y ya sabes no te olvida

George J. ROGERS,

Director de Cervezas Johnson & Co.»

Aunque Odette se esperaba un final parecido, en estos casos la realidad siempre supera a la imaginación. Por eso la infeliz, desesperada, se dió al ajenjo y fué resbalando, resbalando... hasta que un día la hallaron muerta en su cuarto, con un gato negro entre las piernas. De la deliciosa Odette de los años de la Gran Guerra no quedaba nada. Era un cadáver verdoso, repugnante y fétido que yacía entre botellas vacías.

En el suelo, pintado con tiza, se leía: «François.» Después de esto, yo he pensado, lector amable: ¡Cuán bellas eran las pasiones amorosas en aquel tiempo y qué hermosas historias de amor y de guerra se vivían!

Antonio AMOR

¿POR QUE PREOCUPA MAS A LOS PADRES
EL QUE SUS HIJOS INGRESEN EN RELIGION
QUE EL QUE CONTRAIGAN MATRIMONIO?

ENTREVISTA CON EL AUTOR DE "CARTAS A UNA NOVICIA"

«Las ideas en el escrito
nacen biológicamente»

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL
ESTA SATISFECHISIMO DE SU LIBRO



LA ceniza de los cigarros empieza a caer sobre el cenicero en forma de concha. Somos cuatro personas en torno a una pequeña camilla familiar, y la voz de Francisco Javier Martín Abril, llana y simpática, es fácil para la entrevista. Desde el primer instante, hundidos como estamos en nuestros sillones confortabilísimos, mientras perseguimos con el dedo índice las líneas tortuosas de los arabescos de terciopelo en el brazo de nuestro mullido asiento, los tres periodistas sabemos que esta vez la entrevista marchará casi sola, sin esfuerzo apenas por nuestra parte. No en vano nuestro entrevistado es un gran periodista. Por eso el diálogo con él no resulta forzado en absoluto.

Cuatro pitillos, unas copas de coñac y las primeras noticias biográficas: la licenciatura en Derecho, los catorce libros publicados por Francisco Javier Martín Abril, los 6.000 artículos escritos durante su ya larga carrera periodística, el Premio «Mariano de Cavia» concedido en 1941... de todo esto vamos hablando en pri-

Francisco Javier Martín Abril, director artístico de Radio Valladolid, ha publicado hasta ahora catorce libros y 6.000 artículos. En 1941 le fué concedido el Premio «Mariano de Cavia» por sus trabajos periodísticos

mer lugar, como introducción con el director artístico de Radio Valladolid. Aunque de lo que de verdad hemos venido a charlar es de su última publicación «Cartas a una novicia», aparecidas primeramente en «Ya», y firmadas con el seudónimo de Juan.

Martín Abril, delgado, nervioso, es rápido, muy rápido en sus contestaciones. Intuye lo que queremos decir aun antes de que hayamos completado o matizado la pregunta: la experiencia del oficio. De su noble oficio. Que es el nuestro.

MARGARITA ROSEL.—¿Cómo nació la idea de las «Cartas»?

M. ABRIL.—Las ideas en el escritor nacen biológicamente. En este caso la causa biológica del libro fué la marcha de mi hija mayor al convento.

LA HIJA MONJA

Evoca el escritor un veraneo de hace algunos años. En El Espinar. La hija que entraba y salía de casa con sus alegres diecinueve años, que planeaba en aquel momento un viaje a Londres. Así, de pronto, no parecía que aquella muchacha hubiese de vestirse en tan poco tiempo un hábito religioso.

M. ABRIL.—Era muy alegre.



Arriba: Martín Abril durante la entrevista con nuestros redactores. Abajo, el autor de «Cartas a una novicia» en su biblioteca

hijos siempre cerca de nosotros.
MARIA DEL CARMELO.—¿Qué impresión le causaría si su hija volviera?
M. ABRIL.—Tendríamos una pequeña y ramplona alegría. Pero para ella sería un problema terrible.

«PEDRO» Y «JUAN»

De la cartera del escritor surgen fotografías familiares. El escritor tiene, además de la hija religiosa, otros cinco hijos: una chica y cuatro chicos. El se apresura en seguida a mostrarnos a la mayor, a su «novicia».

ARAMBURU.—¿Cree que está totalmente abarcado en su libro el problema de la elección de estado de la hija?
M. ABRIL.—Sí.

ARAMBURU.—¿Totalmente?
M. ABRIL.—Absolutamente.
M. ROSEL.—La carta de «Pedro» o Nicolás González Ruiz que se incluye junto a las otras cartas, las cartas de «Juan», y que trata precisamente el problema de la elección de estado de las hijas, ¿en qué línea considera usted que está?
M. ABRIL.—Está en la línea humana mía.

MARIA DEL CARMELO.—Y en un sentido figurado, ¿no cree usted que la madre superiora pisa más fuerte que el tentempié al que se refiere «Pedro»?
M. ABRIL.—Es posible. Y, sin embargo...

No termina la frase. Sus manos nerviosas hacen gestos en el aire. Vuelve la fotos, que han estado viajando de mano en mano, a la cartera.
M. ROSEL.—¿Ha leído su hija las «Cartas»?
M. ABRIL.—Desde luego. Y le han gustado mucho.

ARAMBURU.—¿Y qué opina del libro?
M. ABRIL.—A pesar de que le gusta sigue insistiendo en que somos unos sentimentales y unos cursis.

MARIA DEL CARMELO.—¿Ha desaparecido en la monja la hija deportiva?
M. ABRIL.—No creo. Yo supliqué a la madre maestra que no hiciese desaparecer la personalidad de la hija...

«CARTAS A UNA NOVICIA», NIÑO MIMADO

El cenicero comienza a desbordar. Tememos un poco por el pañito de crochet que cubre la mesa, ahora invadida de tazas y copas. Francisco Javier, Martín Abril no parece cansado en absoluto de nuestro troteo, y en vista de eso cada cual consume rápidamente su turno de preguntas. Entre la luz queda de las lámparas y el verde de los terciopelos, bien hundido en su sillón, el entrevistado resulta un paciente perfecto. O un perfecto paciente. Nos cuenta ahora la enorme correspondencia suscitada por «Cartas a una novicia».

M. ABRIL.—Vengo escribiendo desde el año 29, pero ha sido en esta ocasión cuando más ha respondido el público.

M. ROSEL.—¿Piensa que esto es porque ha acertado en el espíritu que preside el problema?
M. ABRIL.—Creo que sí.

MARIA DEL CARMELO.—En-

Cerebral. No era, desde luego, mujer de su casa. Prefería dibujar, tocar el piano y el armonium. El piano lo estudió con Cubiles, y en alguna ocasión dijo éste: «Tiene usted pianista»

La estancia se llena del recuerdo de la joven novicia traída de la mano por la palabra del padre. Todos, todos queremos saber a la vez cosas de ella, y como ya hemos preguntado que cómo era, agotamos ahora, un poco sin orden ni concierto, todas las posibilidades de preguntas en torno a la novicia. Margarita Rosel encabeza la serie.

M. ROSEL.—¿Cuánto tiempo hace que ingresó en el convento?
M. ABRIL.—Hace dos años que la llevamos su madre y yo.

Entra Aramburu en la rueda.
J. ARAMBURU.—¿Qué clases de lecturas prefería su hija?
M. ABRIL.—La novela fina, siempre que tuviera calidad.

Y María del Carmelo quiere saber ahora si «ella» es monja de clausura. Pero, no. No lo es. Vamos ahondando más y más en el terreno de las impresiones sufridas por el padre, que, pasadas por el tamiz del escritor, han producido las «Cartas a una novicia». Nos relata Martín Abril el momento en el cual su hija entró en su despacho para notificarle su decisión.

—Ya les he dicho... Tenía planeado un viaje a Londres. «Suspende el viaje a Londres», fue lo primero que dijo. Luego me explicó el resto.
M. CARMELO.—¿Cuál fué su reacción?
M. ABRIL.—Sinceramente..., me dolía. Luego me hice a la idea. Soy fervoroso creyente.

J. ARAMBURU.—¿Cuál fué su mayor impresión desde el momento en que su hija le manifestó su propósito hasta su ingreso en el convento?
M. ABRIL.—La salida de mi hija de casa, mejor dicho, del hotel en que nos hospedábamos; el verla desaparecer en el convento y al poco tiempo contemplarla ya con los hábitos de novicia, fué algo que nos impresionó a su madre y a mí extraordinariamente.

M. ROSEL.—¿Por qué cree usted que preocupa más a los padres el que sus hijos ingresen en religión que el que contraigan matrimonio?
M. ABRIL.—En el matrimonio los padres pensamos siempre en la posibilidad de la vuelta. La vocación religiosa es para nosotros un poco muerte. En general se ha tratado poco este tema de las vocaciones religiosas. Las familias somos bastante incomprensivas y quisiéramos tener los

tonces, ¿está usted satisfecho de su libro?

M. ABRIL.—Satisfechísimo. Es mi niño mimado y así lo ha entendido también el público. Son muchos los padres que me han escrito diciéndome que en sus hogares tienen el mismo problema. Se identifican ellos con «Juan».

ARAMBURU.—¿Éxito comercial?

M. ABRIL.—La primera edición se ha vendido en unos días.

MARIA DEL CARMELO.—¿Ha vuelto a leer el libro después de editado?

M. ABRIL.—Por excepción, sí. Iba ya en el tren y al llegar a una estación del viaje, El Espinar, puedo decirles que me emocioné yo mismo.

M. ROSEL.—¿Acostumbra a leer lo que escribe a algún familiar?

M. ABRIL.—Mi mujer es un verdadero frontón para mis cosas. Y casi nunca se equivoca.

«CANTO MUCHO EL HOGAR Y NO ESTOY NUNCA EN CASA»

Hemos venido a dar en el tema del hogar. Martín Abril, extraordinario conversador, hombre de una gran expresividad, conoce todos los matices del diálogo. Personalmente posee una ironía dulce, una ironía casi poética, como la que existe en muchos de sus escritos. Ahora, cuando María del Carmelo le pregunta si se considera a sí mismo un hombre de hogar, él se expraya a gusto.

M. ABRIL.—Verá usted... Mi mujer dice que canto mucho el hogar, pero que no estoy nunca en casa.

Continúa tras un gesto que nos hace reír.

M. ABRIL.—Sí. La emoción del hogar está siempre presente en mis artículos. Pero es un hogar literario. En realidad se está poco con los chicos.

De ellos nos habla ahora. Nos los describe un poco por encima. La vida de ellos, sus caracteres, sus reacciones. Es difícil ser padre.

ARAMBURU.—¿Hablan con frecuencia de la hija ausente?

M. ABRIL.—Sí. Y está más presente que los demás.

M. ROSEL.—¿Cree usted que el hecho de que su hija sea en la actualidad religiosa le beneficia como padre para conocerla mejor?

M. ABRIL.—Sí. Con ella se puede hablar más de persona a persona. Si hubiese seguido en casa ocurriría como con los otros: que apenas intercambiamos ideas.

Pregunta tras pregunta, el padre de familia asoma por encima del escritor. Martín Abril se opone tajantemente al sistema de educación «a la antigua».

M. ABRIL.—A los hijos se les debe inculcar el sentido de la responsabilidad. Hacerles sentirse personas conscientes desde muy jóvenes. El antiguo sistema de llevar a los hijos siempre de la mano está demostrado que da resultados catastróficos.

ARAMBURU.—¿Es mejor la juventud de hoy?

M. ABRIL.—Mejor, porque mira ciertas cosas con más naturalidad.

MARIA DEL CARMELO.—¿Quizá porque es más sincera?

M. ABRIL.—Quizá.

MARIA DEL CARMELO.—¿Sobre todo la mujer?

M. ABRIL.—Sí. Y también el hombre.

UN HOMBRE CON DOS NOCHES: LA DE LA SIESTA Y LA OTRA

La vida de Francisco Javier Martín Abril es en la actualidad muy sencilla. El nos la cuenta poniendo en cada dato un jovial tonillo. Y para terminar de contentar nuestra curiosidad nos cita el horario de cada día mirando hacia el techo. ¿A ver? Levantarse temprano, ir a misa, escribir...; a las doce y media, emisora. Luego, «impepinablemente» —es su expresión—, siesta. Leer en la cama. Trabajar en casa hasta las siete y media, y vuelta a la redacción.

—Después de esa hora, a veces juego al billar. En realidad, apenas me queda tiempo. Tengo mi diaria charla radiofónica a las diez y media. A las once, ceno.

M. ROSEL.—¿Qué se considera más: poeta, escritor o periodista?

M. ABRIL.—Poeta. La esclavitud del periódico es mucha para los francotiradores.

MARIA DEL CARMELO.—¿Qué piensa que debe ser el periodismo?

M. ABRIL.—En el periodismo se debe volver a lo auténticamente literario.

Extiende algo más sus explicaciones.

—No creo en las técnicas. Creo en el hombre: «YO» con mis problemas y mis cosas. Son las pequeñas cosas de cada día las que preocupan a las gentes. La tarde, el paseo, el diálogo...

MARIA DEL CARMELO.—¿No está pasado el periodismo del «yo»?

M. ABRIL.—No, en absoluto. A eso se debió el éxito de Azorín en sus crónicas desde París. Eso no pasa.

M. ROSEL.—¿Por qué?

M. ABRIL.—Porque el yo es el problema fundamental de la Humanidad aquí y en Nueva York. El hombre nace, vive, se enamora y teme morir. Es de esto de lo que quiere oír hablar.

ARAMBURU.—¿Qué considera necesario?

M. ABRIL.—Hallar el «pondus». Literatismo... ¡bah!

ARAMBURU.—¿Qué es lo que usted llama «literatismo»?

M. ABRIL.—Algo artificial que no es literatura y de lo que estamos saciados.

ARAMBURU.—¿Cabe, en cambio, lo que podríamos llamar «literatura de servicio»?

M. ABRIL.—Sí. Ahí tiene usted a Malarme...

M. ROSEL.—¿A qué cree usted que se debe la decadencia del género epistolar?

M. ABRIL.—A que ya no se escriben cartas.

EL ENFERMO DE APRENSION

Hace mucho que ha caído la tarde y hace mucho también que hemos conseguido llenar la habitación de humo. Insensiblemente la entrevista entra en su última etapa. Margarita Rosel quiere sa-

ber qué es lo que más le gusta hacer a Martín Abril.

—Lo que más me gusta... Le diré... Lo que más me gusta, cada día más, es la conversación. De la Universidad lo que recuerdo con más cariño son los pasillos y los ratos de conversación transcurridos en ellos. Dialogar es muy importante. La gente del pueblo, sobre todo, dice unas cosas maravillosas... Yo tenía un joven profesor que nos venía siempre a hablar de cosas raras. Ahora, al cabo del tiempo, yo pienso: «Pero ¡qué cosas tan buenas nos decía este hombre!» Y es que en la vida de un hombre el fluir de la vida misma le enseña más que los libros. La vida de un hombre podía ser limitarse a conocer un libro muy bien conocido.

MARIA DEL CARMELO.—¿Cómo es usted?

M. ABRIL.—¿Que cómo soy yo? Entre otras cosas, aprensivo. Siempre estoy rodeado de frascos y drogas. No suelo estar malo sino de vez en cuando. O, si quiere usted mejor, estoy un poco malo siempre.

Martín Abril nada a sus anchas aguas arriba de la ironía. Pero todos estamos muy serios, y Aramburu hasta adquiere un cierto tono lúgubre al seguir preguntando:

ARAMBURU.—¿Qué clase de enfermedades se imagina tener?

M. ABRIL.—Las más graves, porque además siempre hay tiempo para ir rebajando. Yo padezco todas las enfermedades de mis amigos. He pasado el cáncer y la angina de pecho. Mi maletín de viaje va siempre lleno de los frascos correspondientes. Cuando alguien me saluda con la frase de ritual: «¿Cómo está usted?» Yo tengo que decir: «Pues, hombre, mire usted, bien, lo que se dice bien...», bien, y usted? Lo primero es que el animal esté bien. El asnillo, que decía San Francisco.

Y luego María del Carmelo, con cara muy triste:

MARIA DEL CARMELO.—Pero ¿existe alguna dolencia que le visita a usted con maligna frecuencia?

M. ABRIL.—La jaqueca. A la jaqueca le tengo un especial cariño. Y casi me gusta la jaqueca. Cuando uno conoce a la enfermedad llega a hacerse amigo de ella, y ya se la lleva como un perrito. Ya sabe uno que ahora hay que tomar la píldorita rosa, y luego unas gotas del frasquito tal...

MARIA DEL CARMELO.—¿Qué pasa después de la píldorita rosa y de las gotas?

M. ABRIL.—Que me siento renovado. Que escribo maravillosamente bien. Y que al día siguiente comienzo mi monótona jornada con nuevas ganas de vivir.

El eterno «enfermo» se ha hundido más en su sillón. Es muy tarde. Creo que a todos nos acomete un poco la sospecha de que quizá sea la hora de las píldoritas rosa y de las gotas del frasquito tal...

—Señor Martín Abril...

—¿Se van?

Y empezamos a despedirnos?

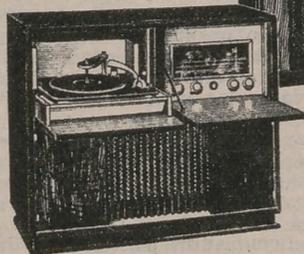
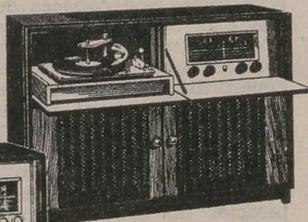


Renovarse es vivir mejor.
 (Un consejo PHILIPS-RADIO 1955)

Se le devolverá íntegramente el importe que pagó por su viejo PHILIPS para que pueda "RENOVARSE" disfrutando una de estas modernísimas realizaciones 1955



El encanto de la música a la medida de sus deseos



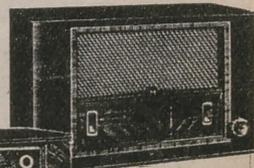
Diríjase al Distribuidor Philips más cercano, quien le informará ampliamente.



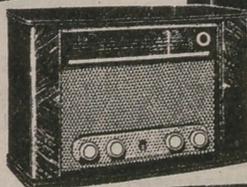
Sorprendente sensibilidad y selectividad por su "ensanche infinito" y "paso en alta frecuencia"



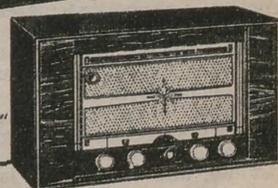
¡Siempre con usted!



El aparato de lujo para el hogar medio



Recorra el mundo con este receptor



tiempos buenos... vida buena...

Gran Campaña RENOVIACION PHILIPS 1955

EL LIBRO QUE ES
MENERSTER LEER

HOMBRES, MOTIVOS Y DINERO

Por **Albert LAUTERBACH**

DESDE hace muchos años la economía como tal ciencia es objeto de numerosas revisiones, y la gran importancia que se le da a esta rama del saber, obliga a que se la depure y se la limpie de conceptos que entorpecieron en épocas recientes una científica comprensión de sus problemas. El marxismo ha sido quizá una de las doctrinas que más ha dañado a la ciencia económica, al convertirla, por obra de su fundador, en una especie de panacea universal, que resolvía todas las cuestiones espirituales y materiales del hombre, reduciéndolas a un común denominador tan falso como aparentemente fácil de comprensión.

El profesor Albert Lauterbach, catedrático de Economía del Sarah Lawrence College, realiza en el libro que hoy nos ocupa, «Man, motives and money», una importantísima contribución a esta claración y limpieza de la ciencia económica. Lauterbach está ya, podemos decir, en el polo opuesto del marxismo y lejos de reducir todo a condiciones materiales, cree que la razón esencial del propio proceso económico no es, ya en el aján de lucro, sino una serie de factores psicológicos y sociológicos, cuya comprensión no es total si no se recurre al auxilio de la psicología.

Lauterbach (Albert) **MAN, MOTIVES, AND MONEY**. Psychological Frontiers of Economics. Cornell University Press, Ithaca, Nueva York 1954.

LO PSICOLOGICO EN LA ECONOMIA

ESENCIALMENTE el proceso económico representa un género específico del manifestarse de la mente humana seguido por las correspondientes acciones de individuos o grupos, con referencia principal a propósitos materiales. Cualquier interpretación del proceso económico como pura técnica manipulación de fríos recursos inanimados yerra, y las ideas que de esto resultan tienen muy poca consistencia en la realidad social. Lo mismo puede decirse de cualquier concepto que considere a los procesos económicos como el cumplimiento de leyes objetivas de carácter lógico e incluso trascendente, ante las cuales la conducta humana se encuentra inexorablemente sometida por fuerzas exteriores.

El objeto de este libro es llevar principalmente la atención del lector sobre el proceso psíquico que determina, subyace o acompaña de manera importante todo el acontecer de la vida económica. En particular se esfuerza por mostrar la complejidad, variabilidad y elasticidad de los motivos que guían las acciones y las decisiones económicas de nuestra época; la relatividad cultural, social e histórica de tales motivos y la cambiante efectividad de diversos y posibles incentivos para la eficacia y la productividad, de acuerdo con la variable valoración y definición de los propios conceptos de eficacia y productividad.

EL ESPAÑOL.—Pág. 48

Man,
Motives,
AND
Money

Psychological Frontiers of Economics

BY ALBERT LAUTERBACH

El sistema de valores dominante en la cultura norteamericana en los primeros años de este siglo presunía que el motivo del lucro, o más ampliamente, la búsqueda de la recompensa material pecuniaria, era la necesaria y decisiva y casi exclusiva fuerza que alentaba la eficacia productora. Uno de los principales propósitos de nuestro estudio es dar claras pruebas de que no es justo el buscar bases inmutables, estrechas y rígidas para las motivaciones de la eficacia productora. Ciertos incentivos que hoy no sirven completamente, y otros que ni siquiera se conocen, pueden ganar en importancia en un próximo futuro.

Los principales problemas o tipos de problemas con los que nos enfrentamos en esta obra son los siguientes:

1. ¿Hasta qué punto la conducta comercial en nuestra actual sociedad sigue las reglas de la decisión económica que presupone el análisis científico de esta ciencia? O dicho de otro modo, ¿qué factores no económicos influyen en esta conducta y subyacen en las motivaciones?

2. Suponiendo que la inestabilidad económica, intencionada o no, es una consecuencia de la economía comercial privada, ¿hasta qué punto y de qué modo tal inestabilidad impide a los individuos y a los grupos de actuar económicamente? ¿Hasta qué punto la inestabilidad económica, de persistir, intensifica o disminuye diversas relaciones institucionales, tales como la intervención extensiva gubernamental, y de qué modo las reformas económicas son capaces de reducir las causas sociales de la inseguridad personal?

3. ¿Hasta qué extensión tal esperanza es legítima cuando la reforma económica presupone un género diferente de ser humano del que hemos conocido hasta ahora, especialmente en los países democráticos de Occidente?

La psicología no puede, naturalmente, reemplazar a la economía como un método de entendimiento del proceso material de la sociedad. Tal aspiración por parte de las disciplinas psicológicas produciría un extravío de las ciencias sociales. Pero la economía no puede negar el derecho a la psicología de explorar todo lo referente a la personalidad, a la percepción, a los procesos inconscientes y a la comunicación. En resumen: hay que llegar a una reconstrucción de la economía, tan seriamente necesitada de esta tarea, en la que se integren todos los conocimientos psicológicos. Utilizando éstos continuamente en la exploración de los procesos económicos se podrán averiguar los modelos dominantes de personalidad y las actitudes, motivos y conductas de cualquier necesidad histórica. Consideraciones semejantes, naturalmente, deben de hacerse en otros terrenos, con el fin de integrar dentro de la investigación económica todo lo que a ésta le puede dar la antropología, la sociología, la ciencia política y la econometría.

MENTALIDAD COMERCIAL EN EUROPA Y AMERICA

Actualmente la actividad comercial norteamericana representa en diversos aspectos un modelo específico que no tiene igual en otros países. Resulta innecesario detallar aquí las raíces social-históricas de estas diferencias: la calidad de los

inmigrantes, las influencias puritanas, el espíritu de los colonos, el «melting-pot», los espacios extensos, la frontera, los recursos naturales la protección y el aislamiento por dos Océanos; y en la otra parte del Atlántico, el legado del feudalismo, el absolutismo, las restricciones gremiales, las estrechas fronteras nacionales, las agobiantes hostilidades centenarias entre poblaciones, la diversidad cultural, la escasez y mala distribución de las tierras productoras y otros muchos recursos, las consecuencias del colonialismo, etc.

¿Qué es exactamente un hombre de negocios en América? Con el fin de evitar desorientadoras generalizaciones es necesario distinguir cuidadosamente entre los diversos tipos de actividades económicas que se compendian con el término negocios. Hay que tener en cuenta, en lo posible por lo menos, que las motivaciones y los modelos de conducta varían considerablemente de acuerdo con el tipo de Compañía, con la clase de actividad y con la posición de los individuos. El número total de firmas comerciales en actividad en el territorio continental de los Estados Unidos era en 1952 de 4.043.500, un millón más que en 1944. La distribución total de estas firmas era la siguiente: Minería y cantería, 34.000; construcción, 396.000; manufactureros, 304.000; transportes, comunicaciones y utilidades públicas, 215.000; comercio al por mayor, 211.000; comercio al por menor, 1.633.000; finanzas y seguros, 357.000; industrias de servicios, 863.000.

Es decir que el mayor número de unidades comerciales existe en el comercio al por menor y en las firmas de servicios y construcción. En resumen, una proporción desconocida, pero considerable de personas clasificadas normalmente como comerciantes, negocia en cambiar diversas mercancías y la línea que divide entre este comercio pequeño y el del por mayor no está claramente delimitada.

Es completamente posible que diversos grupos que hoy están parcial o totalmente asociados con los negocios actúen en ellos por motivos muy diferentes y que, por lo tanto, no se los pueda englobar a todos en una misma categoría. Tal apreciación conviene en su mayor grado a diversos grupos limítrofes. Uno de éstos consiste en los miembros de profesiones académicas, tales como médicos, físicos e ingenieros. Aunque estas profesiones abren amplios caminos para el lucro comercial, mucho más en los Estados Unidos que en Europa, su conducta se mueve por un código especial de motivos. Otro grupo consiste en los comerciantes temporales: trabajadores o maestros que utilizan su tiempo en actividades comerciales tales como menesteres mecánicos, eléctricos, carpinteros, agrícolas, viajantes, de comercio.

LA PERSONALIDAD Y LA ACTIVIDAD COMERCIAL

Frente a la primera pregunta que planteábamos en nuestra introducción respondemos ahora lo que sigue: lejos de existir un universal y uniforme impulso por el máximo lucro, la motivación subyacente de la actividad comercial representa un complejo y una estructura variante de diversos factores financieros, institucionales, culturales y personales. Lejos de representar a este respecto unos rasgos de la naturaleza humana, la mentalidad comercial de la América contemporánea está completamente limitada por los fenómenos geográficos e históricos que la delimitan estrictamente.

La actividad comercial se desenvuelve hoy en una amplia escala que va desde los grandes directores de las enormes corporaciones hasta los propietarios de pequeños comercios. Las actitudes, motivos y modelos de conducta varían de acuerdo con los requerimientos de la personalidad. Aunque el lucro es usualmente el incentivo más inmediato y consciente para la actividad comercial, no es necesariamente el último factor determinante de tal actividad en el sentido psicológico. Los rasgos específicos de la personalidad, tales como el origen familiar y las enseñanzas primeras, son más que accidentes, factores decisivos que determinan la futura actividad comercial y que presuponen un éxito o un fracaso en determinadas condiciones económicas. Estos rasgos están condicionados por la situación cultural y socioeconómica del país en que se trata. Vanderbilt y Morgan podrían haber pasado desconocidos o fracasado si hubiesen nacido en otro país, o cincuenta años antes o más tarde

en Norteamérica. Específicamente las actitudes personales, la urgencia creadora, la agresividad o las necesidades de aceptación, transformadas en capacidad de venta, pueden llevar al éxito comercial en una Sociedad en un período y al fracaso en otro.

El código de la actividad comercial ha cambiado históricamente, y esto muy particularmente en los Estados Unidos. A pesar de lo mucho que se ha dicho sobre estos hechos sociales por parte de los defensores y de los críticos, la actual motivación de la actividad comercial ha cambiado considerablemente y también es mejor comprendida. La identificación de la actividad comercial con un impulso directo por el lucro inmediato puede disminuir en el futuro, sin que esto traiga consigo una reducción de la eficacia económica si se logra también que otros motivos continúen ejerciendo su influencia.

PARADOJAS DE LA INESTABILIDAD E INSEGURIDAD ECONÓMICAS

Existen indicios convincentes de que la inestabilidad social económica condiciona actitudes y conductas en la actividad comercial. Esta hipótesis descansa sobre fuertes fundamentos, pero no puede probarse fácilmente de una manera irrefutable.

El período de industrialización, competición y rivalidad de mercados, la expansión financiera y el desarrollo corporativo se han caracterizado por desastrosas depresiones, guerras mundiales e inflaciones. Los métodos modernos de producción y distribución han ocasionado una mayor población mundial, y las posibilidades tecnológicas, un mejor nivel de vida. En Estados Unidos y en algunas otras zonas más, estos métodos han logrado mejorar la situación de la sociedad considerablemente. Incluso en los países más prósperos, no obstante, los sentimientos de seguridad han sido considerablemente acompañados por perturbaciones económicas. La mayor parte de las gentes que ahora viven se han desarrollado en un ambiente inestable aun en sus épocas de buen vivir.

El proceso de competencia, los ciclos comerciales, la amenaza del paro, los saltos de la deflación a la inflación y viceversa, la escasez de viviendas, el problema cada vez mayor de los grupos de personas ancianas, los efectos socioeconómicos de las innovaciones científicas y técnicas y el impacto de las industrias bélicas, muy anterior al estallido de las hostilidades militares, se han combinado para producir unas condiciones generales de inestabilidad en la sociedad, especialmente en los asuntos económicos.

La atmósfera de confianza que la producción y el mercado modernos requieren para alcanzar una completa eficacia, está constantemente perturbada por la inestabilidad del proceso básico económico. Esta perturbación puede tener lugar de una manera directa y consciente o puede manifestarse bajo la superficie de la personalidad. Varía en sus formas de acuerdo con los grupos sociales.

LA INSEGURIDAD PERSONAL: EL SUICIDIO Y LAS NEUROSIS

La frecuencia de inseguridades personales es un hecho constante, a pesar de que resulta a menudo muy difícil localizarlas o seguir su curso. Las más conspicuas formas o manifestaciones de estas inseguridades son las neurosis, algunas perturbaciones psicósomáticas, los suicidios, algunos tipos de alcoholismo, la intoxicación por drogas, el crimen, los accidentes, las perturbaciones familiares, incluyendo el divorcio y, por último, la atracción hacia ciertas panaceas presentadas por agitadores de mentes totalitarias.

Los psicoanalistas consideran el suicidio, en general, como una manifestación de una personalidad neurótica o también a causas de desorden mental. Si estudiamos las estadísticas referentes a aquellos que se quitan la vida, es indudable que encontraremos entre éstos muchos cuyo motivo hay que buscarlo en la inseguridad personal. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado en esta cuestión. La última respuesta en esta cuestión depende siempre de la orientación filosófica de los suicidas. Existen, sin embargo, indicios y una clara correlación entre las perturbaciones económicas objetivas, tales como las depresiones, y el número de los suicidas.

Entre una mitad y dos terceras partes de todos

los suicidios de los Estados Unidos ocurren después de la edad de cuarenta y cinco años. Una serie de expertos ha llegado a las siguientes conclusiones: «Las estadísticas de suicidas muestran una mayor variación de los buenos tiempos a los malos entre los hombres que han pasado de los cuarenta y cinco años que entre los jóvenes; las mujeres son mucho menos afectadas que los hombres por los cambios económicos. A grandes rasgos parece haber una general tendencia a menos suicidios en los tiempos de prosperidad comercial».

Los conflictos valorativos entre los requerimientos de la competencia y la rivalidad económica y los códigos éticos y religiosos contribuyen grandemente a la inseguridad personal. Este tema puede verse en la frecuencia de actitudes ambivalentes hacia el dinero, actitudes que se caracterizan por la glorificación y por el sentimiento de la culpabilidad al mismo tiempo.

Una relación muy estrecha entre la inestabilidad económica y social y la inseguridad personal está demostrada por impresionantes, aunque dispersos e incompletos datos. La inestabilidad socioeconómica tiende a alimentar una vasta motivación de las inseguridades personales, ya de una manera directa o a través de sus últimos efectos sobre la formación de la personalidad.

LAS REFORMAS ECONOMICAS Y LA MENTE HUMANA

Durante el pasado la reforma económica se asociaba principalmente con cambios institucionales. Nuestras investigaciones sobre la relación existente entre la inestabilidad y la inseguridad nos han indicado que existe una acción integradora sobre las instituciones existentes y que se requiere una actitud conformista dominante si se quiere lograr cualquier reforma eficaz y duradera.

La actitud de cualquier individuo hacia determinadas instituciones económicas y hacia cualquier alternativa en la situación de éstas constituye una parte de su ideología general, reflejando a su vez en esta última los rasgos esenciales de su personalidad. En cualquier época las incidencias de los tipos de personalidades específicas, y con ello las ideologías y las ideas económicas son fuertemente influenciadas por los grupos culturales y sociales. En nuestros días la diferencia decisiva en las actitudes sociales y económicas se descubre por el dominio de los rasgos totalitarios o democráticos en los tipos existentes de personalidad.

Si un individuo es básicamente conservador, reformista o indiferente, depende de su grado de independencia o de conformidad en relación con la ideología dominante en su círculo familiar durante su niñez y en sus ambientes culturales. En nuestra sociedad, tales actitudes básicas se dirigen hacia ideas económicas, a causa de la posición central que mantiene el hecho económico en nuestros tiempos.

Las ideas económicas de una persona representan una parte del sistema de querencias que refleja su total personalidad. Cuando se enfrentan ideas económicas distintas, rara vez el conflicto se mantiene exclusivamente sobre un terreno intelectual. Corrientemente lleva consigo fuerzas emocionales, y son estos caracteres sentimentales de los argumentos económicos los que se marcan bajo las aparentes formas conscientes y se mezclan en cualquier discusión.

Entre las personas cuyo sistema de creencias y en cuyas actitudes básicas existe una tendencia favorable a un extenso cambio económico, hay una decisiva diferencia entre ellas, ya que en unas se alimenta la orientación productora y en otras la destructora; es decir, la inclinación a la reforma o la revuelta. Las actitudes genuinamente reformistas se destacan por los concretos y serios objetivos que se proponen; la actitud hacia la revuelta, por otra parte, es básicamente, aunque a menudo lo sea inconscientemente, dirigida contra todos y contra todo.

En los movimientos sindicales ambos tipos de actitudes básicas han sido descubiertos, y en los conflictos entre las organizaciones laborales de varios países, especialmente en los de Europa, se ha reflejado considerablemente esa diferencia de actitud que radica entre la reforma y la revuelta. En ambos casos es cierto que las citadas organizaciones han atizado el sentimiento de los obreros en el sentido de una reforma económica.

Generalmente, cualquier género de cambio económico debe basarse sobre el conocimiento de los valores dominantes, sobre los modelos de percepción y el proceso de motivaciones, con el fin de lograr el éxito. Esto se aplica principalmente a un gran número de programas económicos de nuestra época relativos a países poco desarrollados. También debe tenerse en cuenta en otros terrenos de la ayuda internacional. Ninguna prescripción sobre el desarrollo económico es aplicable a cualquier grupo de culturas o población, y las mayores mejoras técnicas pueden ser más malas que buenas si no son acompañadas por una acción comprensiva de los modelos de motivos y actitudes.

CONCLUSION: PSICOLOGIA ECONOMICA

¿Qué se deduce de todas estas investigaciones? Nadie piense que quiero hacer una teoría general de la psicología económica. Las aspiraciones intelectuales de este libro son mucho menos ambiciosas. Pero a pesar de las limitaciones metodológicas que le ha impuesto, es un deber hacer algunas conclusiones y sugerencias sobre las tareas esenciales de una economía psicológica. El principio fundamental de ésta sería que los seres humanos no funcionan de manera diferente en sus papeles económicos más que cuando se encuentran en situaciones vitales distintas. Sus acciones económicas bajo condiciones objetivas se guían por los impulsos generales del hombre, complementados por rasgos específicos de sus propias personalidades. Las incidencias de estos tipos en unas sociedades dadas se relacionan con los modelos de percepción y de valores, con el proceso educativo y con las instituciones económicas de cualquier sociedad. El aislamiento analítico de la conducta económica puede ser útil solamente en tanto que no olvida los rasgos psicodinámicos del hombre y evite generalizaciones históricas y culturales.

En las sociedades occidentales se ha supuesto que en la conducta comercial de las gentes, la búsqueda del lucro regular constituye una exacta aproximación a la convencional racionalidad de los postulados de la teoría económica. Tales presunciones aparecen ahora sumamente dudosas a la luz de las pruebas psicológicas. Cualquiera persona del mundo contemporáneo económico, el gran director, el jefe de corporación, el granjero, el trabajador, el dirigente sindical, el consumidor, el hombre que invierte, el ahorrador se muestran como figuras extremadamente complejas, cuyas actitudes, motivos y conducta varían de cultura a cultura, de sociedad a sociedad, de período a período y de individuo a individuo.

Cualquiera de los grupos citados está profundamente afectado, aunque no necesariamente del mismo modo, por la inestabilidad socioeconómica que caracteriza a nuestro período y por la gran incidencia de inseguridad personal que éste trae consigo. Las reacciones de los grupos y de los individuos a una situación dada económica están grandemente influenciadas por los factores subyacentes de la inestabilidad económica y de la inseguridad personal, y no simplemente por las consideraciones de lucro o de ganancia financiera, aunque estas últimas aparentemente se muestran de una manera mucho más consciente.

Son necesarias numerosas investigaciones para especificar las reformas económicas que son adecuadas psicológicamente a las diversas poblaciones que las necesitan. Se requieren muchos más estudios para llevar a cabo decisiones políticas y reformas del futuro, cuyas bases serán muy firmes si se asientan sobre un análisis psioeconómico. En cualquier zona de investigación el análisis económico debe utilizar continuamente métodos psicológicos y buscar la formación de tipos y personalidades sobre modelos de percepción y sobre el terreno en que actúan. Todo esto requiere un gran trabajo y un nuevo examen de la investigación económica que ha prevalecido en las últimas décadas. Pero la integración de la economía con la psicología y ciencias relacionadas tendrá valiosas consecuencias. Ayudará a que la economía sea una disciplina más real y más útil socialmente que lo ha sido en el pasado. Aumentará grandemente la contribución de la economía para el entendimiento del hombre y su sociedad, cosa que interesa para la continua mejora de la condición de ambos.

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

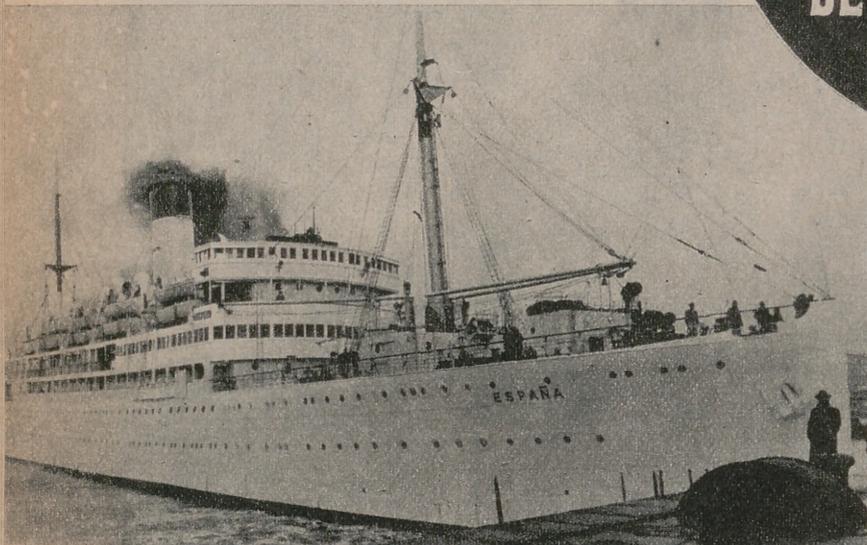
LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA



**TAMBIEN SOLICITAN MAESTROS,
FLORICULTORES Y TECNICOS EN
LA CONSTRUCCION DE CARRETERAS**

**EMIGRANTES EN
BUSCA DE CAMPOS
POR ESTRENAR**

**DOS MIL
AGRICULTORES
ESPAÑOLES PUEBLAN Y
CULTIVAN LAS TIERRAS
DE LA REPUBLICA
DOMINICANA**



Arriba: Grupo de agricultores de Burgos, preparados para embarcar hacia Santo Domingo.—Abajo: El «España», barco que recoge en Valencia a los emigrantes

**LA AVENTURA DE ESTOS HOMBRES
SE ASIENTA EN EL TRABAJO
HONRADO DE SUS BRAZOS Y
EN LA PROTECCION Y AMPARO
DE UN GOBIERNO QUE LOS
LLAMA PARA EL ENGRANDE-
CIMIENTO DE SU PATRIA**

DENTRO de unos días, sobre el próximo 10 de mayo, probablemente, 800 emigrantes españoles embarcarán en el puerto de Valencia con rumbo a la República Dominicana. Son, en su mayoría hombres del campo, agricultores, hombres de las tierras de Burgos, de La Coruña, de Valencia, de Santa Cruz de Tenerife, de Las Palmas. Cincuenta maestros nacionales completarán esta expedición hacia la isla de Santo Domingo.

Por estos días en el puerto de la capital levantina reina una gran animación. En sus aguas fondea un gigantesco barco blanco que todavía no ha cumplido un año de su botadura. Un barco casi recién construido, con amplios y lujosos camarotes, que ondea en sus astas dos banderas, y en su costado, con letras negras, se lee: «España». Cuatrocientos cincuenta burgaleses, valencianos y gallegos esperan la



El puerto de Ciudad Trujillo

hora de salida. Son todos hombres jóvenes, solteros, hechos a las faenas de la tierra, en visperas de una gran aventura. Pero

una aventura a la que se le ha despojado de toda inseguridad, de todo posible infortunio, de cualquier temor a la inclemencia de

un porvenir oscuro. La aventura de estos hombres se asienta en el trabajo honrado de sus brazos y en la protección y amparo de un Gobierno que los llama para el engrandecimiento de su Patria con el cultivo de unas tierras vastas y fértiles que rendirán a esos brazos el mil por uno.

La primera escala será en Santa Cruz de Tenerife. Allí esperan 350 agricultores canarios, que se sumarán a la expedición. Son peritos en los cultivos del tomate y del plátano, de productos tropicales, que en los campos de Baoba del Piñal, en San Rafael, en Vista Linda, en Ochoa o en las tierras de Samaná o en la colonia de Julia Molina crecerán, multiplicándose como las tomateras de Tenerife o el platanar de Las Palmas.

Con esta expedición de emigrantes se aproximan ya a dos mil los agricultores españoles que pueblan y cultivan las tierras de la República Dominicana. No hace apenas cinco meses que el mismo barco zarpaba del mismo puerto llevando a bordo setecientas cincuenta y seis familias españolas. En su mayoría eran entonces arroceros valencianos que hoy esperan ya las primeras cosechas de sus arrozales en las tierras de Payita o en las huertas de San Rafael, un pueblo nuevo para españoles que se levanta en la fértil comarca de Baoba del Piñal.

NOCHEBUENA EN ALTA MAR

Corren los primeros días del mes de septiembre de 1954. El generalísimo de la República Dominicana, don Rafael Leónidas Trujillo, ha girado una visita larga y detenida por los extensos campos de la isla. Muchos de ellos, fértiles y prometedores, están todavía vírgenes, no conocen la mano del hombre. Hacen falta brazos que sepan recoger lo mucho que esa tierra sabe y puede dar. La agricultura, el campo, puede convertirse en la primera fuente de riqueza del país.

En un informe técnico y detallado, el generalísimo Trujillo acaba de encontrar la solución que engrandezca y agigante la economía nacional de su República. Organizará levas de inmigraciones que pueblen los campos, que cultiven tierras abandonadas. Y, al pensar en los pueblos que podrían hacer su aportación de trabajo, ha encontrado uno capaz de llenar todas las exigencias. Un pueblo al que se darán todas las facilidades, unos trabajadores a quienes se firmará un contrato generoso y paternal. Trujillo ha pensado sólo en España. Y, pensando en España, en su amistad sincera y reconocida para con el Jefe del Estado español, sin reparar en los trabajos y dificultades que habría que vencer para llevar a cabo la empresa, redacta el preámbulo que encabezará los contratos de trabajo de los futuros emigrantes españoles: «...el Gobierno Dominicano, siguiendo las pautas que le han sido trazadas por el Excelentísimo Generalísimo Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y ex Presidente de la República, ha decidido, generosamente, acep-



tar en su territorio a personas de nacionalidad española, sanas y vigorosas, laboriosas y de buenas costumbres, que estén dispuestas a radicarse permanentemente en su territorio, y aptas para dedicarse en él exclusivamente a la agricultura, cumpliendo los preceptos de la doctrina y moral católicas, y respetando las leyes de la República Dominicana».

El primer paso ya se había dado. Ahora habría que salir al paso de algunas dificultades. Y la primera, naturalmente, consistía en la carencia de un barco acondicionado. No existía en Santo Domingo un barco que reuniese las meticulosas exigencias que en generalísimo Trujillo pretendía para los emigrantes españoles.

Un mes después, todo estaba resuelto. De los astilleros de una capital alemana, de Bremen, salía fletado, con oficialidad y tripulación dominicanas, un trasatlántico construido con los últimos adelantos de la técnica y todas las exigencias del confort y de comodidad para los pasajeros. El barco salía de Bremen con rumbo al puerto de Valencia.

Por decisión personal de Trujillo, el trasatlántico se bautizaría con este nombre: «España».

El día 23 de diciembre de 1954 el «España» fondeaba en aguas de Valencia. Las maniobras de embarco se hacen con toda rapidez. Y en la tarde del 24, los setecientos cincuenta y seis emigrantes españoles saludaban con sus pañuelos blancos a familiares y amigos, que desde el puerto ven al trasatlántico perderse como un puntito negro en el horizonte.

Arroceros de Albal, de Catarroja, de Sollana, labradores de Silla y de Almusafes, de Picasent, de Beniparrell y Sedavi celebran esta Nochebuena de 1954 cantando villancicos en los amplios salones del barco «España» que, haciendo escala en Santa Cruz de Tenerife, ha torcido con rumbo a la isla de Santo Domingo.

LOS CAMPOS POR ESTRENA

Doce días dura la travesía. A las primeras horas del 7 de enero del nuevo año el «España» paraba máquinas, izaba sus banderas y, profusamente iluminado, atra-

caba en el puerto de Ciudad Trujillo. Durante el viaje los valencianos habían confeccionado gigantescas pancartas con vitores a Franco y a Trujillo, a España y a la República Dominicana.

La ciudad se ha desbordado para recibir a los emigrantes. Ministros del Gobierno y autoridades esperan la llegada de los trabajadores españoles. En el mismo momento en que los viajeros comienzan a descender a tierra, el generalísimo Trujillo hace acto de presencia en el puerto. El quiere saludar y estrechar la mano de todos. En su nombre y en nombre de todos los dominicanos da la bienvenida a quienes acaban de llegar. Tiene palabras de gratitud, de cariño, de firmes promesas para estos hombres que desde hoy trabajarán unidos por el continuo resurgimiento de su país.

Desde el puerto de Ciudad Trujillo una caravana de dominicanos y españoles recorren las principales avenidas y calles que conducen a la Catedral Primada de América. Allí se entona un tédum solemne en acción de gracias por la feliz travesía. Todos están contentos. El recibimiento que la ciudad les ha brindado, y la presencia y las palabras de la más alta autoridad del país, han llenado de alegría a estos hombres sencillos que ya sólo esperan comenzar sus jornadas, familiarizarse con la tierra nueva, hacer sus siembras y aguardar, con la misma impaciencia de siempre, las próximas cosechas.

De la catedral otra vez vuelven a ocupar sus camarotes en el barco. Aquí permanecerán hasta el día siguiente. Un corto viaje, y el «España» traslada a todos los emigrantes al puerto Sánchez. Este era el lugar destinado para la distribución. Las tierras de destino quedan sólo a unos kilómetros.

En los doce días de la travesía los emigrantes españoles aumentaron de número. Todavía el barco no había levantado anclas del puerto de España cuando una mujer de uno de los pueblos valencianos daba a luz a un niño en el mismo camarote que se le había asignado al matrimonio. La oficialidad, la tripulación y todos los compañeros de viaje festejan el nacimiento y hay felicitaciones y regalos para los padres. Pero este alumbramiento no había de ser el último en la corta travesía. Todavía llegaría a Ciudad Trujillo un emigrante más joven, que nace en alta mar pocos días antes de arribar al puerto.

En la capilla del Palacio Nacional, el mismo día de llegada, reciben el bautismo estos dos niños españoles. El generalísimo Trujillo y el Presidente de la República les apadrinan. Por deseo expreso de los padres los recién bautizados toman los nombres de Rafael Leónidas y de Héctor Bienvenido. Dos españoles con los nombres más ilustres de la República Dominicana. Después de la ceremonia religiosa un agasajo a los padres y la entrega por el generalísimo Trujillo de 300 dólares a cada uno. Al mismo tiempo se abría una cartilla de ahorro a nombre de los ahijados con 1.000 dólares. Hasta que estos pequeños cumplan veinte años, la

cantidad se irá doblando al conmemorar la fecha en que fueron bautizados.

Una de las cláusulas del contrato que une a estos trabajadores con las nuevas tierras dice textualmente: «El Gobierno Dominicano mantendrá al emigrante hasta que éste recoja su primera cosecha.» Cuando los valencianos salieron del puerto de Sánchez camino de sus colonias, y se asentaron en sus nuevas casas de la comarca de Baoba del Piñal, o de Julia Molina, o de Samaná el departamento de Agricultura se hizo cargo del suministro diario a los inmigrantes. Antes se había hecho la distribución de viviendas. Casas con cuatro habitaciones. Si la familia es numerosa tampoco hay problema. Se asigna al trabajador una doble vivienda. Con ella van todos los enseres necesarios: ropas, muebles y objetos de cocina. Después vendría la roturación de tierras. Cincuenta tareas como mínimo y 500 a quien se comprometa a cultivarlas.

Más de 250.000 tareas de tierra comprende el área destinada a los inmigrantes españoles de las que unas 7.000 han quedado ya sembradas de maíz.

Dentro de unos días, los valencianos comenzarán: la primera recolección de cacao. Es el cacao la semilla que da tres cosechas al año. Maíz, cacahuete, patatas, tomates, verduras y hortalizas, el café, el azúcar, el algodón y el tabaco son los principales cultivos que entretienen la jornada de estos hombres que en el campo y en sus faenas encuentran su recompensa y su esperanza.

Muchos de estos labradores además de las faenas diarias del campo, encuentran todavía horas para sus distracciones o deportes favoritos. El valenciano Vicente Fuentes, que trabaja en las tierras de Payita, es una de las escopetas más celebradas en la caza de guineas y cuervos. Enrique Magraner, paisano de Vicente, es también un excelente tirador al vuelo.

ENTRE AGRICULTORES, UN FABRICANTE DE COÑAC

Don Manuel Fernández Cámara es el delegado personal del generalísimo Trujillo para la emigración española. El ha recorrido uno por uno todos los pueblos españoles de los que han salido o saldrán emigrantes para la República de Santo Domingo. Los ocho pueblos que componían la primera expedición los visitó con todo detenimiento.

Cuando ya hubo cumplido su misión, cuando ya estaban recogidos los informes y casi preparadas las listas de embarque se presentó en el hotel un chico valenciano. Es hijo de un agricultor de Albal, un pueblecito de Valencia. En Albal su padre, además de unas tierras, tiene una fábrica de licres. Roque Gimeno Alverola, que este es el nombre del joven, expone al delegado sus deseos de incorporarse a la expedición. Le habla de un proyecto de fabricación de licres y la creación de nuevas marcas en Santo Domingo. Y el 24 de diciembre del pasado año, junto a sus paisanos emprende también la marcha.

A los diez días de su llegada, el generalísimo Trujillo concede una entrevista especial al joven de Albal. La entrevista ha sido larga. El generalísimo ha examinado personalmente el proyecto que Roque Gimeno ha explicado con todo detalle. El fruto de la entrevista no ha podido ser más consolador para el joven. Al día siguiente, Roque emprendía un viaje en avión hacia España para adquirir aquí todo el material necesario para la implantación de una fábrica de licres en las cercanías de Ciudad Trujillo.

San Cristóbal es una provincia moderna, nacida bajo los auspicios personales de Trujillo. Allí está la finca «Fundación», donde el generalísimo pasa sus días de descanso. La pista Jorge Washington, en una extensión de 15 kilómetros, une a San Cristóbal con Ciudad Trujillo. Es la provincia más bella de toda la República. Y aquí, en San Cristóbal, se está ultimando en estos días la construcción de esa fábrica de licres que hace unos meses sólo existía en el pensamiento y en el proyecto del valenciano de Albal.

Roque Gimeno se encuentra ahora en España. Está comprando, con un presupuesto especial y personal de Trujillo, clases distintas de cristales para botellas y otros materiales para la fabricación de sus productos.

Desde ahora en adelante el coñac no faltará en Santo Domingo. Pero un coñac de marca nacional.

Cuando Roque Gimeno Alverola emprenda su viaje de regreso a Santo Domingo llevará consigo un cargamento de cristal, de esencias de licor de nuevas fórmulas y... algo más, porque el nuevo fabricante de coñac ha venido también a casarse con una chica de su pueblo, de Albal.

MAESTROS NACIONALES Y FLORICULTORES

Un grupo de técnicos en la construcción de carreteras y cincuenta maestros nacionales se suma en estos días a la expedición de labradores que está a punto de salir de España.

En Constanza, una colonia que queda al Norte de la isla, están surgiendo de la noche a la mañana largas barriadas de casas nuevas, recién construidas, donde no se regatea el cemento. Son viviendas al estilo de los antiguos «ranchos» pero que encierran todo el confort y agrado de la moderna construcción. A estas vastas llanuras de Constanza van estos agricultores especializados.

Un extenso camino-carretera de más de 70 kilómetros une los diversos núcleos de población y predios de cultivo de los inmigrantes, facilitando el rápido transporte de los frutos. Una de estas carreteras, todavía en construcción y a la que irán a trabajar técnicos españoles unirá el futuro pueblo de San Rafael con el distrito de Río San Juan, zona de gran producción agrícola y ganadera, donde se dice que «ceban los cerdos con leche», debido a que ésta no se industrializa por no tener salida a los mercados. Otras nuevas vías de comunicación ligan los puntos más productivos de esta zona con Los

Chirivicos y Patrana, nombrados por la feracidad de sus tierras. Nuevos mercados se abrirán así a estas regiones, hasta hoy no explotadas por la ausencia total de la mano de obra.

Algemés es uno de los pueblos de Valencia que más emigrantes ha aportado a esta expedición. Víctor Aliño y Leandro Andrés Mesaguer son dos jóvenes de veintisiete años que, en las tierras de Constanza, seguirán sembrando el arroz con la misma maestría y la misma esperanza que hasta ahora lo hacían en los arrozales de su pueblo. De los cien agricultores valencianos que el próximo día 10 de mayo saldrán con rumbo a Santo Domingo, muchos son especialistas en floricultura en las plantaciones de claveles, de rosas de geránios, de jazmines, de alielis y de toda esta múltiple flora que puebla los jardines y huertas levantinos. Salvador Arqués, con sus cuarenta años ya cumplidos, y José Ferrer, que no llega a los treinta, son dos peritos de la floricultura, como José Ajado Sales técnico en la arboricultura. Los tres están ya listos para embarcar.

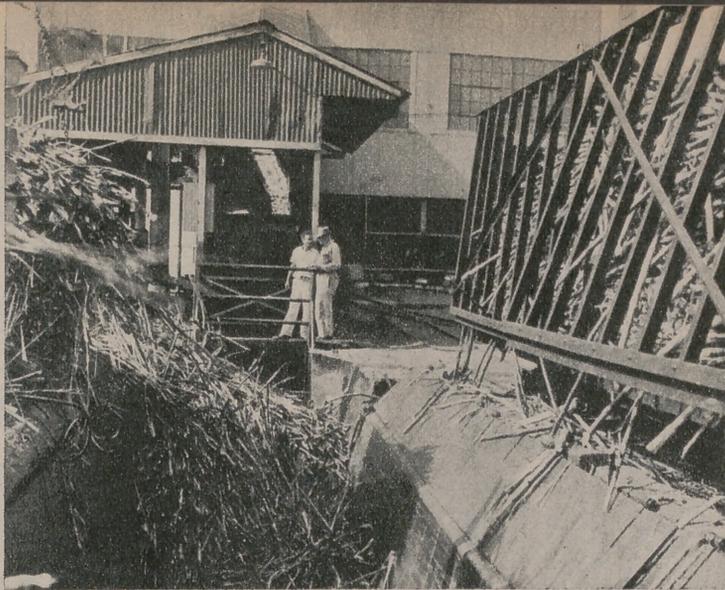
Doscientos noventa y seis pertenecen a Burgos y a Galicia. Son hombres de La Coruña, de Cambra, de Belorado, de Palacios de la Sierra, de Vilviestre del Pinar o de Castrillo de la Reina. A las tierras dominicanas, estos agricultores castellanos y gallegos van dedicados, con preferencia, para la plantación y cultivo de árboles frutales.

Cuando el barco «España» toque en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, subirán a bordo 350 labradores canarios. Plataneros de Las Palmas, de Tenerife de San Nicolás o de Arucas, como Rafael Araújo o Manuel Falcón Suárez, a quienes nada les queda por aprender en la siembra del plátano o del tomate.

Los maestros nacionales que forman parte de la expedición proceden de muchas provincias españolas. La llegada a la República Dominicana de un grupo de maestros españoles de Primera Enseñanza, revela el interés de este Gobierno por los problemas de la cultura. En Santo Domingo se está llevando a cabo en estos días la mayor campaña de alfabetismo que se ha conocido en la isla. Con esta medida se pretende, al mismo tiempo, incorporar a la vida cultural del país el sistema educativo de España. Los maestros son casi todos hombres jóvenes formados en las distintas Normales de las capitales españolas. En Burgos, de donde salen nueve maestros; en Madrid, como José Beliz Domingo; en Navarra, como Alfonso Ucar Galar; en Barcelona, como Rogelio Izquierdo, o en Valladolid, como Eduardo Carvajal Merino.

LA FERIA DE LA PAZ

En un departamento de la Embajada de Santo Domingo en Madrid don Manuel Fernández Cámara hace los últimos preparativos del viaje. Del viaje de estos 800 españoles que ya han cerrado sus maletas para zarpar. Son días de ajeteo, de muchas



Una factoría azucarera en Ciudad Trujillo. La caña llega constantemente en vagones de ferrocarril y camiones

visitas, de consultas imprevistas. Don Manuel atiende a todos, y sus palabras sirven de orientación y guía para quienes llegan a última hora.

—¿Cómo ha desarrollado usted estas gestiones para la emigración de estos días?

—He visitado personalmente a los Gobernadores Civiles de las distintas provincias. He tratado y conocido, uno por uno, a todos los emigrantes. Después he ido comunicando a los Alcaldes respectivos la próxima partida hasta ultimar todos los detalles.

—¿Puede decirnos si se dará acogida a otras profesiones en próximas expediciones?

—Fundamentalmente, se seguirá el actual sistema de llevar agricultores de diversas regiones, como se ha hecho hasta ahora; pero es casi seguro que también se amplíe el cupo a otras profesiones técnicas y a facultativos.

—¿Sabe usted qué número de expediciones se efectuarán?

—Esta es la segunda. El generalísimo Trujillo quiere hacer una leva cada tres meses. Allí están muy contentos del rendimiento de los agricultores espa-

ñoles. Por otra parte, creemos que es éste de la perfecta convivencia entre españoles y dominicanos el mejor medio de conseguir un acercamiento total para estos dos pueblos, que, desde siempre, tienen trazados los mismos destinos.

Dentro de unos días, el 16 de mayo, se celebrará en la República Dominicana el vigésimo quinto aniversario de la subida al Poder del generalísimo Trujillo. En la avenida Central de Ciudad Trujillo y en las arterias principales de la capital se alzará la gran Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre. Allí estarán las obras más representativas y los frutos más escogidos de los veinticinco años de un estadista que ha vivido sólo para la paz y el progreso de su pueblo. Allí también estarán, para testimoniar su reconocimiento y gratitud, los dos millares de españoles que hoy cultivan las tierras, o dirigen escuelas, o abren nuevos caminos y carreteras en las tierras fértiles y ubérrimas de la República Dominicana.

Ernesto SALCEDO



Los plátanos y otras frutas constituyen una importante riqueza del país dominicano. En la foto vemos la bodega de un barco cargado

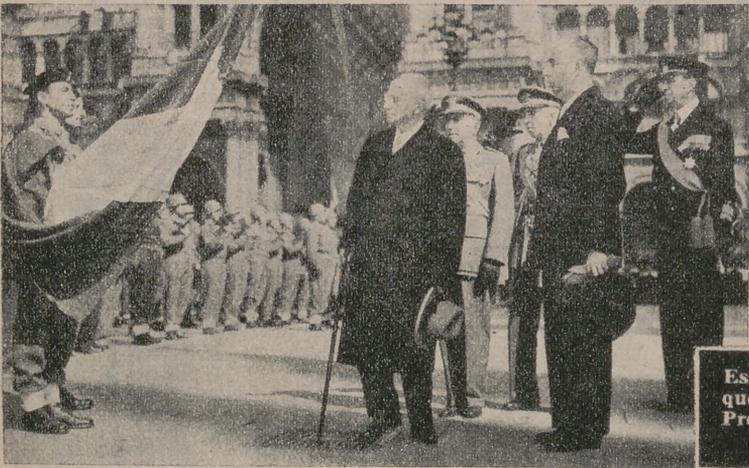


GIOVANNI GRONCHI, NUEVO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ITALIANA

Gronchi, rodeado de dipu-
tados que le felicitan, despu-
s de ser elegido Presidente de
la República italiana.

**LA DEMOCRACIA CRISTIANA DIVIDIDA EN FRACCIONES
CONTRIBUYE AL FRACASO DE SU PROPIO CANDIDATO**

**EL PARLAMENTARIO
ITALIANO, BAJO
PASIONES DE
PARTIDOS POLITI**



**LA HISTORIA
SECRETA DE
LOS CUATRO
ESCRUTINIOS
DECISIVOS**

Este fué el último acto oficial en
que participó Luigi Einaudi como
Presidente de la República italiana.
El 25 de abril en Milán

QUIEN más, quién menos, en ese viejo y sabio corazón de la Roma que va del palacio del Quirinal al palacio Montecitorio, sospechaba que la elección del Presidente de la República italiana sería azarosa. Que iba a dejar al descubierto, en su total desnudez, la división parlamentaria italiana. Pero la gente, curiosa y como de fiesta, se lanzó a la calle.

El día 28 de abril amaneció

Roma bajo un sol de primavera, caldeado y feliz. En algunas esquinas, manos desconocidas recordaban al paseante que precisamente ese día, hace diez años, fué asesinado Mussolini. No sé por qué, las fechas conmemorativas tienen siempre su magia extraña.

A las ocho de la mañana, centenares de curiosos se presentaban en la «piazza» del Parlamento, ante el palacio de Monte-

citorio. En la puerta de entrada, dos altos y fuertes pajes de calzón corto, peluca blanca y traje del setecientos guardaban con la protocolaria maza el acceso.

A esa hora ya se corría de voz en voz la noticia: la ceremonia para la elección del Presidente de la República había comenzado.

Ese mismo día, como todos los del año, el presidente del Senado, Cesare Merzagora, candidato presidencial por el partido demo-

cristiano, se había levantado a las cuatro treinta del amanecer. ¿Para qué? Para terminar de esculpir un busto del maestro Arturo Toscanini. Claro que no es escultor, pero la escultura y la música (cinco de familia y cada uno con un instrumento distinto) forman parte de sus distracciones artísticas en medio de la política.

Desde las ocho, el palacio de Montecitorio estaba lleno. Tan lleno que hubieron de colocarse ciento treinta y cinco sillas más en el hemiciclo. Ochocientos cuarenta y tres parlamentarios, entre senadores, diputados y delegados regionales, se encontraban ya sentados en el hemiciclo. Cada grupo fué sentándose en los escaños que ocupan tradicionalmente los partidos: la derecha, la izquierda y el centro. Un público numeroso, gesticulante, alegre, miraba sorprendido hacia las instalaciones de las cámaras de televisión que iban a retransmitir para varios países europeos el acontecimiento.

Alguien comenzó a levantar, con esa facilidad italiana para el buen humor, una noticia sorprendente y burlona: *los diputados no llevan el habitual traje oscuro de ceremonia porque es poco fotogénico para las cámaras.*

El hecho cierto es que abundaban, con gran mayoría, los trajes grises.

Las tribunas del Cuerpo Diplomático están llenas. El espectáculo ha atraído a todos. No falta ni el representante de Indonesia. La embajadora de los Estados Unidos, señora Luce, tiene a su lado al nuncio apostólico.

Arden en los techos, blancas e iluminadas para favorecer el trabajo de los televisadores, un par de docenas de lámparas, que dan a la sala, aunque el sol caliente las paredes del palacio del siglo XVII, el aire de la Asamblea nocturna.

Los dos rivales principales de la elección, el presidente del Senado Cesare Merzagora, y el presidente de la Cámara, Giovanni Gronchi, están sentados uno cerca del otro. Por oficio, Gronchi está encargado de presidir la jornada, y tocar la campanilla para acallar, si puede, los escándalos. Merzagora, como si nada fuera con él, aparentemente tranquilo, acariciándose las palmas de las manos.

Hacia las diez, minuto más o menos, Giovanni Gronchi declara abierta la sesión. Las palabras rituales llegan hasta los más lejanos lugares: «El orden del día de la presente sesión es el de elegir el Presidente de la República. Votarán, en primer lugar, los senadores; luego, los delegados regionales, y posteriormente, los diputados. Si es necesario, se procederá a un segundo escrutinio...»

Suena, en primer lugar, el nombre del senador Agostino. La urna donde se recogen los votos es verde y oro.

LA ELECCION POR DENTRO

Según la Constitución, para la elección del Presidente de la República es necesario conseguir en una de las tres primeras votaciones una imprescindible mayoría de dos tercios. Es decir, 562 vo-

tos de un total de 843. Pasada sin resultados efectivos la tercera vuelta y entendiéndose que no existe el acuerdo necesario entre los partidos, en la cuarta votación sólo es precisa la mayoría simple: los 422 votos de la mitad más uno.

El partido mayoritario y gobernante es la democracia cristiana (d. c.), que tiene, comprendidos los cinco miembros del partido del pueblo y los siete de los delegados regionales, un total de 382 votos. Le siguen el partido comunista y el partido socialista con 192 y 103 diputados, respectivamente. Siguen los monárquicos, con 45 diputados; republicanos sociales, 37, y socialistas demócratas, 33. Quedan pequeñas unidades parlamentarias a cargo de los liberales, independientes, mixtos y republicanos, que ascienden a unos 60 diputados.

Normalmente, y considerando por encima los cuadros clásicos del movimiento parlamentario italiano, el centro está formado por un conjunto de unos 431 votos; la izquierda, por 308, y un resto aproximado de 100 que pueden considerarse como extrema derecha. Pero ello, lógicamente, como cuadro de aproximaciones, ya que las divisiones internas entre los grupos y las pasiones políticas destruyen los conjuntos.

LA ESTRATEGIA DE FANFANI O EL CUADRO DEL FRACASO

Fanfani, como secretario general de la democracia cristiana, es quien ha dirigido, casi como gran elector, la estrategia democrática durante la elección.

El presidente del Consejo, Scelba, se ha enfrentado en ciertos momentos con Fanfani; pero de los dos es, en líneas generales, la puesta en marcha de una táctica de *compromisos* que les ha llevado a tener que aceptar en última instancia la candidatura que habían rechazado en principio: la de Giovanni Gronchi. Fracaso tan extraordinario requiere un examen completo.

La división interna de la democracia cristiana había llevado a Fanfani a las siguientes conclusiones: no hay que pensar en presentar la candidatura de un democristiano para la Presidencia de la República. ¿Por qué?

Porque, sea quien fuere, será miembro de cualquiera de las facciones democristianas y comprometerá más aún la posición política del partido.

Como resultado de este razonamiento, Amintore Fanfani busca una salida de compromiso: encontrar un democristiano que en la práctica milite en otro grupo. Ese es el caso del presidente del Senado, honorable Cesare Merzagora, que es independiente. Se presenta, por tanto, candidato de la democracia cristiana a Merzagora.

Pero la situación no se aclara. Como los partidos políticos han nacido para los votos, para las elecciones, la división de la democracia cristiana se acentúa. Se forma en torno a Giovanni

Gronchi, jefe de una facción importante de la democracia cristiana, una corriente de opinión favorable. ¿Por qué?

Porque Gronchi está caracterizado como amigo de los socialistas de Nenni, y el ala izquierda de la democracia cristiana, en su política de componenda, no quiere perder el apoyo del centenar de votos socialistas que saben, al fin y a la postre, que llevan tras sí a los comunistas. Tal es la situación. Se da así el caso, extraño y curioso, pero revelador, de cuáles son los verdaderos derrotados de los partidos, de presentar oficialmente la democracia cristiana a un candidato que no es del partido y desposee de esa posibilidad a uno de sus hombres.

En ese oscuro y sinuoso camino, los demás partidos montan con destreza, que les dan hecha los democristianos, su guardia vigilante. Nenni y los socialistas advierten que votarán a Gronchi en la segunda votación. Con ellos, los comunistas. Pero, ¿por qué no en la primera?

EN EL PRIMER «ROUND». LA POLVORA EN SALVAS

La elección comienza con una enorme rapidez. Ya hemos dicho que el primer senador que entrega su voto es Agostino. Detrás de él, los que le siguen en el apellido se van reagrupando rápidamente en el ángulo izquierdo del banco del Gobierno antes de avanzar por el pequeño corredor hasta la urna verdidorada. Cuando baja Laura Díaz, diputado con camisa rosa y un pelo brufido que tiene aire de casco brillante, las cámaras de la televisión ruedan todas al tiempo. La mujer levanta, instintivamente, la cabeza hacia las tribunas. La señora Luce, en la diplomática, sonríe. En la inglesa falta nada menos que el embajador.

Se hacen divertidas apuestas entre los espectadores. Un grupo de periodistas, reloj en mano, cronometra las carreras de los senadores y los diputados. Un grupo de éstos, de diversos partidos, se ríen a carcajadas. La campanilla de Giovanni Gronchi se cansa de llamar sobre el bronce.

Por fin, los periodistas transmiten en voz baja los resultados de la apuesta: «Catorce o quince senadores — dice Monelli — votan en un minuto.» Los que han cro-



Scelba, entre Martino y Mattarella, durante la elección en la que triunfó Gronchi

nometrado a los diputados le dicen: «De quince a dieciséis por minuto.» Ganan los diputados.

Cuando termina la primera vuelta, Giovanni Gronchi, de pie, va leyendo las papeletas. Hay algunas pintorescas, de diputados o senadores, que echan a broma la elección. Que han votado al juez Sepe, encargado del caso Montesi; al representante del Rey en Italia, o a cualquier otra persona imposible. Hay una papeleta con alusiones personales a Merzagora, que la gente ríe encantada. En los escaños, Paciarci cuenta bromas a un grupo de diputados, y se organiza nuevamente la pólvora de los campañillazos. Nadie hace mucho caso. La primera votación es de puro compromiso; ha salido en cabeza, con 308 votos, Parri, jefe de la resistencia italiana, que se ha llevado en bloque todos los votos del ala socialista y comunista. He aquí la respuesta a la pregunta que hacía antes, Comunistas y socialistas dan a sus votos, en esta ocasión, un aire puramente honorífico y de consolación; Parri no contaría nunca con mayoría, pero en el mudo acuerdo de la farsa se le vota ahora para que se retire después. Así lo anuncia. El resto del escrutinio es el siguiente:

Merzagora	228 votos
Einaudi	120 »
Gronchi	30 »
Segni	12 »

La división de la democracia cristiana aparece evidente. Queda ahora por saber si se cumplirá la promesa de Nenni de votar a Gronchi en la segunda edición del «tour». Parri ya se ha retirado bajo el pretexto de que abandona el campo con ánimo de dejar mayor elasticidad a los votantes. Previsto.

SEGUNDO «ROUND»: LA ESTRATEGIA DE LA «NO INTERVENCIÓN»

Mientras se cerraba el efecto de la primera votación se encendían chispazos entre los diputados. La *sinistra* aplaudía. Un diputado del Movimiento Social Italiano se fué hasta allí y lanzó casi un manifiesto. En los grupos de la democracia cristiana se levantaba ya el aliento de la tempestad que estallaría en la noche.

A las tres y media comenzó la segunda votación. Merzagora, sentado en su sitio, hundido en la poltrona, parecía aislado sorprendentemente del mundo. Yo no sé en qué pensaría. Parecía ausente y lejano.

Algún diputado ha preferido quedarse en su casa o bebiendo, sobre todo los que han llegado de provincias, algún buen vino, porque los votantes son 808.

Aparecen, ahora más que antes, las papeletas humorísticas. Sigue el doctor Sepe recaudando algún voto. Lo mismo le pasa al monárquico Del Fante, a quien cuatro de sus amigos, con buen humor, le conservan desde el primer escrutinio en sus papeletas.

La votación tiene ahora una mayor emoción y encierra quizá la más demoledora demostración

de que tal como ha planteado la democracia cristiana la elección las cosas ruedan mal.

El resultado es el siguiente:

Merzagora	225 votos
Gronchi	127 »
Einaudi	80 »
Segni	18 »

Pero en esta ocasión aparecen nada menos que 332 papeletas en blanco. Es decir, toda la izquierda en masa no ha votado prácticamente para dejar al desnudo, sin trampa ni cartón, el cisma interno de los democristianos.

La voz de Gronchi, bien clara y fuerte, volvió a repetir la vieja fórmula constitucional: «No habiéndose alcanzado en esta votación la mayoría de los dos tercios prescritos se procederá a un nuevo escrutinio, en el que será necesario alcanzar también la misma mayoría. La sesión comenzará a las siete y media...»

EL TERCER «ROUND»: OTRA VEZ GANAN LAS BLANCAS

El tiempo que quedó entre una y otra votación llevó a la democracia cristiana a un análisis del problema.

Hubo una opinión que se extendió durante un momento por los pasillos: la democracia cristiana se inclina otra vez por Einaudi. Era volver a empezar el juego. El Presidente saliente fué elegido en la elección de 1948, en una situación semejante de callejón sin salida. Pero ahora las cosas estaban ya muy avanzadas. La facción de Gronchi difícilmente se daría por vencida.

Por eso, cuando comenzó la tercera votación, ya anochecido, la fatiga y la desilusión se grababa perfectamente en todos los rostros. Algunos votos monárquicos se inclinaron por Merzagora. Se recordaba su último discurso en el Senado: *«Italia, que está espiritualmente dividida, no puede encontrar su unidad nada más que aceptando, como hijos suyos, a todos los muertos de la última guerra: a los que han caído en los combates de la resistencia, a los que han dejado su vida en el desierto de Libia, en la estepa rusa, o en el mar, o en el cielo.»*

Todo eso se recordaba en cada voto. La pasión política no admite frenos, y esas palabras le clasificaron como enemigo de la *sinistra*. A Gronchi, que alcanzaba en esta ocasión la cabeza de la votación con 281 votos, le había apoyado la minoría de la democracia cristiana y un grupo del partido socialista. Así, el resultado del tercer «round» era:

Gronchi	281 votos
Merzagora	241 »
Einaudi	61 »
Segni	14 »
De Caro	12 »

Quedaban encima de la mesa 195 papeletas en blanco. Giovanni Gronchi se volvió un instante, casi imperceptiblemente, hacia Merzagora, que parecía ignorar las cosas. El cabello plateado del presidente de la Ca-

mara brillaba bajo las luces. El presidente del Senado, de viva y aguilena nariz, la corbata gris perla, apoyaba la mano sobre la barbilla.

Cada uno de ellos sabía que las 195 papeletas blancas eran las que ganaban.

Scelba llamó a Gronchi a consulta. La elección había sido dejada para el día siguiente, pero las cuentas estaban claras. Si la democracia cristiana apoyara íntegramente, disciplinadamente, a un candidato, otros grupos la apoyarían inmediatamente y la elección estaba ganada. Pero las facciones no se rendían.

Scelba dijo a Gronchi:

—Debéis declinar la elección con el apoyo de la izquierda. Sería salir elegido del brazo de los que son enemigos de nuestra política exterior occidental.

Pero la escisión no tenía remedio. Giovanni Gronchi solicitaba en compensación la retirada de Merzagora. A las diez de la noche un grupo de diputados y senadores democristianos se presentaba ante Fanfani para exigir que Merzagora retirara su candidatura. Era, en caso de hacerlo, como entregarse de pies y manos en la elección del día siguiente. Pero los gritos fueron lo suficientemente fuertes para ello. Como fruto de los errores se producía en la noche del 28 la reunión del partido, que presentaba para el día siguiente como candidato a Giovanni Gronchi. Precisamente, contra el que se había mostrado intransigente los días anteriores. A esa figura se llama ganar una batalla parlamentaria.

CUARTO «ROUND»: EL FIN DE LA ESTRATEGIA FANFANI-SCELBA

El día 29, después del mediodía, en una rápida toma de contacto con los diputados de la democracia cristiana, Fanfani y Scelba advertían que el candidato era Gronchi. Ya no quedaba nada más que votar. Se sabía que la izquierda votaría en masa. Hubiera podido, como en otras ocasiones, escindirse o votar en blanco para no elegir a un democristiano, aunque sea un hombre de clara inclinación a la izquierda. Pero la votación en masa, o casi en masa, del ala izquierda a favor de Gronchi no ha tenido otra significación que la de subrayar, con la evidencia de una mayoría absoluta (los 658 votos que hubieran sido necesarios en el primer escrutinio), el fracaso estratégico de la democracia cristiana, que se encuentra así encerrada en ese círculo vicioso de una colaboración electoral. Es la derrota de la puerilidad Fanfani-Scelba.

La situación de la democracia cristiana se agrava si se tiene en cuenta que el jefe del Gobierno, Scelba, se verá en la precisión de entregar la dimisión de su Gobierno—según las reglas constitucionales—al nuevo Presidente de la República al día siguiente de su instalación oficial en el palacio del Quirinal. Suponiendo que el Presidente de la República no la aceptara quedará pendiente la división del partido, cuya disciplina se ha restableci-

do a última hora, mal y aprisa, en unas circunstancias nada prometedoras para el futuro.

EL NUEVO PRESIDENTE

El nuevo Presidente de la República italiana, señor Giovanni Gronchi, tiene actualmente sesenta y siete años. Ha nacido en Pontedera, cerca de Pisa, en el seno de una familia modesta. Es un hombre de talla media, de tez mate y de una mirada viva y enérgica. Usa grandes gafas de concha, que resaltan el tono plateado del cabello. Es de un gran dinamismo y vitalidad. De muchacho, para poder proseguir sus estudios, debió trabajar en diversos empleos. Muy joven, a los quince años, se enrola en el movimiento demócratacristiano, fundado por el sacerdote Remolo Murri.

Este contacto con Murri ha de influir definitivamente sobre él. Sabido es que Remolo Murri fué suspendido «a divinis» en 1907 y excomulgado «nominati» en 1909.

Al estallar la guerra mundial se enrola como voluntario en el Ejército. Hace una brillante campaña militar, y, hecha la paz, vuelve a la política. Hay que hacer la consideración que su primitiva relación con el sacerdote Murri y cuanto él significa parece comportar, después todos sus pasos. Así, en 1919 participa en la fundación del Partido Popular Italiano, que viene a ser, funcionalmente, la continuación del primer partido demócratacristiano. En ese mismo año es elegido diputado y dirige la Confederación de Trabajadores Cristianos.

Ha ocurrido, mientras tanto, la ascensión de Mussolini, y llamado por éste, acepta la Subsecretaría de Industria y Comercio en el primer Gabinete de 1921. Está un año con él, hasta que se separa. Forma la oposición, que se conoció como «L'Aventin», y comienza a ganar de nuevo su existencia, como viajante de comercio y más tarde como pequeño industrial. Por el año 1942, como otros, toma contacto con los movimientos de Resistencia de Lombardía y el Piamonte.

En la liberación, en el Gobierno de Bonomi, Giovanni Gronchi tiene la cartera de Industria y Comercio. Pasa de uno a otro Gobierno, hasta que desde 1946 se consagra al Movimiento Sindical Cristiano, cuyas derivaciones y problemas políticos han sido motivo de preocupación de la Roma católica. Al producirse la gran escisión en el seno de la C. G. T., que abandonan los sindicalistas cristianos, Gronchi se retira de esa actividad. Formado, sin embargo, bajo el espíritu de la facción abierta hacia la izquierda, goza el nuevo Presidente de la total amistad de Pietro Nenni y del partido socialista italiano.

Representa bien, en su medida, la situación interna de la democracia cristiana, muchos de cuyos miembros, contra la clara y definida posición de la Iglesia, viven al borde de situaciones de práctico peligro político, al desear hacer coincidir, siendo imposible, los valores del mundo católico con los del marxismo.

Enrique RUIZ GARCIA



POR TODOS LOS CAMINOS
SE LLEGA A ESPAÑA

EL TURISMO, INDUSTRIA DE INTERES NACIONAL

TRES MILLONES DE EXTRANJEROS PREPARAN SUS MALETAS

Por las calles de Figueras van caminando tres muchachas. Una lleva un jersey negro con una falda azul pálido, es profundamente rubia; otra viste una blusa roja con una falda verde, es dorada oscura, la última se ha puesto un mambo policromado y unos pantalones vaqueros, su pelo es rojizo intenso.

Las tres muchachas se han dirigido a su pequeño automóvil violeta. Han venido hace unas horas de La Junquera y se han quedado a tomar una cerveza. Llegaron mismamente de la Francia. Su conversación ha sido:

- ¿Dónde vamos?
- A Barcelona.
- ¿Y luego?
- A Madrid?
- ¿Y luego?
- A Andalucía.

Las tres muchachas italianas —Lucia Beñani, Angela Peretti y Tommassetta Zecca, las tres de Piamonte— hacen número reciente en el gran conjunto de medio millón de italianos que nos visitarán este año de 1955.

Por el puente internacional de Irún—las nubes bajas, la temperatura mojada—, una larga fila de automóviles espera. Marcas de todas las clases: «Frégate», «Wolkswagens», «Austin», «Alfa Romeo»... De un «Jaguar», un hombre robusto saca un brazo.

- Y pregunta:
- ¿A San Sebastián?
 - Por ahí.
 - A la salida de la playa de La Concha vuelve a preguntar:
 - ¿A Madrid?
 - Por ahí.
 - Y ya en Neptuno:

A la puerta de los grandes hoteles españoles llegan constantemente viajeros de todas las procedencias





La estrella Ava Gardner bailando por flamenco en una caseta de la feria sevillana

poco menos—desde entro a diciembre de este año en que vivimos Hombres y mujeres de todas las latitudes que encontrarán, con seguridad, una acogida buena, una acogida honrada y alegre por todas las ciudades y los pueblos de España.

INFORMARSE, ANTES QUE NADA

Veinte mil turistas diarios andan ya a estas alturas del mes de mayo por las calles de Madrid. La población flotante de la capital de España dobla su número de habitantes desde comienzos de la primavera hasta finales del mes de septiembre.

En Madrid, como en Toledo, como en Andalucía o en Levante, el turista, sobre todo el estudiante o el empleado, o la familia de clase media que en Francia, en Italia o en Inglaterra hizo durante el año sus ahorros para conocer a España, es más amigo del restaurante típico que del hotel. El hotel queda para el descanso o el aseo personal. Unos buenos callos a la madrileña, la paella a la valenciana o los chanquetes malagueños se saborean con más gusto en las mesas de La Carioca, en la Casa de Valencia o en la barra de La Alegría.

Lo mismo el turista medio que el millonario, cuando pasan la frontera, traen dos principales objetivos. En esto todos coinciden: Toledo y Andalucía. En la cabeza de nuestros visitantes hay siempre un patio sevillano con muchas flores y mujeres bonitas, una Mezquita de Córdoba, una Alhambra de Granada, un paso de Semana Santa malagueño y un Zocodover toledano. Pero si algo de esto faltara, lo que nunca estará ausente en el manual del buen turista es la novillada o la corrida de toros. Si le ha acompañado la suerte y cae por Madrid en las ferias de San Isidro, por ejemplo, quedarán las maletas por deshacer en el vestíbulo del hotel y el matrimonio francés, o americano, o de la China—que también a los chinos les gustan los toros—tomará sus gemelos y la dirección de las Ventas. Un tendido de sombra—en la Monumental de Madrid se llama



Bing Crosby se deja adornar la solapa por una «bailaora» andaluza durante su última estancia en Sevilla

—¿A qué hora salen los trenes para Madrid?

Ellos cooperan también a la formación del número—setecientos mil—de los turistas que desde su país tomarán rumbo al que ellos ahora mismo visitan.

En el aeródromo de Palma de Mallorca ha tomado tierra un cuatrimotor de la S. A. S. Llega desde Estocolmo. Entre los pasajeros, dos hombres altos, delgados, rubios y parsimoniosos, han bajado de la aeronave, han llegado al edificio del aeropuerto y se han sentado mirando al cielo. Una exclamación acorde ha salido:

—Ya tenemos el sol.

Stig Neuman y Gustav Røng—dos entre los cuarenta mil suecos del presente—encontraron lo que ansiosamente buscaban: sol, sol fuerte, sol quemante.

Nombre va, nombre viene; país va, país viene; tres millones de turistas son esperados—poco más,

El fotógrafo es Charles J. Belden, cowboy número 1 de América. El caballista, Rowlan, escritor inglés. En Sevilla



—¿A Toledo?

—Por ahí.

El matrimonio que ocupaba el último modelo de «Jaguar»—Ernst Taylor y Margaret Simpson, de Southampton—forman entre los cuatrocientos mil ingleses que—ya están viniendo—llegarán a España durante los doce meses de 1955.

Por la escalerilla del más moderno trasatlántico norteamericano, atracado en el muelle de Cádiz, seis personas descienden del buque: es la familia Morrison—de Connecticut, de los Estados Unidos—, padre, dos hijos y tres hijas.

—¿Cuándo hay una corrida de toros?

—¿Dónde se celebra una fiesta flamenca?

«tendidos de los turistas» al uno y al dos, por el gran número de extranjeros que en todas las corridas los ocupan—hará olvidar el cansancio de un largo viaje. Si el torero y los toros tienen buena tarde, el día ha sido completo.

Pero todo este programa—un programa diario pensado muchas veces—ha necesitado primero una información. A España, antes que nada, antes de venir, se la conoce en el extranjero por lo que de ella se sabe o por lo que de ella se puede saber.

La Dirección General de Turismo, para ello, dispone de sus Oficinas de Información en las principales capitales del mundo. Y el turista, cuando llega, trae ya ajustado su itinerario, sus visitas, sus comidas y sus diversiones.

Y si el turista ha venido por recomendación de un amigo o ha llegado porque se fijó en el iluminado cartel que decía: «Las vacaciones en España son las más baratas del mundo», o «Viviendo entre españoles se toma gusto a la vida», entonces en todas las capitales españolas existe una Delegación del Ministerio o una oficina de la Dirección General que solucionará sus dudas. Esta es, pues, la iniciativa oficial de información al servicio del turista. Una iniciativa que no coarta, en modo alguno, la privada.

MILLONARIOS Y ARTISTAS DE CINE, EN COM-PETENCIA

El gran turismo, el turismo poderoso de las cuentas fabulosas, de los hombres que en su país se ganaron con justicia el título de «Reyes de...» en virtud de su esfuerzo y de su trabajo, llega también a España, sin abandonar su tradición.

El millonario ecuatoriano y ex ministro del Tesoro don Carlos Martínez Quiroga, visita España en todas sus vacaciones. Un avión particular le traslada desde Quiroga a Barcelona a comienzos de junio. Un cablegrama al hotel Regina o al Astoria anuncia su llegada y el resguardo de tres habitaciones para él y para su familia. El famoso financiero tiene bien estudiado el panorama del verano en España. Un mes en cada ciudad: Barcelona, Valencia y Santander. Si alguien le pregunta el por qué de esta costumbre veraniega, él siempre responde lo mismo:

—Cataluña, por la incomparable belleza de las calas de la Costa Brava. Desde Sitges hasta Port-Bou, pasando por Blanes, Blagui, Creus, Torroella, todo ese acantilado constituye para nosotros un espectáculo maravilloso. Santander es la capital de España que más le gusta a mi mujer, y Valencia porque allí se enamoró mi hija.

Y luego, el cine. El cine ha sido tal vez la profesión que más visitantes—en proporción—ha dado a España.

Los técnicos vinieron buscando el sol.

—Para rodar en Inglaterra un exterior con sol tenemos que esperar tres meses. En España sabemos que, aunque hoy llueva, mañana no habrá ni una sola nube en el cielo.

Los artistas de cine de todo el



Turistas franceses que recorren España en bicicleta

mundo comenzaron hace ya muchos años sus giras por las provincias españolas. De Barajas a Madrid y de Madrid a escuchar el cante flamenco del Sur, o a lidiar una becerra en las tientas de Salamanca, o a filmar una película corriendo por las calles de Pamplona el día de San Fermín. Bing Crosby se dejará prender un clavel en la sclapa de su chaqueta por una «bailaora» se villana, mientras le tiembla en la mano una caña de manzanilla. Ava Gardner intentará coger los pasos de un baile flamenco mientras oye las palmas de sus admiradores y el rasguear de una guitarra. Charles Belden, el «cowboy» número uno de América, dueño del rancho más celebrado de Tejas, recogerá en su cámara fotográfica la estampa de un caballista andaluz, aunque esta vez el caballista, muy ataviado a la jerezana, es nada menos que el famoso escritor inglés Rovilan.

Y así, un centenar a cada minuto.

A ESPAÑA POR TODO

Después está el turista medio, el hombre que trabaja, que disfruta de sus vacaciones con el dinero ahorrado en el año.

—España progresa y se convertirá en uno de los principales países turísticos de Europa. Los ferrocarriles han mejorado y las carreteras son excelentes para viajar en automóvil. Por otro lado, da gusto tratar con el pueblo español.

Estas son las palabras textuales de un turista que acaba de recorrer nuestro país. Su nombre:

Todo turista, lo primero que hace es asistir a una corrida y retratarse en ella

William V. Menimen, vicepresidente del Consejo de Administración de la Brown-Raymond-Walsh, una de las Empresas que tienen contratos para la construcción de bases aéreas en España.

Estados Unidos-Europa es la línea aérea de mayor tráfico turística del mundo. Un porcentaje bien elevado de estos viajeros toman la ruta de España. A partir de hace tres años el turista norteamericano ha invadido nuestras capitales. El pasado verano, doscientos tres mil turistas de Norteamérica pasaron sus vacaciones en las tierras o en las playas del Sur y del Norte. Marbella, Fuen-



girola, Torremolinos, la Concha o e. Sardinero fueron los lugares elegidos para el veraneo.

Mr. Anthony Hamilton es un americano que mide dos metros, joven, corpulento, con caída prematura del pelo, rostro simpático y una inteligencia poderosa y firme. Es el presidente del Lanseair Travel Service, con sucursales en Chicago y Washington. Lleva muchos años organizando viajes de Norteamérica a España. No hace mucho tiempo estuvo en Madrid. Sus declaraciones fueron muy concretas:

—Voy a inundar mi país con folletos, carteles, fotografías y documentales cinematográficos sobre España. Dentro del brevísimos espacio que suponen tres o cuatro años aseguro que pasarán del millón el número de turistas de mi país que vivirán en España sus meses de vacaciones.

Stig Oberg dibujante de la casa Real sueca, diseñador de modas y figurinista famoso, es un eterno enamorado de España. Había venido antes, de pequeño—sólo se acordaba de que estaba muy cansado y se sentó en la acera de la plaza del Callao, hará de esto cuarenta años—, y luego llegó por el año 1946 a Madrid. Era casi como uno de los primeros que inauguraban la gran afuerza de gentes de todo el mundo. Stig Oberg vino a Madrid buscando discos de cante «jondo», discos de La Argentinita, de Antonio Chacón, de «El Cojo de Huelva» de «La Niña de los Paines», de Manuela de Ronda... En el Rastro madrileño cuenta hoy con más de veinte correspondales que le van guardando los discos nuevos—nuevos o viejos—que para él van apareciendo en las ocasiones. Stig Oberg tiene la mejor colección de Suecia de discos, españoles Radio Estocolmo los utiliza en recitales musicales. Stig Oberg es, indiscutiblemente, el mejor propagandista de España en Suecia. Porque España le gustó y le encantó.

—Para mí, los barrios bajos de Madrid. Lavapiés, el Ave María, Embajadores. Hay una leyenda en cada esquina. Como éste no existe por el mundo. Y luego, este magnífico sol de España.

Luego tenemos al turista que gusta de mezclarse con la gente, de ser como ellos, de beber con todos, de parecer uno más en la alegría y en el buen humor.

El tren correo que va desde Málaga a Sevilla se detiene en Bobadilla cerca de una hora. En un vagón de segunda clase, un viajero contempla, encantado, complacido y alegre, el movimiento. El viajero es Mr. Eric Davis, londinense, conocedor de Egipto, de la India, de Shangai..., de todos los triángulos esféricos de la tierra.

—Unos campesinos me ofrecieron vino y patatas rebozadas con huevo y chorizo y pan. Una sinceridad de inmenso corazón tan grande como mi felicidad.

Mr. Eric Davis llegó a la feria de Sevilla. Llegó y vió. Y cuando, a los dos días de terminar su estancia, regresaba para Inglaterra Mr. Eric Davis dijo:

—Sevilla, siempre Sevilla.

Los amigos del viajero serán sus acompañantes en el futuro.

PROPAGANDA EN LOS CINCO CONTINENTES

He aquí, por tanto, que el turismo—turismo: conjunto de gentes extranjeras que visitan España—es un gran asunto nacional. Un gran negocio nacional. Y que, como aquello que atañe a nuestra propia persona, debe ser cuidado, asegurado y fomentado.

Para ello, antes que todo, la iniciativa privada debe—todavía mucho más—lanzar su propaganda—una propaganda explosiva, colorista, arrolladora—sobre todos los países de la tierra. La noticia de que España es sol, cante, agricultura, tradición, historia o nobleza, debe estar presente en las esquinas de las enormes calles europeas, en las paredes de los gigantescos edificios hispanoamericanos, en los titulares de los amplios diarios canadienses o norteamericanos.

«Venid a España porque nada hay mejor en la tierra» puede ser una de las frases que deben resonar a cada instante por las radios de múltiples kilociclos; «España es el único país donde la libra vale realmente veinte chelines» quizá fuera el símbolo de la gran ventaja de los precios españoles; Andalucía, Mallorca, Extremadura, Castilla, Cataluña, Galicia, Murcia; todas las regiones españolas tienen sus festejos incomparables, sus paisajes únicos. Ahí están, muchos de ellos vírgenes en la propaganda, esperando que las agencias de viajes les lancen a los cinco Continentes.

Grande es la labor en muchos casos—Viajes Meliá, con sus rutas españolas servidas por su flota de sesenta modernos autobuses, puede ser la representación del esfuerzo de estas entidades españolas, modelos todas ellas—, pero muy grande también lo que falta por hacer en este sentido. Folletos, guiones de radio, revistas, carteles, concursos, imaginación, teoría y práctica al servicio de una idea: «Para España el turismo internacional».

De esta forma, todos saldremos beneficiados. Los que nos visitan, porque se llevarán de España el recuerdo de los mejores días de su vida. Los que los recibimos, porque esta semilla esparcida habrá proporcionado óptimo fruto.

Y también es útil la propaganda por las ciudades de España. Una total organización de información complementada con la oficial, al servicio del visitante. En cada provincia, en cada poblado mínimo, en cada Ayuntamiento, una exquisita y solícita deferencia para con el recién llegado. Una orientación rápida y eficaz, una atención cálida y acogedora. El visitante estará de esta forma mejor que en su propia casa. Y al año que viene volverá otra vez y permanecerá más tiempo y recorrerá nuevos lugares que no conoce o viejos sitios ya saboreados. Además, se traerá a sus amigos, a sus compañeros de trabajo, a sus camaradas de negocio, a sus familiares lejanos o cercanos.

La iniciativa del Ministerio de Información y Turismo, en este sentido, cumple una gran misión. Pero a los particulares, a las Empresas que directamente se beneficiarán de los tres millones de visitantes futuros, les interesa, antes que a nadie, ampliar su propaganda, externa e interna.

Así, el viaje, cada año, será más numeroso.

CINCO MIL MILLONES DE PESETAS AL AÑO ES EL NEGOCIO

En cinco mil millones de pesetas puede estimarse, por lo bajo, el ingreso que el turismo deja al año en España. He aquí, pues, una cifra que es interesante conservar y aumentar. Para ello, uno de los elementos importantes en la consecución del resultado se encuentra en la industria hotelera.

Hoteles, magníficos hoteles, los hay en España, hoteleros, magníficos y honrados hoteleros podríamos decir que lo son todos. Pero surge un peligro, un peligro humano: el de que, deslumbrados por el brillo de una ganancia momentánea, el hotelero fuerce sus precios y cometa abusos donde ellos debe haber.

Hemos dicho antes que el turismo es un gran asunto que atañe a todos. Piénsese que el turismo español es una gran industria en competencia con los turismos de todo el mundo. Que si un país falla, otra absorberá esa masa de visitantes resentidos. Piénsese que la mejor ganancia para un negocio está en la módica pero segura y continuada permanencia de un porcentaje remunerador. De nada sirve ganar hoy ciento si mañana esta ganancia ha quedado reducida a diez y pasado mañana a cero sin posibilidad de resurrección. Mucho mejor es ganar hoy, justamente, veinte y mañana treinta y al siguiente cuarenta, y así, sostenida perennemente, ampliar la base honrada del negocio.

Está, por tanto, condensado el gran argumento comercial para todos: para hoteles, para establecimientos, para tiendas, para agencias, para la comunidad.

El visitante que sabe su presencia en el país es en todo igual a la de un residente de la población que visita, saldrá doblemente satisfecho y volverá, con más permanencia, en las próximas vacaciones o en el primer tiempo libre que le quede.

Operando, pues, con cabeza, llevando este gran negocio nacional con el sentido de auténticos hombres de empresa que encuentran la ganancia en el aumento de volumen de su rendimiento marginal—es decir, en la suma de muchos pocos en vez de la obtención de un solo mucho que se queda en la mitad del total de los pocos—, el beneficio del turismo, cada año, será mejor, más productivo más rentable.

He aquí, pues, cuánto conviene el pensamiento organizado.

(Fotografías de Cortina y Lara.)

TEATRO ESPAÑOL

COMPañIA TITULAR

Director: JOSE TAMAYO

TODOS LOS DIAS, TARDE Y NOCHE

SEIS
PERSONAJES
EN BUSCA DE
AUTOR

de

PIRANDELLO

traducción de ILDEFONSO GRANDE

con

ASUNCION SANCHO - ANTONIO PRIETO - CARLOS MUÑOZ
ANA MARIA MENDEZ - ALFONSO GODA - JUAN J. MENENDEZ

y la colaboración de

ANA MARIA NOE

LA OBRA MAESTRA DEL TEATRO MODERNO

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

EL TURISMO, INDUSTRIA DE INTERES NACIONAL



**TRES
MILLONES
DE EXTRANJEROS
PREPARAN SUS
MALETAS**

**POR TODOS LOS
CAMINOS
SE LLEGA
A ESPAÑA**



Arriba vemos a tres muchachas italianas, de Piemonte, recién llegadas a la capital de España. A la derecha, una turista escucha las explicaciones sobre un plano antiguo de los lugares típicos de Madrid. (Vea la página 59.)